PQ
1997
D5S5
1806
t.2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

EL OBSERVADOR NOCTURNO,

ó

EL DIABLO COJUELO.

LF
L622d
S

EL OBSERVADOR NOCTURNO,

Ó EL DIABLO COJUELO,

COMPUESTO EN FRANCES,

Á IMITACION DEL QUE ESCRIBIÓ

Luis Velez de Guevara,

POR Mr. LE-SAGE:

Traducido al Castellano.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

POR REPULLÉS, frente á la Merced.

1806.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente de San Felipe el Real.

461121
4. 47

PQ
1997
D55
1806
t. 2

EL OBSERVADOR NOCTURNO,

Ó EL DIABLO COJUELO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los túmulos, de las sombras y de la muerte.

Antes de que prosigamos el exámen de los vivos, dixo Asmodeo, turbemos por un corto rato el reposo de los muertos de esta Iglesia. Recorramos todos estos sepulcros, descubramos lo que encierran, y veamos qual fué la causa que hubo para erigirlos.

El primero de los que ves á la mano derecha contiene las tristes reliquias de un Oficial general, que como otro Agamenon, halló al volver de la guerra un Egisto en su casa (*);

(*) Agamenon, Rey de Argos, al vol-

en el segundo descansa un jóven caballero, que queriendo ostentar su destreza y aliento á su dama en una fiesta de toros, pereció lastimosamente entre las astas de uno de estos animales: y en el tercero yace un caballero anciano que partió de esta vida con bastante precipitacion, por haber hecho su testamento en sana salud, y leidosele á sus criados, á quienes como buen amo, les dexaba alguna manda. Su cocinero se impacientaba de no recibir la que le tocaba.

En el quarto reposa un cortesano que jamas se molestó por nada de este mundo, si no por hacer la corte. Por espacio de sesenta años le viéron ir por la mañana, á mediodia, por la tarde, y por la noche á Palacio; y el Rey en recompensa de su continua asistencia á obsequiarle, le colmó de gracias.

ver de la guerra de Troya fué asesinado por Egisto, de acuerdo con Clitemnestra, muger de aquel, de la que estaba enamorado, para poderse casar con ella.

Dime, dixo Don Cleofás, ¿era este cortesano amigo de favorecer á alguno? A nadie, respondió Asmodeo. Prometia gustoso que lo haria así, pero jamas cumplia su palabra. ¡Ha vil hombre! replicó Leandro, si se hubiesen de echar de la sociedad humana á los que estan de sobra en ella, seria necesario empezar por los cortesanos de este carácter.

El quinto túmulo, prosiguió Asmodeo, oculta los mortales despojos de un señor, amante de la nacion española, y zeloso de la gloria de su Rey; toda su vida fué Embaxador en Roma, en Francia, en Inglaterra y en Portugal; y en estas embaxadas se arruinó de tal manera, que quando murió no hubo para enterrarle: pero el Monarca en premio de sus servicios le costeó el entierro.

Pasemos á ver los monumentos que estan al otro lado. El primero es el de un rico negociante que dexó á sus hijos un gran caudal; mas temiendo que aquellas riquezas les hiciesen ol-

vidar de su orígen, dispuso se grabase en su sepulcro su nombre y exercicio, lo que no agrada mucho hoy á sus descendientes.

El mausoléo que sigue, y sobrepuja en magnificencia á los demas, es un trozo de arquitectura que los viageros miran con asombro. En efecto, dixo Zambullo, me parece digno de admiracion, y lo que me embelesa de él mas que todo, son esas dos estátuas arrodilladas: á la verdad que son dos figuras bien trabajadas: ¡diestro artífice era el escultor que las hizo! Pero explícame, te ruego, quiénes fuéron las personas que representan.

El Cojuelo respondió: representan á un Duque y una Duquesa. Este señor tenia uno de los primeros empleos de Palacio, el que desempeñaba con honor; y su muger vivia muy christianamente. Es preciso que te cuente un pasage de esta buena Duquesa, el qual te parecerá algo extraño. Escucha.

Ya habia mucho tiempo que esta señora se confesaba con un Religioso

mercenario, llamado Fr. Gerónimo de Aguilar, hombre de juicio, y famoso predicador. Hallábase muy contenta con él, quando se presentó en Madrid un dominico que predicaba de modo, que todo el mundo se quedaba encantado de oirle. Este nuevo orador se llamaba Fr. Plácido. Corrian á sus sermones, como á los del Cardenal Ximenez, y la Corte á quien llegó la fama, habiendo querido oirle predicar, quedó mas satisfecha aun que el Pueblo.

Nuestra Duquesa resistió algun tiempo á la curiosidad de ir á formar concepto por sí misma de la eloqüencia de Fr. Plácido; pero al fin se dexó vencer por lo mucho que se hablaba del nuevo predicador, y fué á oirle: con efecto, oyóle predicar, pareció-la bien, siguió yendo á sus sermones, y por mero capricho quiso escogerle por su confesor.

Continuó el Diablo, un mausoléo mas modesto encierra la extraña mezcla del Decano de un tribunal, y de

su esposa que era moza. Este Decano teniendo ya sesenta y tres años, se casó segunda vez con una muchacha de veinte; del primer matrimonio le habian quedado dos hijos, cuya ruina iba ya á firmar, quando un accidente apoplético lo echó al otro mundo, y á las veinte y quatro horas murió su muger de pesar, de que su marido no habia tardado tres dias mas en morirse.

Ya hemos llegado al monumento mas respetable de esta Iglesia. Los españoles miran con tanta veneracion este túmulo, como los romanos miraban el de Rómulo. ¿Pues de quién es el gran personage que en él reposa, dixo Leandro Perez. Un primer Ministro de la corona de España, respondió Asmodeo, que será quizá dificil encontrar un sucesor que le iguale El Rey descansaba del cuidado del Gobierno en este insigne sugeto, el qual supo manejarlo con tal acierto, que así el Monarca, como los vasallos viviéron muy contentos con él. En tiem-

po de su ministerio, siempre estuvo floreciente el Estado; y los pueblos fuéron dichosos: finalmente este hábil Ministro fué religioso y humano. Con todo eso, aunque nada le remordia la conciencia, lo delicado del puesto que obtuvo, no dexó de hacerle temblar.

Algo mas allá de ese Ministro tan digno de ser sentido, haz por ver en un rincon una lápida de mármol negro embutida en un pilar. ¿Quieres que la quite, para enseñarte lo que ha quedado de una doncella, que murió en la flor de sus años, y cuya hermosura fué el embeleso de quantos la veian? Ahora no es mas que polvo, pero tan linda en vida, que su padre estaba en un continuo sobresalto, de que algun amante se la robase, lo que bien pudiera haber sucedido, si hubiese ella vivido mas tiempo. Tres caballeros que la adoraban, no hallando consuelo en su muerte, se quitáron la vida para señalar su desesperacion. Su trágica historia la tiene pintada en

su casa un caballero, y se reduce á tres figuras de pequeño tamaño, que representan á los tres galanes desesperados en el punto de irse á matar. El uno se bebe un vaso de veneno, el otro se atraviesa con la espada, y el tercero se echa un cordel al pescuezo para ahorcarse.

Parecióle al Estudiante cosa muy graciosa la pintura, y con este motivo le dixo al Cojuelo. Pues ya que ese pensamiento te divierte, estoy casi por llevarte ahora mismo á las riberas del Tajo, para enseñarte el quadro que un autor dracmático hizo pintar en un lugar inmediato á Almaraz, al que se retiró despues de haber vivido en Madrid largos años alegremente. Este autor compuso para el teatro una gran porcion de comedias, llenas de expresiones indecentes y de *sal y pimienta*; pero arrepentido de ello ántes de morir, hizo para reparar el escándalo que habian causado, esculpir en su sepulcro como una hoguera compuesta de libros, que representan

algunas de sus comedias, y al pudor con una antorcha encendida que les pega fuego.

Ademas de los difuntos que estan en los mausoléos que acabo de hacerte ver, hay aquí otros infinitos enterrados muy llanamente. Veo como andan errantes todas sus sombras, que se pasean, y pasan y repasan sin cesar unas junto á otras, sin turbar el profundo sosiego que reyna en este lugar santo: no se hablan, pero en su silencio leo yo todo quanto piensan. ¡Quánto siento, exclamó Don Cleofás, no poder gozar como tú del placer de verlos! Tambien puedo darte ese gusto, le dixo Asmodeo. Nada me es mas fácil; y dicho esto le tocó los ojos, y por un prestigio le hizo ver un gran número de fantasmas vestidas de blanco.

Al ver aparecer aquellos espectros, á Zambullo se le espeluznáron los cabellos: ¡Qué es eso! le dixo el Diablo: ¿Qué tiemblas? ¿Esas sombras te meten miedo? no te espante su vestido,

acostúmbrate á él desde ahora; porque llegará dia en que lo lleves. Este es el trage de los muertos. Recóbrate, y nada temas. ¿Te ha de faltar en la ocasion presente el valor á tí, que has tenido ánimo para resistir á mi vista? Estas gentes no son tan malignas como yo.

Alentado con semejantes palabras el Estudiante, y valiéndose de todo su espíritu, puso con bastante osadia los ojos en las fantasmas. Considera atentamente todas esas sombras, le dixo el Cojuelo. Las que descansan en los mausoléos estan confundidas con las que no tienen otro monumento que un simple ataud. Ya se acabó la subordinacion con que se distinguian en vida unos de otros. El Sumiller mayor, y el primer Ministro no son ahora mas que los ciudadanos mas viles enterrados en esta Iglesia. La grandeza de estos nobles difuntos feneció quando la muerte puso término á sus dias, así como la de un Príncipe de teatro se desvanece concluida la comedia.

Una cosa noto, dixo Leandro: veo una sombra que se anda paseando sola, y que huye al parecer de la compañia de las demas. Antes dí, que las otras evitan la suya, respondió el Diablo, y dirás la verdad. ¿Sabes tú, quien es esa sombra? Es la de un escribano viejo, que tuvo la vanidad de hacerse enterrar en una caxa de plomo, lo qual ha chocado á las demas sombras de los ciudadanos, cuyos cadáveres han sido sepultados mas modestamente. Por eso para mortificar su soberbia no quieren que su sombra se mezcle con ellos.

Acabo de hacer otra observacion, prosiguió Don Cleofás: dos sombras al cruzarse, se han detenido un momento á mirarse, y despues cada qual ha seguido su camino. Esas son, respondió Asmodeo, las de dos estrechos amigos, poeta el uno, y músico el otro; eran algo aficionados al licor de Baco, pero quitado eso, hombres muy de bien. Cesáron de vivir en el mismo año. Quando sus sombras se encuen-

tran, la memoria de sus placeres les suspende, y se dicen con su triste silencio: ¡Ay amigo, ya no beberemos mas!

¡Válgame el cielo! exclamó el Estudiante, y ¿qué es lo que veo? Descubro á los pies de la Iglesia dos sombras que se andan paseando juntas. ¡Qué mala pareja hacen! Su estatura y andar son bien diferentes. La una es de desmesurada altura, y camina con mucha gravedad, y la otra es pequeña y ligera; la grande, le explicó el Cojuelo, es la de un aleman que se murió de haber bebido en una comilona tres azumbres de vino adulterado; y la chica es la de un francés, el qual habiéndose metido, segun el carácter festejante de su nacion, al entrar en una Iglesia en dar cortesmente agua bendita á una dama jóven que salia de ella, en aquel mismo dia en premio de su urbanidad le echáron al otro mundo de un escopetazo.

Yo por mí, dixo Asmodeo, estoy mirando tres sombras notables que

percibo entre la multitud. Es preciso te explique de que modo fuéron separadas de su materia. Estas animaban los pulidos cuerpos de tres cómicas, que hiciéron tanto ruido en Madrid en su tiempo, como en Roma en el suyo las llamadas Origo, Citheris, y Arbúscula, y que poseian igualmente que estas el arte de divertir á los hombres en público, y de arruinarlos en secreto en sus casas. Ahora te contaré el fin que tuviéron estas famosas comediantas españolas. La una reventó repentinamente de envidia al oir los grandes aplausos que el patio dió á una nueva actriz, la primera vez que salió á las tablas; la otra halló en el desórden de su vida la muerte infalible que le sigue; y la tercera acabando de acalorarse en la escena, en representar el papel de una bestal, murió de mal parto entre vastidores.

Pero dexemos descansar á todas esas sombras, que bastante las hemos exâminado. Ahora quiero ponerte delante un nuevo espectáculo, que ha de

causarte una impresion mas viva aun que esta. Voy usando del mismo poder con que os he hecho percibir estas sombras, ha hacerte visible la muerte: vas á contemplar á esta enemiga cruel del género humano, la qual da vueltas sin cesar al rededor de los vivientes, sin que estos la vean; corre en un abrir y cerrar de ojos todas las partes del mundo, y en un mismo instante hace conocer su poderio á las diversas naciones que lo habitan.

Dirige la vista hácia el Oriente, mírala que se presenta á tus ojos. Delante de ella va volando, junta con el terror, una multitud de páxaros de mal agüero que anuncian su pasage con funestos clamores: su incansable mano está armada de la guadaña terrible, á cuyos golpes caen una despues de otra todas las generaciones. En una de las alas trae pintadas la guerra, la peste, el hambre, los naufragios, los incendios, y todos los demas sucesos aciagos, que la subministran á cada instante nuevo pasto; y

en la otra médicos barbiponientes, que reciben el grado de doctores en presencia de la muerte, la qual les pone la borla, despues de haberlos hecho jurar, que nunca exercerán la medicina de otro modo que el que se practica hoy dia.

Aunque Don Cleofás estaba persuadido á que no era cierto lo que veia, y que el enseñarle el Diablo la muerte en aquel aspecto solamente era por darle gusto; con todo no podia mirarla sin miedo: no obstante, cobrado animo, le dixo el Diablo: esa espantosa figura no se contentará con pasar por encima de la villa de Madrid, sino que dexará sin duda señales de su pasage. Así es como dices, respondió el Cojuelo: no ha venido aquí á humo de pajas. Puedes, si quieres, ser testigo de la obra que va á executar: te cójo la palabra, replicó el Estudiante. Volemos siguiendo sus huellas, y veamos quienes son las familias infelices, sobre quien descarga su ira. ¡O qué de lágrimas van á derramar-

se! No lo dudo, respondió Asmodeo, pero muchas serán fingidas: la muerte, á pesar del horror que la acompaña, causa tanta alegria como sentimiento.

Nuestros dos espectadores echáron á volar, y fuéron detras de la muerte para ver lo que se hacía. Entró desde luego en casa de un ciudádano que estaba ya á los últimos, y llegándose á él, y tocándole con la guadaña, le hizo despedir el postrer aliento en medio de su familia, la qual formó al instante un concierto lastimoso de ayes y lamentos. Aquí no es dicir que hay trampa, dixo el Diablo. La muger y los hijos de este hombre le querian tiernamente; y fuera de eso le necesitaban para que los mantuviese; y así sus lloros no pueden ser falsos.

No sucede así en esotra casa donde ves á la muerte que hiere á un viejo que está en cama. Este es un comerciante que toda su vida se ha mantenido soltero, y comiendo muy mal por allegar grandes riquezas, que dexa á tres sobrinos, los quales se han

juntado en casa de él luego que han sabido estaba agonizando ; han aparentado suma afliccion , y representado muy bien su papel. Pero míralos como se quitan la mascarilla , y se disponen á portarse como herederos, despues de haber mostrado caras lamentosas de parientes. Ahora van á registrarlo todo. ¡Quánto oro y plata hallarán ! ¡qué placer , acaba de decir en este instante uno de ellos á los otros , qué placer para unos sobrinos el tener unos tios viejos y tacaños que se privan de las conveniencias de la vida , para que sus sobrinos las disfruten ! ¡O qué bella oracion fúnebre! dixo Leandro Perez. A fe mia , replicó el Diablo , que los mas de los padres que son ricos , y viven mucho tiempo, no deben aguardar otra de sus propios hijos.

Miéntras aquellos herederos llenos de alegría buscan los tesoros del difunto , la muerte dirige el vuelo hácia una casa grande , donde un señor jóven está con viruelas; este señor, el

mas querido de la Corte, va á perecer al principio de su edad florida, á pesar del médico afamado que le asiste, ó tal vez porque está asistido por este doctor.

Mira con que rapidez executa la muerte sus operaciones. Ya ha acabado con este jóven señor, y la veo pronta á hacer otra expedicion. Se detiene sobre un convento, baxa á una celda, acomete á un buen religioso, y corta el hilo de su vida austéra y penitente, que sigue hace ya quarenta años. La muerte, á pesar de ser tan terrible, no le ha asustado; pero en recompensa entra en una casa que va á llenar de espanto. Se acerca á un licenciado de distinguido nacimiento, nombrado poco hace para una dignidad eclesiástica: este sugeto no tiene ocupada la imaginacion en otra cosa que en los preparativos para presentarse en su destino con opulencia: en nada piensa ménos que en la muerte. Sin embago, ahora mismo va á marchar al otro mundo, adonde llegará

sin comitiva, á igual del religioso, y yo no sé si tendrá tan buen recibimieto allí como este.

¡Cielos! exclamó Zambullo, ¡la muerte va á pasar por encima del palacio del Rey! Temo que de un golpe de guadaña no dexe consternada, la inhumana, á toda España. Razon tienes de temblar, dixo el Cojuelo, porque ella no guarda mas respeto á los Reyes, que á los que les sirven; pero sosiegate, añadió de allí á poco, pues todavia no quiere al Monarca, sino que va á caer sobre uno de sus cortesanos, sobre uno de aquellos señores, cuya única ocupacion es el seguirle y hacerle la corte. Semejantes hombres de estado no son los mas dificiles de reemplazar.

Pero me parece, replicó el Estudiante, que la muerte no se contenta con haber arrebatado á este cortesano, si no que hace una parada hácia el quarto de la Reyna. Así es verdad, replicó el Diablo, y es con el fin de hacer una muy buena obra,

segando la garganta de una muger enredadora, que se entretiene en sembrar la discordia en el aposento de la Reyna, y que ha caido enferma de la pesadumbre de ver han vuelto sínceramente á la amistad de dos señoras, á quienes habia ella indispuesto entre sí.

Oirás ahora unos gritos penetrantes, prosiguió el Diablo. La muerte no ha hecho mas que entrar en esa hermosa casa que está á la mano izquierda, fixa los ojos en ese deplorable espectáculo. Va á suceder en ella la escena mas triste que puede verse en el teatro del mundo. Con efecto, dixo Don Cleofás: veo una dama que se arranca los cabellos, y lucha entre los brazos de sus criados. ¿Por qué se muestra tan afligida? Mira en el quarto de enfrente, respondió Asmodeo, y descubrirás la causa. Observa un hombre tendido en aquel lecho magnífico, pues sábete que es su marido que está espirando. Ella no encuentra consuelo. Su historia es lastimosa, y merece-

ria escribirse. Gana me da de contartela.

Recibiré gusto de oirla, replicó Leandro, porque no ménos me enternece lo lastimoso, que me divierte lo ridículo. Es á la verdad algo larga, dixo Asmodeo, pero interesa tanto, que no es capaz de molestarte: fuera de eso te confesaré, que aunque Diablo, ya me canso de seguir á la muerte. Dexémosla que vaya á buscar nuevas víctimas. Enhorabuena sea, dixo Zambullo. Mas curiosidad tengo de oir la historia con que quieres divertirme, que el ver perecer uno á uno á todos los mortales. Comenzó luego el Cojo á referir su historia, despues de haber transportado al Estudiante sobre una de las casas mas altas de la calle de Alcalá.

CAPÍTULO II.

De la fuerza de la amistad.

Un caballero mozo, natural de Toledo, acompañado de su criado se

alejaba á largas jornadas de su patria, por evitar las conseqüencias de un trágico suceso. Ya estaba á dos leguas cortas de Valencia, quando á la entrada de un bosque encontró á una señora que se apeaba aceleradamente de un coche; no llevaba manto con que cubrir el rostro, el qual era hermosísimo, y se advertia tal turbacion en ella, que juzgando el caballero que necesitaba de socorro, no dexó el de ofrecerla el de su valor.

Generoso incógnito, le dixo aquella señora, admito la oferta que me haceis. Parece que el cielo os ha enviado aquí para impedir la desgracia que temo. Habeis de saber, que dos caballeros se han citado para venir á reñir en este bosque, y acabo de verlos entrar en él, acompañadme, si gustais, y venid á ayudarme á separarlos. Con esto se adelantó hácia aquel sitio, y habiendo el Toledano entregado el caballo á su criado, se dió prisa por seguirla.

Apénas hubiéron andado cien pa-

sos, quando oyéron un ruido de espadas, y de allí á poco descubriéron entre los árboles á dos hombres que peleaban furiosamente. Fué corriendo á separarlos el Toledano, y habiéndolo conseguido á fuerza de ruegos y diligencias, les preguntó la causa de su contienda.

Valeroso desconocido, le dixo uno de los caballeros, mi nombre es Don Fadrique de Mendoza, y el de mi enemigo Don Alvaro Ponce: los dos estamos enamorados de Doña Teodora, que es esa señora á quien acompañais, la qual ha hecho siempre poco caso de nuestros obsequios, y por mas festejos que hemos inventado para agradarla, la cruel nos ha tratado del mismo modo; yo por mí estaba en ánimo de continuar obsequiándola, á pesar de su aspereza, pero mi ribal en vez de tomar igual partido ha pensado desafiarme.

Es verdad, dixo Don Alvaro, que me pareció conveniente proceder así, porque creo que si fuese él solo, Doña

Teodora podria escuchar mi pretension. Por eso quiero dar muerte á Don Fadrique, á fin de quitar de enmedio á un hombre que estorva mi felicidad.

Caballeros, dixo entónces el Toledano, yo no apruebo vuestra pendencia, la qual ofende á Doña Teodora. Pronto sabrán en el reyno de Valencia que habeis reñido por su causa, debeis estimar en mas la honra de esta señora, que vuestro reposo y vuestra vida; y fuera de eso; ¿qué fruto puede el vencedor esperar de su vencimiento? Despues de haber expuesto la reputacion de su querida; ¿piensa acaso que ella le mirará con mejores ojos? ¡Qué ceguedad! Creedme, haced mas bien sobre vosotros, tanto el uno como el otro un esfuerzo mas digno de lo esclarecido de vuestros apellidos; sujetad los ímpetus furiosos de vuestra ira, y obligáos ambos á admitir la composicion que voy á proponeros: vuestra rencilla se debe terminar sin verter sangre.

¿Y que propuesta es esa? replicó

Don Alvaro. Es preciso que esta dama, respondió el Toledano, escoja á uno de vosotros dos, y que el amante sacrificado, léjos de armarse contra su ribal, le dexe libre el campo. Vengo en ello, dixo Don Alvaro, y á este efecto empeño mi palabra, decida enhorabuena Doña Teodora; elija, si gusta á mi ribal, mas bien sufriré esta preferencia, que la cruel incertidumbre en que vivo: y yo, dixo Don Fadrique, pongo al cielo por testigo, de que si esta muger peregrina, á quien adoro, no pronuncia en mi favor, voy á ausentarme de sus encantos, y si no puedo olvidarlos, á lo ménos no los veré mas.

Entónces volviéndose el Toledano á Doña Teodora, le dixo: señora, á vos os toca hablar. Con sola una palabra podeis desarmar á estos dos competidores; no teneis mas que nombrar á aquel cuya constancia quereis premiar. Caballero, respondió la dama, buscad otro medio de conciliarlos. Aunque estimo ciertamente á Don Fa-

drique y á Don Alvaro, no los amo; y no es razon, que para precaver la nota que su combate pudiera imprimir en mi buena fama, dé yo unas esperanzas que no me dicta el corazon.

El fingir ya no es del caso, señora, replicó el Toledano; es preciso si os parece, que declaréis vuestra intencion: aunque estos dos caballeros son igualmente bellos mozos, estoy persuadido á que mirais con mas cariño al uno que al otro, para lo que me fundo en el terror mortal de que os he visto poseida.

Interpretais mal este terror, dixo Doña Teodora. La muerte de qualquiera de los dos me seria sin duda sensible; y me la reprehenderia continuamente, aunque yo no fuese, sino la causa inocente de ella; y si me habeis visto asustada, sabed, que todo mi temor no ha nacido de otro motivo, que del riesgo que corre mi estimacion.

Don Alvaro Ponce que era naturalmente grosero, perdió en fin el su-

frimiento, y con tono aspero, dixo: eso ya es demasiado, y ya que esta señora se niega á acabar amistosamente el asunto, la suerte de las armas va á decidirlo: y dicho esto se puso en ademan de acometer á Don Fadrique, quien por su parte se preparó á recirbirle con valor

Mas amedrantada entónces la señora con esta accion, que impelida de su inclinacion, exclamó toda fuera de sí, ¡deteneos! caballeros, que voy á satisfaceros, sino hay otro medio de impedir un combate en que se interesa mi honor; declaró, que doy la preferencia á Don Fadrique de Mendoza.

No bien hubo acabado de decir estas palabras, quando el desventurado Ponce, sin hablar una palabra fué corriendo á desatar su caballo que habia atado á un árbol, y desapareció echando unas miradas furiosas á su ribal. El venturoso Mendoza al contrario estaba en sus glorias. Ya se ponia de rodillas delante de Doña Teodora, y ya abrazaba al Toledano, y

no encontraba expresiones bastante vivas para manifestarles todo el agradecimiento de que estaba lleno su corazon.

No obstante ya mas tranquila la señora, despues de la partida de Don Alvaro, pensaba con algun sentimiento, que acababa de obligarse á sufrir el festejo de un amante cuyas prendas estimaba verdaderamente, pero á quien no le inclinaba la voluntad.

Por ese motivo, le dixo señor Don Fadrique, yo confio en que no abusareis de la eleccion que de vos he hecho, la que debeis á la precision en que me he visto de pronunciar entre vos y Don Alvaro. No es porque yo no haya siempre hecho mas caso de vuestra persona que de la suya, conociendo bien que él no posee las buenas prendas que se hallan en vos, que sois el caballero mas perfecto de Valencia: os hago esta justicia, y añado, que qualquiera dama puede estar muy ufana de que la pretendais en casamiento. Pero por mas ventajosa que

sea para mí, vuestra solicitud, confieso que la miro con tan poca aficion, que os contemplo digno de lástima por amarme tan tiernamente como mostrais. Con todo eso, no quiero quitaros absolutamente la esperanza de mover mi voluntad. Quizá mi indiferencia es solo efecto del sentimiento que me dura todavia de haber perdido hace un año á Don Andres de Cifuentes mi esposo. Aunque no vivimos mucho tiempo juntos, y él era ya de edad abanzada quando mis padres, deslumbrados con sus riquezas, me obligáron á casarme con él, me ha afligido muchísimo su muerte: no pasa dia que no le eche ménos.

¿Y cómo pudiera yo dexar de sentirlo, quando no se parecia en nada á ninguno de aquellos viejos impertinentes y zelosos, que no pudiendo persuadirse á que una muger moza sea bastante honesta, juzgan que es tan débil como ellos? Ellos mismos son unos continuos fiscales de todas sus acciones, ó ponen á su lado para que ob-

serve sus pasos á una dueña, que coopera á su tiranía. ¡Ay de mi! Hacia de mi recato una confianza de que apénas seria capaz un marido jóven en quien adorase su muger. Por otra parte gastaba su complacencia conmigo, y me atrevo á decir, que no tenia mas conato que el estar pensando lo que me podia agradar, para buscármelo: Don Andres de Cifuentes era de semejante carácter. Bien veo, Mendoza, que no es fácil olvidar á un hombre de un genio tan amable: no se me aparta del pensamiento, lo qual no contribuye poco sin duda á distraer mi atencion de todo quanto se hace para agradarme.

No pudo ménos Don Fadrique de imterrumpir entónces á Doña Teodora, exclamando. ¡Ay! señora, ¡quánto me alegro de saber de vuestra misma boca, que no es la aversion á mi persona la causa de haber despreciado mis atenciones! Espero que con el tiempo os rendireis á mi constancia. Eso no quedará por mí, replicó la da-

ma, pues os doy licencia de ir á visitarme y hablarme algunas veces de vuestra inclinacion: procurad inspirarme cariño con vuestros obsequios; haced de modo que os quiera, que yo no os disimularé los afectos favorables, que consigais de mí; pero si á pesar de todos vuestros esfuerzos, no podeis alcanzar vuestro deseo, acordaos Mendoza de que no tendreis accion para darme quejas.

Iba á replicar Don Fadrique, pero no le dió lugar para ello la señora, pues cogiendo el brazo del Toledano, se volvió con desenfado al coche; fué entónces á desatar su caballo que habia dexado atado á un árbol, y tirándole de la brida siguió á Doña Teodora, la qual subió al coche con igual agitacion que habia baxado de él. El motivo fué sin embargo muy diverso en las dos ocasiones. El Toledano la fué tambien acompañando á caballo hasta llegar á las puertas de Valencia, donde se separaron. La señora tomó el camino de su casa; y Don Fadrique se

llevó á la suya al Toledano.

Hízole que descansase, y habiéndole dado bien de comer, le preguntó privadamente qué fin le llevaba á Valencia, y si hacia ánimo de detenerse allí mucho. Estaré lo ménos que pueda, respondió el Toledano, y voy solo de paso para ir á embarcarme en el primer navio que salga de las costas de España, porque paro poco la consideracion en qué lugar del mundo acabaré el curso de una vida desgraciada, con tal que sea léjos de estos climas funestos para mí.

¿Qué dices, le dixo suspenso Don Fadrique? ¿Quién puede revelaros contra vuestra patria, y haceros aborrecer lo que todos aman naturalmente? Despues de lo que me ha sucedido, replicó el Toledano, aborrezco el lugar de mi nacimiento, y no aspiro sino á dexarle para siempre. Caballero, exclamó movido de compasion Mendoza, ¡con qué impaciencia deseo saber vuestras desdichas! Si no puedo aliviar vuestras penas, estoy pronto á lo

ménos á dividirlas con vos. Vuestra fisonomía me ha agradado desde luego; me embelesa vuestra cortesía, y conozco que me intereso ya eficazmente en vuestra suerte.

No podeis darme mayor consuelo, señor Don Fadrique, respondió el Toledano, y para agradeceros de algun modo las finezas que me haceis, os digo asimismo, que quando poco hace os ví con Don Alvaro Ponce, me aficioné á vuestro partido. Un cierto movimiento de inclinacion que nunca he experimentado al ver una persona desconocida para mí, me hizo rezelar que Doña Teodora os antepondria á vuestro rival, y me alegré quando se resolvió en vuestro favor. Habeis despues fortalecido esta primera impresion de tal suerte, que en vez de quereros disimular mis pesares, ando buscando á quien confiárselos, y encuentro un dulce placer en desabrocharos mi pecho. Escuchad mis desventuras.

Toledo me vió nacer; y Don Juan de

Zárate es mi nombre, casi desde mis mas tiernos años perdí á los que me diéron el ser, de suerte que empecé temprano á gozar de quatro mil ducados de renta que me dexáron: siendo así dueño de mi persona, y juzgándome con bastante caudal para no deber pedir consejo, sino á mi voluntad, acerca de la eleccion de esposa, me casé con una doncella hermosa al cabo, sin pararme en los pocos haberes que tenia, ni en la desigualdad de nuestra condicion; yo estaba hechizado de mi dicha, y á fin de gozar mas del placer de tener una muger á quien amaba, la llevé pasados pocos dias despues de nuestro casamiento á una hacienda que poseo á unas quantas leguas de Toledo.

Allí viviamos ambos en una venturosa union, quando el Duque de Xarane, que tiene su quinta allí cerca, fué un dia que andaba de caza á tomar algun refresco á mi casa. Vió á mi muger, y quedó enamo-

rado de ella: á lo ménos así lo creí yo, y acabó de persuadírmelo el que dentro de poco buscó solícito mi amistad, que hasta entónces le habia sido indiferente. Llevóme consigo á sus cacerías, hízome muchos presentes y mas ofrecimientos aun de servirme.

Sobresaltóme desde luego su amor, y pensé volverme á Toledo con mi esposa; resolucion que sin duda el cielo me inspiraba. Con efecto, si yo le hubiese quitado al Duque todas las ocasiones de visitar á mi muger, hubiera evitado los desastres que me han acaecido; mas la confianza que tenia yo en ella sosegó mi inquietud: parecióme imposible que una persona con quien yo me habia casado sin dote, y sacado de un estado humilde, fuese tan ingrata que olvidase mis beneficios. ¡Pero triste de mí, y quán mal la conocia! La ambicion y vanidad, dos cosas tan naturales en las mugeres, eran los mayores defectos de la mia.

Luego que el Duque halló me-

dio de declararla su inclinacion, se dió ella á sí misma la enhorabuena de haber rendido una voluntad de tanto precio: regalóla el oido la aficion de un sugeto á quien trataban de excelencia, y la llenó la imagiuacion de magníficos entusiasmos. Empezó á tenerse en mas estimacion, y á mirarme á mí con ménos cariño. En lugar de excitar su gratitud lo que yo habia hecho por ella, fué al contrario causa para que me despreciase. Considereme como un marido indigno de poseer su hermosura: y parecióla, que á haberla conocido de soltera aquel señor, que estaba prendado de sus hechizos, sin duda se hubiera casado con ella. Embebecida en estos desvaríos, y seducida con algunas dádivas que los lisongeaban, se dexó vencer de las secretas solicitudes del Duque.

Escribíanse bastante á menudo, aunque yo nada sospechaba de su inteligecia, pero al fin fué tal mi desventura, que salí de mi ceguedad. Vol-

ví de caza un dia mas temprano de lo que acostumbraba, quando mi muger no me esperaba tan pronto. Ella que se habia puesto á responder á una carta que acababa de recibir del Duque, no pudo disimular la turbacion que la causó el verme: yo me horroricé, y viendo tintero y papel sobre una mesa, juzgué que me era traydora. Estrechéla á que me enseñase lo que escribia; pero se resistió tanto á ello, que me ví en la precision de usar de violencia para satisfacer mi zelosa curiosidad. Saquéla del pecho, á pesar de toda su resistencia, una carta concebida en estos términos.

"¿He de estar penando siempre »en la esperanza de que nos hemos »de volver á ver? ¡Quán cruel sois »en darme las mas dulces esperanzas, »y en tardar tanto en cumplirlas! »Don Juan va todos los dias á caza, »ó á Toledo: ¿pnes por qué no hemos »de oprovecharnos de estas ocasiones? »Haced mayor caso del vivo ardor »que me abrasa. Apiadaos de mí, se-

»ñora, y mirad, que si es gustoso »conseguir lo que se desea, es un »tormento el aguardar mucho tiem»po su logro."

No fué posible acabar de leer este billete sin encenderme en cólera. Eché mano á la daga, y en mi primer impulso estuve tentado por quitar la vida á aquella fementida esposa, que me quitaba á mí la honra; pero reflexìonando que era vengarme á medias, y que mi enojo pedia aun otra víctima, reprimí la ira, y disimulé, diciéndola con la menor agitacion que pude: muger, has hecho mal en dar oidos al Duque; el esplendor de su clase no debia deslumbrarte; pero ya veo que la gente moza gusta del fausto. Quiero creer que no hay en tí mas culpa, y que no me has hecho la menor ofensa; por eso disculpo tu imprudencia, con tal que te enmiendes, y que en adelante, correspondiendo solo á mi cariño, no pienses sino en merecerlo.

Despues de haberla hablado de le esta manera, la dexé así para que volviese de la turbacion en que estaba su espíritu, como para que buscase la soledad de que yo mismo necesitaba para calmar la ira que me abrasaba. Aunque no pude recobrar mi sosiego, aparenté á lo ménos durante dos dias un semblante tranquilo, y fingiendo al tercero que me llamaba á Toledo un negocio de la mayor importancia, la dixe: me veia precisado á dexarla por algun tiempo, y que la suplicaba tuviese cuenta con su fama miéntras estuviese yo ausente.

Tomé el camino de Toledo, pero en vez de seguirle, volví secretamente, entrada la noche, á mi casa y escondíme en el quarto de un fiel criado, de donde podia ver quanto pasaba en ella. No dudaba que el Duque estaria informado de mi viage, y me imaginaba que no dexaria de querer aprovecharse de aquella ocasion. Esperaba sorprehenderlos juntos, y me

prometia exercer entónces en ello una completa venganza.

Sin embargo, me engañé, pues lé jos de notar que en mi casa se hicie se ninguna diligencia para recibir algun galan, advertí al contrario qu cerraban bien las puertas, y habién dose pasado tres dias sin que el Du que se dexase ver, me persuadí : que mi esposa se habia arrepentido de su culpa, y cortado en fin toda comunicacion con su amante.

Preocupado de semejante modo de pensar, perdí el deseo de ven garme, y dexándome llevar de lo impulsos de un amor, que el enojo habia suspendido, fuí corriendo en busca de mi esposa, y abrazándola tiernamente la dixe: te vuelvo m estimacion y mi cariño, y te confie so que no he estado en Toledo, y que he fingido este viage para experimentarte; debes perdonar este ardid á un marido, cuyos zelos no carecian de fundamento, Temia que ofuscado tu pensamiento con mag

níficas ilusiones, no fuese capaz de desengañarse; pero gracias al cielo nas conocido tu error, y confio en que ya nada turbará nuestra union.

Mostróse enternecida mi esposa de verme decir esto, y dexando correr algunas lágrimas, ¡qué desventurada soy (dixo) en haberte dado causa para que sospechases de mi fidelidad! Es inútil que yo abomine lo que con tanta razon te ha irritado contra mí, y que mis ojos no cesen de llorar ya hace dos dias: todo mi dolor, y todos mis remordimientos son en vano, pues jamas llegaré en mi vida á recobrar tu confianza. Yo te la vuelvo, la respondí, lastimado vivamente del semtimiento que mostraba; no quiero ya acordarme de lo pasado, una vez que te pesa de ello.

Con efecto, desde entónces la traté con el mismo cariño que ántes, y volví á gozar una vida apacible y sosegada, que tan cruelmente habia cesado, y aun puedo decir que me fué aun mas dulce, porque mi es-

posa, como si hubiese querido bor-
rar de mi imaginacion todas las se-
ñales de la ofensa que me habia he-
cho, se esmeraba mas que nunca en
tenerme contento. Noté mas expresi-
vas sus caricias, y á punto estuve
de alegrarme del pesar que ella me
habia causado.

Caí malo por aquel tiempo, y
bien que mi enfermedad no fuese
mortal, es indecible lo acongojada
que me pareció mi esposa. Pasaba
dias enteros á mi cabecera, y deno-
che, como yo estaba en cama á parte,
iba á verme dos ó tres veces para
saber por sí propia de mi salud. Fi-
nalmente, ella ponia extremo cuida-
do en que no me hiciese falta nada
de quanto necesitaba, de suerte que
parecia que su vida estaba pendiente
de la mia. Por mi parte yo estaba
tan reconocido á todas las muestras de
cariño que me daba, que no me can-
saba de decírselo. Sin embargo, se-
ñor Mendoza, no eran tan verda-
deras como yo me pensaba.

Una noche, en que ya mi salud empezaba á restablecerse, vino á despertarme mi criado, y todo turbado me dixo: señor, siento interrumpir vuestro descanso, pero mi lealtad no me dexa callaros lo que está pasando ahora en vuestra casa. El Duque está con mi ama.

Dexóme tan atónito esta noticia, que esuve un rato mirando á mi criado sin poderle decir palabra; quanto mas discurria acerca de lo que acababa de oir, tanto se me hacia mas increible. No, Fabio, exclamé, no es posible que mi muger sea capaz de tan gran perfidia: tú no estás cierto de lo que dices. Señor, replicó Fabio: ¡ojala Dios que yo pudiese todavia dudar de ello! Pero no me he dexado engañar de falsas apariencias. Desde que estais malo, sospecho que todas las noches introducen al Duque en el quarto de mi ama. Yo me he escondido para verificar mis sospechas, y estoy harto persuadido á que son ciertas.

Al oir esto salté furioso de la cama, púseme una ropa de levantar, y agarrando la espada, me encaminé al quarto de mi muger acompañado de Fabio que iba alumbrando. Al ruido que hicimos al entrar, el Duque, que estaba sentado en la cama, se levantó, y echando mano á una pistola, me la disparó; pero con tal turbacion y tan acelerado, que erró el tiro. Entónces acercándome á él con presteza, le atrevesé el corazon con mi acero; y yendo despues á mi muger que estaba mas muerta que viva, la dixe: y tú, infame, recibe el pago de todas tus trayciones; y dicho esto, sepulté en su pecho el mismo acero caliente todavia con la sangre de su amante.

Condeno mi ferocidad, Señor Don Fadrique, y confieso que hubiera podido castigar bastante á una esposa infiel sin quitarla la vida. ¿Pero qué hombre seria capaz de conservar su cordura en semejante lance? Representaos á aquella fiera muger so-

lícita en cuidarme en mi enfermedad: representaos todas sus muestras de cariño, todas las circunstancias, todo lo enorme de su traycion, y juzgad si merece perdon su muerte, un marido á quien impelió una justa indignacion.

Para concluir en dos palabras esta lastimosa historia, os diré, que habiendo saciado enteramente mi venganza, me vestí presurosamente, haciéndome bien cuenta de que no tenia tiempo que perder, que los parientes del Duque me harian buscar por toda España, y que no alcanzando el valimiento de mi familia á contrapesar el suyo, no estaria seguro sino en un pais extrangero. Por eso, escogiendo dos de mis mejores caballos, y tomando todo el dinero y alhajas que tenia, salí de mi casa ántes de rayar el dia, acompañado del criado que tambien me ha acreditado su léaltad. Seguí el camino de Valencia, con ánimo de embarcarme en el primer navío que

hiciese vela para Italia, y al pasar hoy junto al bosque donde estabais, encontré á Doña Teodora, quien me rogó la acompañase, y ayudase á separaros.

Luego que el Toledano cesó de hablar, Don Fadrique le dixo: señor Don Juan, veo que el dolor de veros ofendido os impelió á quitar la vida al Duque. No os den cuidado las pesquizas que sus parientes quieran hacer. Estareis si gustais conmigo, esperando la ocasion de pasar á Italia. Mi tio es Gobernador de Valencia; mas seguro os hallareis aquí que en otra parte, y vivireis como un hombre que quiere desde ahora unirse con vos en estrecha amistad.

Zarate le respondió á Mendoza con expresiones llenas de agradecimiento, y admitió el asilo que le ofrecia. Admirad ahora, señor Don Cleofás, prosiguió Asmodeo, la fuerza de la simpatía. Estos dos caballeros mozos se cobráron tanta in-

clinacion uno á otro, que en pocos dias se formó entre ellos una amistad comparable á la de Orestes y Pilades. Ademas de un mérito igual, congeniaban tanto entre sí, que lo que era del gusto de Don Fadrique, no dexaba de agradar á Don Juan. Su carácter era uno mismo; y finalmente, habian nacido para amarse. A Don Fadrique especialmente le tenia hechizado el buen modo de su amigo, y no podia ménos de alabárselo á cada instante á Doña Teodora.

Acudian ámbos con freqüencia á casa de aquella Señora, la qual miraba siempre con indiferencia las atenciones y repetidas visitas de Mendoza. Sentíalo este sobre manera, y de ello se quejaba muchas veces á su amigo, quien para consolarle le decia, que las mugeres mas duras, se dexaban al fin ablandar; que los amantes habian de esperar á ese tiempo propicio, que no desmayase; que tarde ó temprano su dama premia-

ria sus servicios. Estas razones bien fundadas en la experiencia, no animaban al tímido Mendoza, que vivia siempre con el recelo de no poder jamas agradar á la viuda de Cifuentes. Este temor le causó una melancolia que daba lástima á Don Juan; pero dentro de poco fué este mas digno de compasion que no él.

Aunque el Toledano tenia motivo para estar irritado contra las mugeres á vista de la horrible traycion que contra él habia cometido la suya, no pudo resistirse á querer á Doña Teodora. Sin embargo, léjos de dexarse llevar de una pasion que ofendia á su amigo, no pensó sino en vencerla, y persuadido á que no podria conseguirlo, á ménos de alejarse de la vista de la que se la habia inspirado, determinó no volver á visitar mas á la viuda de Cifuentes. Por eso quando Mendoza le queria llevar á casa de ella, siempre hallaba él algun pretexto para excusarse.

Por otra parte, no iba Don Fa-

drique vez alguna á verla, sin que le preguntase, por que Don Juan no iba tambien. Un dia que ella le hizo esta pregunta, la respondió sonriéndose, que su amigo tenia sus motivos. ¿Y qué motivos puede tener para huir de mí? Dixo Doña Teodora. Señora, queriendo yo traerlo aquí, y manifestándole alguna extrañeza que rehusase acompañarme, me ha confiado un secreto, que es fuerza os revele para disculparle. Me ha dicho estar enamorado de una dama de aquí, y que no quedándole mucho tiempo para estar en esta ciudad, los instantes le eran precisos.

Esa excusa no me satisface, replicó encendido el rostro, la viuda de Cifuentes. A los amigos no les es lícito abandonar á sus amigos. Don Fadrique advirtió la turbacion de Doña Teodora; pero la atribuyó á pura vanidad, y que lo que la habia hecho salir los colores al rostro, era un mero despecho de verse olvidada. Sin embargo, se engañaba.

Un movimiento mas vivo que el de la vanidad, era el que excitaba la emocion que se dexaba ver; pero rezelosa de que él no trasluciese lo que pasaba en su interior, mudó de conversacion, y fingió durante ella una alegría que hubiera deslumbrado la penetracion de Mendoza, aun quando él desde luego no hubiera equivocado la causa.

Así que la viuda de Cifuentes se vió á solas empezó á cabilar profundamente, y entónces fué quando conoció toda la fuerza del amor que le habia tomado á Don Juan, y creyéndose mas mal correspondida de lo que en realidad lo estaba, dixo suspirando: ¡Qué injusto y bárbaro poder es el que se complace en inflamar voluntades que no se conforman! Yo no amo á Don Fadrique que me adora, y me abraso por Don Juan, cuyo pensamiento tiene ocupado otra. ¡Ay Mendoza! dexa de reprehender mi indiferencia, pues tu amigo se venga bastante de ella.

Al decir esto un vivo impulso de dolor, y de zelos la hizo verter algunas lágrimas, pero la esperanza que sabe aliviar las penas de los enamorados, llegó en breve á presentarla imágenes risueñas. Imaginóse que quizá la otra dama no era muy de temer; que Don Juan estaba prendado tal vez no tanto de sus atractivos, como divertido con sus favores, y que tan débiles lazos no eran difíciles de desatar. Para juzgar por sí misma lo que debia creer sobre el particular, resolvió hablar privadamente con el Toledano, para lo que le hizo avisar pasase á su casa. Fué él, y hallándose solos los dos, tomando la palabra Doña Teodora le habló de esta manera.

Jamas hubiera pensado, Señor Don Juan, que el amor podia hacer olvidar á un atento caballero como vos, lo que debe á las señoras; sin embargo, advierto que no os dexais ver por mi casa, despues que estais enamorado. Discurro tengo motivo

para quejarme de vos. Con todo eso quiero creer que no nace de vos mismo el huir de mí; sin duda que la dama á quien festejais os habrá prohibido venir á visitarme. Decidme, si esto es cierto, Don Juan, que siéndolo, os disculpo, pues sé que los amantes no se atreven á quebrantar los preceptos de sus damas.

Señora, respondió el Toledano, no niego que mi proceder debe causaros admiracion; pero os pido la gracia de que no querais que yo acredite mi inocencia, y contentaos con saber que me asiste motivo para no visitaros: sea ese el que fuere, replicó toda sobresaltada Doña Teodora, quiero que me lo declareis. Pues bien, señora, yo os obedeceré, la dixo Don Juan; pero no os quejeis de oir mas de lo que deseais saber.

Don Fadrique, prosiguió, os ha contado el suceso que me obligó á dexar á Castilla. Al alejarme de Toledo, lleno de enojo mi corazon contra las mugeres, las desafiaba á to-

das á que jamas rendirian mi voluntad. En esta arrogante disposicion llegué cerca de Valencia, os encontré, y lo que nadie quizá ha podido hacer hasta ahora, sostuve vuestras primeras miradas sin la menor turbacion. Despues os he vuelto á ver sin experimentar ningun daño. ¡Mas hay! ¡y qué caros me han costado algunos dias de altivez! Vos, señora, habeis en fin vencido mi resistencia: vuestra hermosura, vuestra discrecion, y todos vuestros encantos han exercido su poder contra un rebelde. En una palabra, yo os profeso todo el amor que sois capaz de inspirar.

Mirad qual es la causa que me aparta de vos. La dama con quien os han dicho que yo estaba empleado, es imaginaria. Si se lo dixe á Mendoza, fué un engaño, y para prevenir las sospechas que hubiera podido despertar en él negándome á venir á visitaros en su compañía.

Estas palabras que no esperaba

Doña Teodora, la causáron tan grande alegría, que no pudo impedir se conociese. Verdad es, que tampoco puso ella cuidado en disimularla, y que en vez de armar de algun rigor sus ojos, miró al Toledano con semblante bastante risueño, y le dixo: ya que vos Don Juan, me habeis declarado vuestro secreto, yo quiero tambien descubriros el mio. Escuchad.

Insensible á los suspiros de Don Alvaro Ponce, y haciéndome poca impresion el afecto de Mendoza, pasaba yo una vida dulce y sosegada, quando la suerte os hizo pasar cerca del bosque donde nos encontramos. A pesar de lo asustada que iba yo entónces, no dexé de advertir, que me ofrecisteis vuestro auxîlio con muy buena voluntad; y el modo con que supisteis separar á dos ribales enfurecidos el uno contra el otro, me hizo formar un concepto muy ventajoso de vuestra destreza y de vuestro valor; pero me desagradó el medio que propusisteis para conciliarlos.

Yo no podia sin gran pena resolverme á escoger á uno de ellos; y para no callaros nada, creo que vos fuisteis en parte causa de mi repugnancia, porque en el mismo instante en que forzada por la necesidad, mis labios pronunciáron el nombre de Don Fadrique, conocí que mi corazon se declaraba por el caballero desconocido. Desde aquel dia, que puedo llamar afortunado, y á vista de la declaracion que me habeis hecho, vuestro mérito ha aumentado la estimacion que os tenia.

Yo no os hago, prosiguió la misma, un misterio de mis pensamientos. Os manifiesto con igual franqueza, que le dixe á Mendoza que no le amaba. Una muger á quien toca la desgracia de sentirse inclinada á un amante que no puede ser de ella, tiene razon para reprimirse, y vengarse á lo ménos de su flaqueza, con un silencio eterno; pero creo sin escrúpulo, que se puede descubrir un amor inocente á un hombre, cuya inten-

cion es honesta y legítima. Estoy, os confieso, llena de gozo de que me ameis, y por ello doy gracias al cielo, quien sin duda nos ha destinado el uno para el otro.

Concluidó esto, calló la señora esperando respuesta de Don Juan, y para darle lugar á prorrumpir en las mas vivas expresiones de contento y de gratitud, á que creia haberlo movido; pero él en vez de mostrarse gozoso de lo que acababa de oir, se quedó triste y pensativo.

¿Qué es lo que advierto Don Juan? le dixo ella. Quando para procuraros una suerte, que á otro que no fuerais vos podria parecer envidiable, olvido yo la altivez de mi sexô, y os muestro un corazon apasionado, ¿resistis la alegría que os debe causar una declaracion tan grata? ¡Vos guardais un silencio mortal! ¡Yo veo asimismo afliccion en vuestro semblante! ¡Ay! Don Juan, ¡Qué extraño efecto producen en vos mis finezas!

¡Ah! ¿Y qué otro efecto señora,

respondió tristemente el Toledano pueden hacer en un pecho como el mio? Tanto mas desdichado soy, quanto mayor inclinacion demostrais. No ignorais lo que Mendoza está haciendo por mí, y sabeis la tierna amistad que nos une. ¿Podré yo fundar mi felicidad sobre la ruina de sus mas lisonjeras esperanzas? Soy demasiado pundonoroso. Yo no le he prometido cosa alguna, dixo Doña Teodora á Don Fadrique, y así puedo ofreceros mi fe, sin hacerme merecedora de sus reconvenciones, y podreis admitirla sin que nada le usurpeis. Confieso que la consideracion de un amigo desdichado es preciso os de alguna pena; pero Don Juan, ¿es acaso esta capaz de contrapesar la venturosa suerte que os espera?

Sí señora, replicó él con entereza. Un amigo, qual es Mendoza, puede conmigo mas de lo que discurris. Si llegaseis á comprehender toda la ternura, y toda la fuerza de nuestra amistad, ¡quánta lástima me tendriais!

Don Fadrique nada tiene reservado para mí; mis intereses han venido á ser los suyos; y la menor cosa de las mias no se le escapa á su atencion; por decirlo todo en una palabra, su corazon está dividido entre vos y yo.

¡Ah! si queriais que yo me aprovechase de vuestras finezas, era preciso haberlas mostrado ántes de que hubiese yo mostrado los lazos de una amistad tan estrecha. Hechizado entónces de la dicha de agradaros, no hubiera mirado á Mendoza, sino como ribal mio. Cautelándome del afecto que me manifestaba, no hubiera correspondido á él, y no le deberia hoy lo que le debo. Pero señora, pasó el tiempo; ya he recibido todos los beneficios que ha querido hacerme, y he seguido la inclinacion que le tenia; el agradecimiento y afecto me ligan y reducen en fin á la cruel necesidad de renunciar á la suerte gloriosa con que me convidas.

Al decir esto, Doña Teodora, cu-

yos ojos estaban bañados de lágrimas, sacó el pañuelo para enxugárselas. Turbado con esta accion el Toledano, conoció que vacilaba su firmeza, y empezó á desconfiar, y á no responder de lo venidero. A Dios, señora, prosiguió con una voz mezclada de suspiros, me es preciso huir de vos para salvar mi amistad; no puedo resistir á vuestro llanto, el qual os hace demasiado temible. Voy á dexaros para siempre, y á llorar la pérdida de tantos encantos que mi inexôrable amistad quiere que yo la sacrifique. Dicho esto, se retiró con el resto de firmeza que le quedaba, no costándole poco trabajo el conservarlo.

Luego que se ausentó, la viuda de Cifuentes se sintió agitada de mil confusos movimientos. Avergonzóse de haberse declarado á un hombre á quien no habia podido detener, pero no pudiendo dudar que estaba fuertemente prendado de ella, y que el interes de un amigo era la única causa de que no admitiese la mano que

le ofrecia, tuvo harto juicio para admirar un esfuerzo tan singular de amistad, en lugar de darse por ofendida. Sin embargo, como no podemos ménos de afligirnos quando los cosas no salen á medida de nuestro deseo, se marchó al siguiente dia fuera de Valencia, á fin de desvanecer sus pesares, ó por mejor decir, de aumentarlos, porque la soledad es mas propia para acrecentar el amor que para disminuirlo.

Don Juan por su lado, no habiendo encontrado en casa á Mendoza, se encerró en un quarto para entregarse libremente á su dolor, despues de lo que habia hecho por servir á un amigo, creyó le era permitido á lo ménos lamentarse de ello; pero llegó Don Fadrique de allí á poco á distraerle de sus pensamientos, y juzgando al verle el rostro que estaba indispuesto, manifestó tanta zozobra, que para animarle Don Juan, se vió obligado á decirle que lo que necesitaba era descanso. Men-

doza se salió inmediatamente para dexarle reposar, pero con ayre tan triste, que el Toledano sintió mas vivamente su infortunio. ¡Cielos! dixo entre sí! ¿por qué la mas estrecha amistad del mundo ha de ser la causa de toda la desgracia de mi vida?

Al dia inmediato no se habia levantado aun Don Fadrique, quando llegáron á avisarle que Doña Teodora se habia marchado con todos sus criados á su quinta de Villareal, y que segun aparencias no volveria tan breve. Esta noticia le apesadumbró, no tanto por las penas que hace padecer la ausencia de lo que se ama, quanto por el misterio que habian guardado con él sobre este viage. Sin saber lo que debia pensar acerca de él, formó no obstante un funesto presagio.

Levantóse para ir á ver su amigo, así para hablarle de lo ocurrido, como para saber de su salud; pero estando acabando de vestirse, entró

Don Juan en su quarto, diciéndole: vengo á desvaneeer la inquietud que os causo. Hoy me siento bastante mejorado. Esa buena noticia, respondió Mendoza, me consuela algo de la mala que me han dado. El Toledano preguntó quál era aquella mala noticia, á lo que Don Fadrique, despues de haber hecho retirar á sus criados, le respondió: Doña Teodora partió esta mañana á su quinta, donde se discurre permanecerá mucho tiempo.

Este viage me admira. ¿Por qué me lo han ocultado? ¿Qué pensais de eso Don Juan? ¿no tengo razon para estar inquieto?

Zárate se guardó bien de decirle lo que pensaba en el asunto, y ántes bien procuró persuadirle á que Doña Teodora podia haberse marchado, sin que esto fuese motivo para sobresaltarle; y satisfecho Mendoza con las razones que su amigo empleaba para animarle, le interrumpió, y le dixo: todas esas pala-

bras no son capaces de desvanecer la sospecha que he formado. Quizá habré cometido alguna imprudencia que habrá disgustado á Doña Teodora, y en castigo de ella, me ha dexado, sin dignarse siquiera decirme qual es mi delito.

Como quiera que sea, yo no puedo vivir mas tiempo dudoso. Vamos Don Juan, vamos en busca suya: voy á mandar que ensillen los caballos. Yo os aconsejo, le dixo el Toledano, que no lleveis á nadie en vuestra compañía, pues semejante averiguacion, corresponde se haga sin testigos. Don Juan no puede estar de sobra, replicó Don Fadrique, Doña Teodora no ignora que vos sabeis quanto pasa en mi corazon; ella os estima, y léjos de serme embarazoso, me ayudareis á apaciguarla en favor mio.

No, Don Fadrique, replicó, mi presencia de nada puede serviros. Id solo, os lo ruego. No mi amado Don Juan, respondió Mendoza, los dos

hemos de ir juntos; espero esta fineza de vuestra amistad. ¡Qué tiranía, exclamó el Toledano con semblante afligido! ¿Por qué exîgis de mi amistad lo que no debe concederos?

Quedóse atónito Don Fadrique de oir unas palabras, cuya significacion no entendia, y del despego con que las habia pronunciado, y mirando atentamente á su amigo, le dixo: Don Juan, ¿qué significa lo que acabais de decirme, que suscita en mi pecho una horrible sospecha? Dexaos de constreñiros tanto, y de tenerme suspenso, explicaos: ¿qué es lo que motiva la repugnancia que mostrais á acompañarme?

Yo os lo queria disimular, respondió el Toledano, mas ya que me habeis estrechado á que os lo declare, ya no necesito callar. Dexemos, caro Don Fadrique, de aplaudirnos la conformidad de nuestros afectos, que sabido es. Las flechas que á vos han herido, no han dexado ileso á vuestro amigo. Doña

Teodora.... ¿Serais acaso ribal mio? le replicó Mendoza, mudado ya el color. Desde que conocí mi amor, dixo Don Juan, he estado batallando con él, y huido siempre de la presencia de la viuda de Cifuentes. Esto vos lo sabeis, y aun vos mismo me lo habeis reprehendido. Yo triunfaba á lo ménos de mi pasion, ya que no podia destruirla.

Pero ayer esta señora me envió á decir que deseaba hablarme. Fuí á su casa, y me preguntó por qué, segun parecia, queria yo evitar el verla. Levanté excusas que no admitió, por lo que me fué preciso descubrirla la verdadera causa. Discurriéndome yo que en vista de una declaracion semejante aprobaria mi intencion de dexar de visitarla; pero por un singular efecto de mi estrella, no sé, si os lo diga; sí Mendoza, yo os lo debo decir; ví á Teodora inclinada á mí.

Aunque Don Fadrique era de genio el mas apacible y juicioso del

mundo, con todo eso le arrebató un impulso de furor, al oir estas palabras, é interrumpiendo otra vez á su amigo en este punto, le dixo: no prosigais Don Juan; mas quiero que me atraveseis el pecho, que el que continueis esa fatal narracion. Vos no os contentais con confesarme que sois mi ribal, sino que manifestais que sois amado. ¡O, Cielos! ¿qué es lo que acabais de confiarme? Vos haceis de nuestra amistad una prueba demasiado violenta. ¿Pero qué digo, nuestra amistad? Vos la habeis violado, conservando los pérfidos afectos que me declarais.

¡Quál era mi error! Yo os tenia por generoso y magnánimo, y ahora veo que sois un amigo engañoso, pues habeis sido capaz de concebir un amor que me ofende. Este golpe inesperado me abate, y lo siento con mayor viveza, quanto es dado por una mano.... Hacedme mas justicia, le replicó nuestro Toledano: tened un poco de paciencia. Es-

toy léjos de ser un falso amigo. Escuchadme, y os arrepentireis de haberme puesto este ódioso nombre.

Entónces le contó lo que le habia pasado con Doña Teodora; la amorosa daclaracion de esta, y las expresiones de que usó para persuadirle á que correspondiese sin escrúpulo á su pasion. Repitióle lo que la habia respondido; y conforme le iba refiriendo la firmeza que habia mostrado, iba Don Fadrique conociendo se aplacaba su enojo. Finalmente, añadió Don Juan, la amistad venció el amor; no admito la palabra que de ser mia me dió Doña Teodora. Lloraba ella de despecho; pero ¡ay! ¡quánta fué la turbacion que excitáron sus lloros en mi corazon! No puedo acordarme de ellos sin temblar todavia del peligro que corrí. Yo mismo empezaba ya á calificarme de desapiadado, y por algunos instantes confieso que mi pecho os fué traydor. Sin embargo, no me rendí á mi flaqueza;

y me liberté con una pronta huida de unas lágrimas tan peligrosas. Pero no basta el haber evitado este riesgo, sino que es necesario temerlo para en adelante. Es preciso ausentarme quanto ántes, porque no quiero parecer mas en presencia de Doña Teodora. En vista de esto, ¿me acusareis todavia de ingratitud y de deslealtad?

No á la verdad, le respondió Mendoza, dándole un abrazo; yo os restituyo toda vuestra inocencia: abro los ojos, y os pido perdoneis una injusta queja al primer impulso de un amante, que se ve arrebatar todas sus esperanzas. ¡Ah! ¿Cómo podia yo discurrir que Doña Teodora podria conoceros mucho tiempo sin amaros, y sin quedar vencida de esos atractivos, cuyo poder yo mismo he experimentado? Vos sois un verdadero amigo. Ya no imputo mi desgracia si no á la suerte, y agena de aborreceros, conozco crece en mí el cariño que os profeso. ¿Pues qué renunciais por mí á la posesion

de Doña Teodora? Vos podeis domar vuestro amor; vos haceis á nuestra amistad un sacrificio tan grande. ¿Y no habia yo de hacer un esfuerzo para vencer el mio? yo debo corresponder á vuestra generosidad; Don Juan, seguid la inclinacion que os arrastra: casaos con la viuda de Cifuentes. Llorelo mi corazon si quiere. Mendoza os estrecha á ello.

En vano me instais, replicó Zárate. Yo estoy ciego por ella, lo confieso; pero estimo en mas vuestro sosiego, que mi felicidad. ¿Y qué habeis de mirar con indiferecia, dixo Mendoza, la tranquilidad de Doña Teodora. No nos lisonjeemos. La inclinacion que os tiene decide mi suerte. Aun quando os ausenteis de ella, aun quando por cedermela os fueseis léjos de su vista á llevar una vida lastimosa; nada adelantaré con eso. Ya que no he podido agradarla hasta aquí, no la agradaré nunca. El cielo ha guardado para vos

solo esta fortuna. Ella os profesa un afecto natural, en una palabra, no podrá ser dichosa sin vos. Recibid, pues, la mano que os ofrece, coronad sus deseos y los vuestros. Entregadme á mi desgracia, y no querais hacer infelices á tres, pudiendo uno solo apurar todo el rigor del destino.

A este punto de narracion llegaba Asmodeo, quando se vió obligado á interrumpir por atender al Estudiante; que le dixo: ¿Hay con efecto gentes de tan bello carácter? Yo en el mundo no veo mas que amigos que se desazonan entre sí, no digo yo por queridas como Doña Teodora, sino por locas de atar. ¿Es dable que un amante renuncie á una dama á quien adora, y de la que es correspondido, por temor de hacer desdichado á un amigo? No creeria que fuese eso posible sino en una novela, en donde pintan á los hombres tales quales debian ser, y no como son. Del mismo parecer

soy yo, respondió el Cojuelo, que no es cosa muy comun; pero no solamente pertenece al carácter de las novelas, sino que tambien se halla en la vella naturaleza del hombre, y es tanta verdad lo que digo, que despues del Diluvio he visto dos de estos exemplares, comprehendiendo en ellos este; pero volvamos á añudar el hilo de nuestra historia.

Los dos amigos siguiéron en hacerse un sacrificio de su pasion, y no queriendo el uno ceder á la generosidad del otro sus afectos amorosos, estuviéron suspensos algunos dias. No volviéron á hablar de Doña Teodora, y aun casi no se atrevian á pronunciar su nombre. Pero entre tanto que la amistad triunfaba así del amor en la ciudad de Valencia, el amor como para vengarse reynaba con tirania en otra parte, y se hacia obedecer sin resistencia.

Doña Teodora se dexaba llevar

de su ternura en su quinta de Villareal, situada cerca del mar. Siempre estaba pensando en Don Juan, sin poder perder la esperanza de casarse con él, sin embargo, de que no debia esperarlo á vista de la amistad que habia manifestado á Don Fadrique.

Una tarde que ya puesto el sol estaba ella paseándose á la orilla del mar con una de sus criadas, advirtió una chalupa pequeña que se acercaba á la ribera. Parecióla desde luego que en ella venian siete ú ocho hombres de malísimo gesto; pero luego que los vió de mas cerca, y exâminó con mas cuidado, conoció que lo que la habian parecido rostros de personas, eran máscaras. Con efecto, eran gentes enmascaradas y armadas con espadas y vayonetas.

Horrorizada de verlos, y no pronosticando nada favorable del desembarco que intentaban hacer, se volvió acelerada á la quinta. De quan-

do en quando volvia la cabeza á mirarlos, y habiendo notado que habian saltado en tierra, y que la seguian, hechó á correr con quanta ligereza pudo; pero como no corria tanto como Atalanta, y los enmascarados eran ágiles y robustos, la alcanzáron á la puerta de la quinta y la detuviéron.

Así ella como la criada que la acompañaba empezáron á dar grandes gritos, á los que acudiéron al instante algunos criados, que apellidando socorro, hiciéron en breve salir á todos los demas sirvientes de Doña Teodora, unos con chuzos, y otros con garrotes. Sin embargo, dos de los mas alentados de la quadrilla disfrazada, despues de haber cogido en sus brazos al ama y á la criada, las lleváron hácia la chalupa, á pesar de su resistencia, miéntras los otros hacian frente á los de la quinta, quienes les empezáron á estrechar vivamente. El combate fué largo, pero en fin, los enmascara-

dos executáron felizmente su empresa, y se retiráron á la chalupa, sin dexar siempre de pelear. A la verdad de que era tiempo de que se marchasen, porque no se habian embarcado aun todos, quando viéron venir de la parte de Valencia quatro caballeros á caballo que caminaban á rienda suelta, y daban á entender que venian en socorro de Doña Teodora. A vista de esto se diéron tal prisa en alejarse los robadores, que el afan de los caballeros fué en vano.

Eran estos caballeros Don Fadrique y Don Juan; el primero habia recibido aquel dia una carta, en la que le decian, que se sabia de buena parte que Don Alvaro Ponce se hallaba en la isla de Mallorca, que allí habia equipado un baxel, y que con unos veinte hombres, que nada tenian que perder, proyectaban robar á la viuda de Cifuentes quando estuviese en su quinta. Con esta noticia el Toledano y

él habian partido inmediatamente de Valencia junto con sus criados, para ir á avisar á Doña Teodora de semejante atentado. Y habiendo descubierto desde léjos á la orilla del mar un número bastante crecido de gentes, que parecia estaban peleando unas contra otras, y sospechando que esto podia ser lo que rezelaban, metiéron espuelas á los caballos para poderse oponer al designio de Don Alvaro. Pero por mas diligencia que hiciéron, no llegáron sino para ser testigos del rapto que querian impedir.

Miéntras tanto Don Alvaro Ponce, ufano del feliz éxîto de su osadía, se alejaba de la costa con su presa; y su chalupa iba á juntarse con un navío pequeño armado que le estaba esperando en alta mar. No es posible sentir dolor mas amargo que el que sintiéron Mendoza y Don Juan. Hiciéron mil imprecaciones contra Don Alvaro, y llenáron el ayre de quejas tan lastimosas como va-

nas. Todos los criados de Doña Teodora, excitados con tan tierno exemplo, no fuéron escasos en los lamentos. Toda la ribera resonaba con el ruido de los clamores, y la ira, la desesperacion, y el desconsuelo reynaban en aquellas tristes orillas. El robo de Elena no causó en la corte de Esparta una consternacion tan grande.

CAPÍTULO III.

De la pendencia que tuviéron un poeta trágico, y un autor cómico.

No pudo el Estudiante dexar de interrumpir al Diablo la palabra en este pasage, diciéndole: Asmodeo, nó hallo advitrio para resistir á la curiosidad de saber qué significa una cosa que me lleva la atencion, á pesar del gusto que recibo en escucharos. Estoy viendo en un quarto á dos hombres en camisa, que

se tienen agarrados uno de otro por el pescuezo y el pelo; y á otras personas en bata que hacen quanto pueden por separarlos. Hazme el favor de decirme que es esto. El Cojuelo que no deseaba sino complacerle, se lo explicó de esta suerte.

Esos que ves sin camisa, y que estan riñendo, son dos autores franceses, y los que procuran apartarlos son dos alemanes, un flamenco y un italiano. Viven todos juntos en esa posada donde solo alojan extrangeros. Uno de estos autores es compositor de tragedias, y el otro de comedias. El primero por cierto disgusto que ha tenido en Francia se ha venido á España; y poco contento el segundo con su suerte en Paris ha hecho lo mismo, con la esperanza de hallar mejor fortuna en Madrid.

El poeta trágico es un ingenio vano y presumido, que ha despecho de la porcion mas juiciosa del público, ha adquirido una fama bastante grande en su tierra. Para te-

ner alerta su musa compone todos los dias alguna cosa, y no habiendo podido dormir esta noche, ha empezado una tragedia tomando el asunto de la Yliada de Homero. Tiene compuesta ya una escena, y como su menor defecto es á imitacion de sus compañeros una comezon continua de matar á las gentes leyéndoles sus obras, se ha levantado, y cogiendo la luz, ha ido en camisa como le ves á llamar á porrazos á la puerta del autor cómico, que aprovechando mejor el tiempo, estaba durmiendo profundamente.

Despertando este al oir tal estruendo, ha abierto al otro, quien con un ayre foribundo le ha dicho al entrar. Postraos, amigo, postraos á mis pies. Adorad un ingenio protegido por Melponeme. Acabo de producir unos versos.... ¿Pero qué digo acabo? El mismo Apolo es quien me los ha dictado. Si estuviera yo ahora en París iria á leerlos de casa en casa. Aguardo á que amanezca pa-

ra ir á embelesar á nuestro Embaxador, y á quantos paisanos tengo en Madrid; pero ántes de enseñárselos á nadie, quiero que los oigais.

Muchas gracias os doy por la preferencia, le ha respondido el autor cómico, bostezando á mas no poder. Lo malo es, que habeis escogido mal tiempo; yo me he acostado muy tarde; el sueño me rinde, y no aseguro que oiré, sin volverme á quedar dormido todos los versos que teneis que leerme. ¡O! pues eso yo sí que lo aseguro, ha replicado el poeta trágico. Aun quando estuvieseis muerto, seria capaz de resucitaros la escena que acabo de comner. Mi versificacion no es un conjunto de pensamientos comunes, y expresiones tribiales sostenidos solamente por la rima, sino una poesía nerviosa, que mueve el ánimo, y suspende el entendimiento. Yo no soy de aquellos poetrastos, cuyas miserables obras nuevas no son mas

que unas sombras que pasan por el teatro, y van á Utica á divertir á los africanos; pero á mis tragedias, dignas de ser consagradas con mi estátua en la biblioteca palatina, acuden de tropel las gentes, despues de haberse representado treinta dias. Pero hablemos, añadió este moderno poeta, hablemos de los versos con que quiero regalaros el oido.

Mi tragedia se intitula: *La muerte de Patroclo.* Escena primera: salen Briseida, y las demas cautivas de Aquiles: arráncanse los cabellos, y se dan golpes en el pecho para manifestar el dolor que las causa la muerte de Patroclo. No tienen fuerzas para mantenerse en pie, y vencidas de desesperacion caen en el teatro. Me direis que esto es algo arriesgado, pero eso es lo que yo busco. No salgan enhorabuena los cortos ingenios de los límites estrechos de la imaginacion, sin atreverse á traspasarlos, confieso que hay prudéncia en su timidez; ma

yo gusto de lo nuevo; y mi opinion es que para mover y embelesar á los espectadores es preciso presentarles imágenes que no esperaban.

Las cautivas estan como he dicho tendidas por el suelo, con ellas está Pheniz, ayo de Aquiles, y las ayuda á levantar una por una, y empieza él la protasis con estos versos:

A la ruina de Troya, y á la de Néctor,
Riamo se encamina valeroso.
Los griegos siempre fuertes, por venganza,
Contra el compañero van del buen Aquiles:
El fiero Agamenon, Camelo el grande,
El á Dioses igual Nestor, Eumelo,
Leonte el de la pica diestro en ella,
Diomedes nervioso y aguerrido,
Y el eloqüente Ulises sin segundo.
El valiente, el constante, el gran Aquiles,
Se dispone impeliendo á los caballos
De su carro, fogosos é inmortales.
Y segun el furor le precipita,
A Ilion se dirige presuroso;
Y al mirar con los ojos á los brutos
Nadie ya les distingue en su carrera.
Díceles luego Aquiles: caro Xanto,
Balio, adelantad, corred ligeros;
Que así que de matar esteis rendidos,

Y así que los de Troya en fuga huyendo
Huyan de su ciudad, volved ufanos
A vuestro antiguo campo; pero sea
Viviendo el grande Aquiles con vosotros.
Baxando la cabeza entónces Xanto,
Al héroe de esta suerte le responde:
El contento os darán vuestros caballos,
Y andarán á medida del deseo
Que teneis de llegar á dó caminan.
Mas temen que el fatal cruel momento
De morir se os acerca, gran Aquiles;
Que así le hacia hablar con brio á Xanto
La de ojos de baca, Juno excelsa.
Y de Aquiles el carro parecia
Volando lo llevaban ambos brutos:
Quando así que los griegos ya le viéron,
De Troya las riberas de improviso
Con gritos de placer hacen resuenen.
Mas el Príncipe Aquiles parecia
Vestido con las armas de Vulcano
Dar mayor resplandor y mas brillante.
Que el astro que aparece á la mañana.
O al sol mismo que nace poco á poco,
Y se eleva prestando luz al mundo,
Centelleando lo propio que aquel fuego
Que miéntras las tinieblas de la noche,
Hacen los aldeanos en los montes.

Me detengo aquí, ha proseguid el autor trágico, para dexaros res

pirar un poco, porque si os recitase de seguido toda mi escena, la hermosura de mi versificacion, y el gran número de rasgos brillantes y pensamientes sublimes que encierra, os aturdirian. Atended á la exâctitud de esta comparacion: *Mas brillante que un fuego, que los aldeanos hacen....* No todos conocen la delicadeza de esto; pero vos que teneis ingenio, y ese verdadero, es preciso que os encante. Así es por cierto, ha respondido el autor cómico sonriéndose socarronamente. No puede darse cosa mas preciosa, y estoy persuadido á que no se os habrá pasado el hablar tambien en vuestra tragedia del cuidado que Tetis tenia de espantar las moscas troyanas que llegaban á picar el cuerpo de Patroclo. No penseis en hacer burla de eso, ha replicado el trágico. Un poeta diestro puede aventurarlo todo. Ese pasage es quizá el mas propio de la tragedia, para suministrarme versos *altisonantes*. Os

doy mi palabra de que no lo dexaré en el tintero.

Todas mis obras, ha continuado diciendo sin rebozo, son de buena estofa; por eso quando las leo, es menester ver como las aplauden, me detengo en cada verso para recibir alabanzas. Me acuerdo de haber leido en París una tragedia en una casa, adonde todos los dias van á la hora de comer varios eruditos, y en la qual, se ha dicho sin vanidad, no me tienen por un Pradon. La gran Condesa Vieille Brune se hallaba allí, y es muger de gusto fino y delicado. Yo soy su poeta favorito. Aquella señora lloraba á lágrima viva oyendo la primera escena; en el segundo acto tuvo que mudar de pañuelo; en el tercero no hizo mas que sollozar; en el quarto se desmayó; y quando llegó la catástrofe, creia que se iba á morir con el héroe de mi tragedia.

Al oir estas palabras el autor

cómico, por mas gana que tenia de mantenerse serio, se le ha soltado una carcajada de risa. ¡Ah! y que bien Conozco lo que contais de esa buena condesa. Es tanta su aversion á lo cómico, que se va del coliseo despues de representada una tragedia, sin aguardar á ver ninguna otra cosa, porque no se la entibie el sentimiento. Su inclinacion favorita es á lo trágico. No repara que sea buena ó mala la composicion, basta el que hagais hablar en ella á amantes desdichados, para estar cierto de que enternecereis á la señora: hablándoos con lisura, si yo me dedicase á componer poesías sérias, quisiera tener otros aprobantes mejores que no ella.

Pues otros tengo tambien, dixo el poeta trágico. Tengo la aprobacion de mil personas distinguidas, así varones, como hembras.... Yo desconfiaria aun del voto de esos, ha replicado el autor cómico, y me recelaria de sus dictámenes. ¿Y sa-

beis por qué? Porque los oyentes de esa clase estan los mas distraidos, quando se les lee algo, y se dexan llevar de la gallardia de un verso, ó de la delicadeza de un afecto. Con esto tienen bastante para alabar toda una obra por defectuosa que sea en todo lo demas. Y al contrario, si oyen algunos versos chabacanos ó ásperos que les hiere al oido, no necesitan mas para desacreditar una buena composicion.

Pues bien ha dicho el autor trágico, ya que miras á esos jueces por sospechosos, yo me fio pues en los aplausos del patio. ¡O! no me pondereis, os ruego el patio, ha replicado el otro; pues manifiesta demasiado capricho en sus decisiones. A veces se engaña tan groseramente al ver representar algo nuevo, que se mantendrá neciamente dos meses enteros en el entusiasmo de una obra que nada vale. Es verdad, que luego la impresion le desengaña, y que el autor queda afren-

tado despues de haber salido victorioso.

Esa desgracia no tengo que temerla, ha dicho el trágico. Mis tragedias se imprimen tantas veces, como se representan. Confieso que no sucede así con las comedias, pues la impresion descubre su poca substancia. Como las comedias no son mas que unas bagatelas, unos pequeños partos del ingenio.... Poco á poco con eso, señor autor trágico, ha respondido el otro, no andeis tan ligero; vos no echais de ver, que os vais acalorando. Hacedme el favor de hablar delante de mí de la comedia con algo de mas respeto. ¿Pensais, por ventura, que es ménos trabajoso componer una comedia que una tragedia? Desengañaos, tan dificil es el hacer reir á las gentes honradas, como el hacerlas llorar. Sabed, que un asunto ingenioso tomado de lo que pasa en el trato de la vida civil, es igualmente dificultoso de manejar, que el mas

bello asunto heróico.

¡Ha! por vida de tantos, ha exclamado el poeta trágico, me alegro infinito de oiros hablar de esa manera. Pues bien señor Calidas, para quitarnos de disputas, quiero de aquí adelante apreciar tanto vuestras obras, como las he despreciado hasta ahora. Muy poco caso hago de vuestros desprecios, señor Siblet, ha replicado acalorado el poeta cómico; y para responder á vuestras expresiones insolentes, os digo sin morderme los labios, lo que pienso de los versos que me habeis leido. Son ridículos; y los conceptos, aunque sacados de Homero, no por eso dexan de ser chabacanos. Aquiles habla á sus caballos, y estos le responden. Eso incluye una imágen baxa, del mismo modo que el simil del fuego, que los aldeanos encienden en un monte. El imitar de esa suerte á los antiguos, no es á la verdad hacerles ningun honor. Es cierto que sus obras es-

tan llenas de cosas admirables, pero es menester tener mejor gusto del que tuviéron y teneis, para elegir felizmente las que se deben adoptar de ellos.

Ya que vuestro ingenio no es bastante sublime, ha replicado Siblet, para conocer las bellezas de mi poesía, he de castigaros por haberos atrevido á criticar mi escena, con no leeros lo demas. Sobrado castigado he sido con haber oido el principio, le ha dicho Calidas. ¡Por cierto que os está bien á vos el menospreciar mis comedias! Habeis de saber, que la mas inferior de las que yo componga, será siempre superior á vuestras tragedias, y que es mas fácil remontarse, y subir apoyado en los grandes afectos de la tragedia, que el poder encontrar un chiste agudo é ingenioso.

Gracias al cielo, ha dicho el trágico con aire desdeñoso. Si tengo la desgracia de no gozar de vuestra estimacion, creo que eso no

debe darme pena. La corte juzga de mí mas ventajosamente que no vos: y la pension que se ha dignado... Vaya, vaya: no penseis alucinarme con vuestras pensiones de corte, le ha replicado Calidas. Yo sé muy bien como se consiguen, y por eso no hago mayor caso de lo que componeis. Vuelvo á deciros, que no se os ponga en la cabeza que valeis mas que los amores cómicos. Y aun para probaros que estoy convencido, de que es mas facil componer dramas sérios, que otros; os digo, que si vuelvo á Francia y no salgo bien en lo cómico, me humillaré á escribir tragedias.

Para ser un compositor de entremeses, le ha dicho el poeta trágico, teneis bastante vanidad, para ser un versificador que solo debe su fama á expresiones relumbronas, le ha replicado el autor cómico, haceis bien de persona. Sois un desvergonzado, le ha dicho el otro, y si no estuviera en vuestro quarto

mi señorito Calidas, la peripecia de esta aventura os enseñaria á respetar el Coturno. No os detenga ese respeto, mi gran señor Siblet, ha replicado Calidas. Si teneis gana de que os sacudan, yo os sacudiré tan lindamente aquí en mi habitacion, como fuera de ella.

Al mismo tiempo se han agarrado los dos del pescuezo y de los cabellos; y las puñadas y patadas no han sido escasas por una y otra parte. Un italiano que estaba acostado en la pieza inmediata, ha estado oyendo todo este diálogo, y por el ruido que hacian ha juzgado que andaban á golpes. Se ha levantado, y compadecido de estos franceses, aunque italiano, ha llamado gente. Un flamenco y dos alemanes que son esos que veis, vienen con el italiano á separar á los combatientes.

Esta disputa parece graciosa, dixo Don Cleofás. Pero segun veo los autores trágicos en Francia creen ser personages mas importantes que los

que componen comedias. Así es, respondió Asmodeo. Los primeros piensan se aventajan tanto á los otros, como los héroes de las tragedias á los criados de las comedias.

¿Y sobre qué fundan su soberbia? replicó el Estudiante. ¿Pues qué en realidad es mas difícil componer una tragedia que una comedia? El punto sobre que me preguntas se ha disputado cien veces, y se disputa aun todos los dias. Yo por mí lo decido, y sea dicho sin disputar á los que no son de mi opinion, que no es mas fácil componer una comedia que una tragedia; porque si esta fuera mas difícil que aquella, era preciso sacar la conseqüencia, que un autor de tragedias, sería mas capaz de hacer una comedia que el mejor autor cómico, lo que no se conforma bien con la experiencia. Estas dos especies de poemas requieren pues dos ingenios de distinto carácter, pero de igual habilidad.

Ya es tiempo, añadió el Cojuelo, de acabar la digresion. Voy á coger el hilo de la historia que habeis interrumpido.

CAPITULO IV.

Prosigue la historia de la fuerza de la amistad.

Ya que los criados de Doña Teodora no pudiéron evitar que la robasen, á lo ménos lo resistiéron tan valerosamente, que su resistencia fué fatal á algunos de los que acompañaban á Don Alvaro Ponce. Entre otros hiriéron á uno tan de peligro, que impidiéndole las heridas seguir á sus compañeros, se habia quedado quasi muerto tendido sobre la arena.

Era este desdichado, segun se vió, un criado de Don Alvaro, y advirtiendo que respiraba todavia, le lleváron á la quinta, donde no omitiéron diligencia alguna para hacerle volver en sí, lo que se pudo con-

seguir á pesar de la suma debilidad causada de la mucha sangre que habia perdido. Para moverle á hablar, le ofreciéron cuidar de su salud, y que no le entregarian al rigor de la justicia, siempre que declarase á donde llevaba su amo á Doña Teodora.

Agradóle la oferta, bien que estaba tal, que poca esperanza podia tener de aprovecharse de ella. Esforzóse quanto pudo, y con voz desmayada confirmó el aviso que Don Fadrique habia recibido, añadiendo, que la intencion de Don Alvaro era, conducir á la viuda de Cifuentes á Sasari en la Isla de Cerdeña, en donde tenia él un pariente, cuya proteccion y autoridad le prometian un asilo seguro.

Esta relacion aplacó el enojo de Mendoza, y del Toledano. Dexáron al herido en la quinta, en la que murió de allí á pocas horas, y se volviéron á Valencia pensando en la determinacion que habian de tomar. Re

solviéron ir á buscar á su enemigo comun al parage de su retiro. Embarcáronse pronto los dos sin criada alguno en Denia para pasar á Mahon, no dudando que allí encontrarian ocasion para ir á la Isla de Cerdeña. Así fué, pues, no bien habian llegado á Mahon, quando sabiendo que un navío fletado para Cádiz, que debia sin detencion hacerse á la vela para Cagliari, se aprovecháron de aquella oportunidad.

Partió el navío con un viento tan favorable como podian apetecer; pero al cabo de seis horas de su salida sobrevino calma, y habiéndose vuelto contrario el viento, se viéron precisados á bordear con la esperanza de que mudaria. Así andubiéron navegando tres dias, hasta que al quarto á cosa de las dos de la tarde descubriéron un baxel que iba derecho á ellos á velas tendidas. Tuviéronle al principio por mercante; pero viendo que se acercaba casi á tiro de cañon, sin enarbolar bandera

alguna, no dudáron de que era un corsario.

No se equivocáron, pues era un pirata de Tunez que discurria que los christianos se iban á rendir sin resistencia; pero luego que vió que aferraban velas, y preparaban la artillería, juzgó que el lance seria mas serio de lo que habia pensado, por cuyo motivo se detuvo, amainó tambien sus velas, y se dispuso al combate.

Ya empezaban á cañonearse de una y otra parte los dos buques, y parecia que los christianos llevaban alguna ventaja, quando llegando un corsario de Argel con un navío mayor, y mejor armado que los otros dos, se arrimó á la parte del pirata de Tunez, y acercándose á todas velas al español. quedó este entre dos fuegos

Desmayáron á vista de esto los christianos, y desistiendo de seguir un combate, que era ya demasiado desigual, dexáron de disparar. Entónces presentándose sobre la popa del

navío argelino un esclavo, empezó en lengua castellana á gritar á los que iban en el navío español, que se entregasen si querian que se les diese quartel, y en seguida un turco con una bandera pequeña sembrada de medias lunas de plata entrelazadas, la tremoló en el ayre. Haciéndose cargo los christianos de que era inútil toda resistencia, no pensáron mas en defenderse, y se dexáron poseer de todo el dolor, que la consideracion de la esclavitud puede causar en hombres libres, y temiendo el capitan que una mayor detencion podia irritar á unos vencedores bárbaros, quitó la bandera de popa, se metió en el esquife con algunos de sus marineros, y pasó á rendirse al corsario de Argel.

Este pirata envió unos quantos soldados suyos á registrar el navío español, es decir, á saquear todo lo que llevaba. El corsario de Tunez dió por su parte órden á otros de su tropa, de modo que á todos los pasageros

de aquel desgraciado navío los desarmáron en un instante, y los registráron, trasbordándolos despues al buque argelino, donde los dos piratas echando suertes los repartiéron entre sí.

A Mendoza y á su amigo les hubiera servido á lo ménos de consuelo el caer los dos en manos de un mismo corsario, pues no les hubieran sido tan pesadas sus cadenas, pudiendo llevarlas juntos; pero la fortuna que queria hacerles experimentar todo su rigor, destinó á Don Fadrique al corsario de Tunez, y á Don Juan al de Argel. Represéntate la desesperacion de estos amigos al verse precisados á separarse. Arrojánse á los pies de los piratas, suplicándoles encarecidamente que no apartasen el uno del otro; mas estos, cuya barbarie no eran poderosos á mover los espectáculos mas lastimosos, no se dexáron ablandar, ántes bien juzgando que estos dos cautivos eran sugetos distinguidos, y podrian pagar un buen rescate, determináron

quedarse cada uno con el suyo.

Viendo Mendoza y Zárate que trataban con hombres de un corazon de fiera, no hacian mas que mirarse uno á otro explicándose con los ojos lo intenso de su afliccion. Pero quando acabada la reparticion de la presa, se retiró el pirata de Tunez á bordo de su navío con los esclavos que le habian tocado, los dos amigos pensáron espirar de pena. Mendoza se llegó al Toledano y estrechándole entre sus brazos, le dixo. ¡Con qué es fuerza amigo separarnos! ¡Qué cruel necesidad! ¡No basta el que la avilantez de un robador quede sin castigo, sino que se nos prohibe unir nuestras quejas y sentimientos! ¡Ah! Don Juan ¿qué hemos cometido contra el Cielo que así nos castiga? La causa de nuestras desgracias, respondió Don Juan, solo en mí habeis de buscarla. La muerte con que yo sacrifiqué á mi enojo dos personas, aunque excusable á los ojos del mundo, habian sin du-

da irritado al Cielo, el qual os castiga tambien de haber cobrado amistad á un desdichado á quien persigue su justicia.

Al decir esto vertian ambos tanta abundancia de lágrimas, y suspiraban con tal vehemencia, que los demas esclavos, no ménos se compadecian de su suerte, que de su propio infortunio. Pero los soldados de Tunez, mas inhumanos todavía que su gefe, viendo que Mendoza tardaba en salir del navío, le arrancáron ferozmente de los brazos del Toledano, y le llevaron arrastrando por fuerza artándole de golpes; á Dios caro amigo, dixo: ya no volveré á veveros mas. ¡Doña Teodora no queda vengada! Los males que estos desapiadados me preparan, serán las mas leves penas de mi cautiverio.

No pudo Don Juan responder á estas palabras, tanto fué lo que le sobrecogió el trato que vió dar á su amigo; y como el hilo de esta historia pide que sigamos al Toledano

dexarémos á Don Fadrique en el navio de Tunez.

El corsario argelino dió la vuelta al puerto de su salida, y luego que llegó á él, conduxo sus nuevos esclavos á casa del Baxá, y desde allí al mercado, donde se acostumbra venderlos. Un oficial del Dey Mezomorto compró á Don Juan para su amo, en cuya casa destináron á este nuevo esclavo á trabajar en los jardines del Haram. (*) Esta ocupacion, aunque penosa para un caballero, no dexó con todo de agradarle á causa de la soledad que pedia, pues en la situacion en que se hallaba, nada podia halagarle mas que la libertad de pensar en sus trabajos, como lo executaba continuamente; y distante su ánimo de desechar las imágenes mas lastimosas, parecia que se recreaba en traerlas á la memoria.

(*) Así llaman á todos los serrallos de los particulares, solo el del Gran Señor se llama *Serrallo*.

Un dia en que no habiendo echado de ver al Dey, que se andaba paseando por el jardin, estaba cantando durante su trabajo una cancion triste, se detuvo Mezomorto á escucharle: gustóle bastante su voz, y acercándose á él por curiosidad, le preguntó como se llamaba. El Toledano le respondió que Alvaro. Quando entró en casa del Dey habia juzgado conveniente mudar de nombre, segun costumbre de los esclavos, y el haber tomado este fué, porque teniendo siempre presente el robo de Doña Teodora por Don Alvaro Ponce, le habia ocurrido ántes que otro. Mezomorto, que sabia medianamente el castellano, le hizo muchas preguntas acerca de los estilos de España, y especialmente sobre el método que usan los hombres para hacerse querer de las mugeres, á lo qual Don Juan le respondió de un modo de que quedó el Dey muy satisfecho.

Alvaro, le dixo el Dey, me pareces discreto, y no te juzgo hombre

ordinario; pero seas quien fueres, teneis la dicha de agradarme, y pienso honrarte con mi confianza. Don Juan oido esto, se postró á los pies del Dey, y luego se alzó, llevando ántes la orilla de su vestido á la boca, á los ojos, y poniéndosela despues sobre la cabeza.

Para comenzar á darte pruebas de lo que digo, prosiguió Mezomorto, te diré como tengo en mi Serrallo las mugeres mas hermosas de Europa, entre las que hay una que no tiene comparacion. No creo que el Gran Señor posea ninguna tan perfecta, aunque sus navíos se las llevan diariamente de todos los parages del mundo. Su rostro se parece á los reflexos del sol, y su talle se semeja al tallo del rosal plantado en el jardin de Haram. Ya ves quan hechizado me tiene.

Pero este prodigio de la naturaleza, dotada de tan singular hermosura, conserva una tristeza mortal, que ni el tiempo, ni mi amor no

pueden desvanecer. Aunque la suerte la ha sujetado á mis deseos, todavía no los he satisfecho, sino siempre refrenado; y contra la costumbre ordinaria de mis iguales; que solo buscan el deleyte de los sentidos, me he dedicado á ganarla la voluntad, usando de unas atenciones y respetos, que el mas ínfimo de los musulmanes se avergonzaria de guardar con una esclava christiana.

Sin embargo, todos mis rendimientos no hacen mas que exásperar su melancolía, cuya tenacidad empieza al fin á molestarme. La imágen de la esclavitud no está grabada en el ánimo de las demas con rasgos tan profundos, porque mis miradas propicias la han borrado bien pronto. Esta larga afliccion cansa mi paciencia; pero con todo, ántes de cede á mis impulsos, es preciso que yo haga todavia un esfuerzo. A este fin quiero valerme de tu mediacion. Como la esclava es christiana, y aun de tu misma nacion, podrá toma

confianza en tí, y nadie la persuadirá mejor que tú. Pondérala mi clase y mis riquezas, represéntala que yo la distinguiré de todas mis esclavas; dala á entender, si es necesario, que puede aspirar al honor de ser con el tiempo esposa de Mezomorto; y dila que la miraré con mas respeto que el que mostraria á una sultana, cuya mano me ofreciese el Gran Señor.

Postróse otra vez Don Juan delante del Dey, y aunque le contentó poco el encargo, le dió palabra que haria quanto pudiese para desempeñarlo bien. Esto basta, replicó Mezomorto; dexa el trabajo, y ven conmigo. Voy contra nuestros usos á hacerte á hablar á solas con esta bella esclava; pero guárdate de abusar de mi confianza, porque en semejante lance seria castigada tu osadia con suplicios desconocidos entre los mismos turcos. Procura desvanecer su tristeza, y cuenta con que tu libertad depende del fin de mis tormen-

tos. Don Juan dexó lo que estaba haciendo, y siguió al Dey, el qual se habia adelantado para ir á preparar á la afligida cautiva á recibir á su mediador.

Hallábase con dos esclavas viejas, las que se retiráron así que viéron entrar á Mezomorto. La hermosa esclava le saludó con mucho acatamiento; mas no pudo dexar de horrorizarse, lo que la sucedia siempre que se ofrecia á su vista. Advirtiólo él, y con deseo de mirarla, la dixo: bella cautiva, mi venida aquí solo es para avisarte que entre mis esclavos se halla un español, con quien tal vez te alegrarás conversar; si deseas verle, le daré licencia de que te hable, y aun sin que nadie esté presente.

La bella esclava manifestó convenia en ello. Pues voy á enviártelo, replicó el Dey; ¡y ojalá que sus palabras logren aliviar tus pesares! Dicho esto se retiró, y encontrando al Toledano, que acababa de llegar, le

dixo en voz baxa: puedes entrar, y despues que hayas hablado con la cautiva, vendrás á mi habitacion á darme cuenta de la conversacion.

Entró Zárate inmediatamente en la pieza, cerró la puerta, y saludó á la esclava sin poner en ella los ojos; y ella recibió su cortesía sin mirarle con cuidado. Pero llegando de pronto á reparar atentamente el uno en el otro, prorrumpiéron en un grito de admiracion y de gozo. ¡Oh Cielos! dixo el Toledano acercándose, ¿no es una apariencia verdadera la que me engaña? ¿Es en realidad Doña Teodora á quien veo? ¡Ay Don Juan! exclamó la bella esclava. ¿Sois vos el que me hablais? Si señora, respondió él entónces afectuosamente, el mismo Don Juan soy. Reconocedme por estas lágrimas que mis ojos hechizados de volveros á ver, no son poderosos á reprimir, y por estos movimientos de regocijo, que sola vuestra presencia es capaz de excitar. Ya no me quejo de la fortuna,

pues os restituye á mi vista. ¿Pero á dónde me arrastra un júbilo inmoderado? Yo me olvido de que estais en prisiones. ¿Por qué nuevo capricho de la suerte os veis en ellas? ¿Cómo pudisteis libraros de la pasion temeraria de Don Alvaro? ¡Ah! y quantos suspiros me ha costado esta, y quanto temo el saber que él haya violado vuestro recato.

El Cielo, dixo Doña Teodora, ha castigado á Ponce. Si tuviera lugar de contaros.....Teneis el que querais, replicó Don Juan; pues el Dey me permite veros, y lo que es fuerza os suspenda, el hablaros sin testigos. Aprovechémonos de estos venturosos instantes. Enteradme de todo lo que os ha pasado desde vuestro robo hasta ahora. ¿Y quién os ha dicho, preguntó ella, que fué Don Alvaro quien me robó? Harto lo sé, respondió Don Juan. Entónces le contó sucintamente como lo habia sabido, y que habiéndose embarcado Mendoza y él para ir en busca de

su robador, los habian apresado unos corsarios. Acabada su narracion, empezó Doña Teodora la suya en estos términos.

No necesito deciros el grave sobresalto que recibí al verme asida por una quadrilla de enmascarados. Desmayéme en los brazos del que me llevaba, y quando volví de mi desmayo, que sin duda me duró muchisimo, me ví sola con Inés, una de mis criadas, en el mar, en la cámara de un navío que tenia tendidas ya las velas.

La desdichada Inés se puso á exhortarme á que sufriese con paciencia aquella adversidad, y de sus palabras colegí, que estaba de acuerdo con mi robador. Atrevióse este á ponerse delante de mí, y echándose á mis pies me dixo: señora, perdonad á Don Alvaro el medio de que se vale para poseeros. Vos sabeis los obsequios que os he rendido, y con que teson he disputado vuestro corazon á Don Fadrique hasta el dia

en que le preferisteis á mí. Si mi pasion á vos hubiese sido comun, la hubiera vencido, y me habria consolado de mi infortunio; pero mi suerte es la de adorar vuestros atractivos. Aunque me veo enteramente despreciado, no puedo exîmirme de su poder. Sin embargo, no temais cosa alguna de la violencia de mi amor; yo no he acometido vuestra libertad, para atemorizar vuestra virtud con viles esfuerzos; y mi ánimo es, que en el retiro, adonde os conduzco, un lazo eterno y sagrado una nuestro destino.

Díxome asimismo otras razones de las que no puedo bien acordarme pero al oirle, parecia que en obligarme á casarme con él, no me tiranizaba, y que yo debia mirarle ménos como robador atrevido, que como amante poseido de su pasion. Miéntras habló, yo no hice mas que llorar y desesperarme, por lo que me dexó sin perder el tiempo en persuadirme; pero al retirarse hizo una seña á Inés

la qual comprehendí era, para que apoyase con maña las palabras con que él habia querido alucinarme.

No dexó esta de executarlo así, representándome asimismo, que despues de la novedad que entre las gentes habia causado mi robo, no podia yo casi dexar de admitir la mano de Don Alvaro, por mas aversion que le tuviese; y que mi reputacion exîgia de mi corazon este sacrificio. Ciertamente que no era el medio de enxugar mis lágrimas el mostrarme la necesidad de este horroroso casamiento: y así es que yo no hallaba consuelo. Inés no sabia ya que decirme quando de improviso oimos sobre la cubierta del navio un gran estrépito que se llevó toda nuestra atencion.

Este ruido causado por los criados de Don Alvaro lo ocasionaba la vista de un baxel grande, que venia á nosotros á velas tendidas, y no siendo el nuestro tan velero como él, nos fué imposible evitarlo. Acercóse á nosotros, y bien presto oimos gritar.

Llega, *llega*: pero Don Alvaro, y sus gentes queriendo mas bien morir que no rendirse, fuéron tan atrevidos, que quisiéron entrar en combate, el que fué muy vivo, y de él no os haré relacion por menor, diciéndoos solamente, que Don Alvaro y todos los suyos muriéron despues de haber peleado desesperadamente. A nosotros nos pasáron al navío grande que era de Mezomorto, y mandaba Aby-Aly-Osman, uno de sus oficiales.

Aby-Aly me estuvo mirando mucho tiempo, y conociendo por mi trage que yo era española, me dixo en lengua castellana. Templad vuestra afliccion, y consolaos de haber sido esclavizada; esta desgracia no la podiais evitar; ¡pero qué digo esta desgracia! Es una fortuna de que os debeis dar el parabien. Sois sobrado bella para reduciros á recibir obsequios de los christianos; el cielo no os crió para estos infelices mortales, ántes bien mereceis las atenciones de los primeros hombres del mundo; y solo

los Musulmanes son dignos de poseeros. Voy, añadió, á dar la vuelta á Argel, y aunque no he hecho otra presa, estoy persuadido á que el Dey, mi amo, estará contento con mi corso. No temo que desapruebe la impaciencia que habré tenido por poner en sus manos una veldad, que será su embeloso, y todo el adorno de su serrallo.

Creció mi llanto al oirle bablar en aquellos términos, que significaban quanto tenia yo que temer; pero Aby-Aly que veia con distintos ojos que los mios, el motivo de mi angustia, no hizo mas que reir, y volvió la proa á Argel, miéntras yo me afligia en extremo. Unas veces dirigia yo al cielo mis suspiros, é imploraba su auxîlió; y otras deseaba que algunos navios christianos viniesen á acometernos, ó que las olas nos tragasen: despues de esto deseaba que mis lágrimas y mi dolor me afeasen de manera, que mi presencia fuese capaz de horrorizar al Dey: ¡vanos deseos

que me hacia formar mi honestidad asustada! Llegamos al puerto, y me conduxéron á este palacio, donde comparecí á la vista de Mezomorto.

No sé lo que Aby-Aly dixo al presentarme á su amo, ni lo que le respondió este, porque se habláron en turco; pero por los ademanes y miradas del Dey, me pareció que yo habia tenido la desgracia de agradarle: y lo que me dixo despues en castellano acabó de desesperarme, pues me confirmó en esta opinion.

Arrojéme, pero en vano, á sus pies, y ofrecíle quanto quisiese por mi rescate. Por mas que hice para tentar su codicia con la promesa de todos mis aberes, me dixo que me estimaba mas, que quantas riquezas habia en el mundo. Hizo disponerme esta habitacion, que es la mas magnífica de su palacio; y desde aquel punto, nada ha omitido para desterrar la tristeza de que me ve consumida. Me trae los esclavos de

uno y otro sexô que saben cantar ó tocar algun instrumento. Ha quitado de mi lado á Inés, creyendo que no hacia mas que alimentar mis pesares; y me sirven unas esclavas viejas, que sin cesar hablan del amor de su amo, y de todos los diferentes placeres que me estan guardados.

Pero todo quanto emplean para divertirme, produce un efecto enteramente contrario. Nada es capaz de consalarme. Esclava en este abominable palacio, que todos los dias resuena con los lamentos de la inocencia oprimida, no me hace padecer tanto la pérdida de la libertad, como horror me inspira la abominable pasion del Dey. Aunque hasta ahora no he visto en él sino un amante comedido y respetuoso, no por eso me causa ménos sobresalto y rezelo, que causado de un respeto que tal vez le es ya molesto, abuse en fin de su poder. Este espantoso temor me trae continuamente turbada; y cada instante que vivo,

es un nuevo tormento para mí.

No pudo Doña Teodora acabar de pronunciar estas palabras sin prorrumpir en llanto, de que enternecido Don Juan la dixo: Señora, no sin motivo os formais una imágen tan terrible de lo venidero; y tan asombrado estoy yo como vos. Mas pronto está el Dey á mudar de método de lo que pensais. Este amante sumiso en breve se quitará la máscara de su falsa apacibilidad; harto lo sé, y veo todo el peligro que correis.

Pero, prosiguió mudando de tono, yo no quiero ser testigo y dexar de oponerme. Aunque no soy mas que un mero esclavo, mi despecho es de temer. Antes que Mezomorto os ultrage, le atravesaré el pecho con.... ¡Ay! Don Juan, le dixo la viuda de Cifuentes ¿Qué idea os atreveis á concebir? Guardaos bien de executarlo. ¡Qué crueldades no traeria tras sí esa muerte! ¿No la habian de vengar los tur-

cos? Los mas atroces tormentos..... No puedo pensár en ello sin horrorizarme. Y sin eso, ¿no os exponeis á un peligro superfluo? ¿Con quitar la vida al Dey, me volverian la libertad? ¡Desdichada de mí! Tal vez me venderian á algun malvado que guardaria ménos miramiento conmigo que Mezomorto. ¡A vos, ó cielos, toca mostrar vuestra justicia, vos conoceis el torpe deseo del Dey; ya que me prohibis usar del acero, y del veneno, á vos pues toca el estorvar un delito que os ofende.!

Sí señora, replicó Zárate, los cielos lo evitarán. Ya conozco que me inspiran, y lo que me ocurre en este momento á la imaginacion es sin duda un aviso secreto que me dan. El Dey no me ha dado licencia de veniros á ver, sino para estimularos á corresponder á su amor. Yo tengo que ir á darle cuenta de nuestra conversacion. Es menester engañarle. Voy á decirle que estais

inconsolable; que el modo con que procede con vos, empieza á aliviar vuestras penas. Ayudadme por vuestro lado, de suerte que quando vuelva á veros, os encuentre ménos triste que ántes.

¡O qué sufrimiento! le respondió Doña Teodora: ¿cómo ha de poder un corazon franco y sincero disimular el sentimiento? ¿Y qué fruto sé sacará de un fingir tan penoso? El Dey, la dixo, gustará de veros contenta, y entre tanto haré yo diligencias para libraros de esclavitud. Veo que la empresa es árdua; pero conozco un esclavo advertido, cuya industria espero no nos será inútil.

Me marcho, prosiguió, porque el asunto pide presteza, y ya volveré á veros. Voy á buscar al Dey, y á contener su ardor impetuoso, y vos señora recibidle sin desagrado. Disimulad, esforzaos, y desterrad de vuestros ojos, que se ofenden de verle, el enojo y la severidad. Ten-

gan vuestros lavios, que no se abren todos los dias sino para deplorar vuestra desventura, un lenguage que no le esaspere. No temais cosa alguna, pues eso solo se reduce á no ponerle mal semblante. Basta, replicó Teodora. Haré lo que me decis, ya que la desgracia que me amenaza, me impone esa cruel necesidad. Id Don Juan, poned todo vuestro esmero en sacarme del cautiverio. Se aumentará mi alegria, si consigo la libertad de vuestra mano.

El Toledano, segun la órden tenia de Mezomorto, fué á buscarle. Y pues, Alvaro, le dixo este Dey con mucha agitacion. ¿Qué noticias me traes de la hermosa esclava? ¿La has movido á que me escuche? Si me dices que no debo lisongearme de vencer su soberbio dolor, juro por la cabeza de mi amo el Gran Señor, que hoy mismo alcanzaré por la fuerza, lo que se niega á mis obsequios. Señor, le respondió

Don Juan, no hay necesidad de hacer ese juramento. No será menester que recurrais á la violencia para satisfacer vuestro deseo. La esclava es una dama jóven, que hasta ahora no ha querido á nadie, y tan altiva, que ha desechado las propuestas de los mas ilustres señores de España. Vivia en su tierra como una soberana; y ahora se ve aquí cautiva, y ya veis que un animo elevado es preciso sienta mucho tiempo la diferencia de las situaciones en que se halla. No obstante eso, esta española se acostumbrará como las demas á la esclavitud, y aun me atrevo á decir, que ya sus hierros empiezan á pesarla ménos. Las atentas complacencias que con ella teneis, esos obsequios respetuosos que no esperaba de vos, alibian sus pesares, y poco á poco triunfan de su soberbia. En breve vereis como perdiendo su amor á la libertad, no se le hará pesada la esclavitud.

Esas palabras me embelesan, exclamó el Dey; y cuenta con que reprimiré mi impaciente inclinacion, y no usaré de violencia. ¿Pero me engañas? ¿ó eres tú mismo engañado? Voy en este punto á hablar á la esclava, que quiero ver si es cierta esa tranquilidad que has advertido en ella. Dicho esto se fué á encontrar á Teodora; y el Toledano volvió á su jardin, donde alló al jardinero, que era aquel diestro esclavo, de cuya maña queria valerse para librar del cautiverio á la viuda de Cifuentes.

El jardinero que era navarro, y se llamaba Francisco, sabia perfectamente las entradas y salidas de Argel, por haber servido allí á muchos amos ántes que al Dey. Amigo Francisco, le dixo Don Juan, me veo muy afligido. En este palacio vive una señora jóven de las mas distinguidas de Valencia, la qual, aunque ha rogado á Mezomorto que propusiese él mismo el precio de su rescate, no quiere sea rescatada, porque está enomorado de

ella. ¿Y por qué os apesadumbra eso tanto? le dixo Francisco. Porque soy de la misma ciudad que ella, le respondió el Toledano. Sus padres y los mios son íntimos amigos, y no hay cosa que no fuese yo capaz de intentar por ayudar á ponerla en libertad

Aunque la empresa no es fácil, replicó Francisco, me atrevo á asegurar-os que saldré con ella, si los parientes de la dama estuviesen de parecer de pagarme bien este servicio. Eso no lo dudeis, le dixo Don Juan: yo respondo de su agradecimiento, y del de ella. Esta señora es viuda, y se llama Doña Teodora. Su marido la dexó muchos bienes, y es igualmente dadivosa que rica. En una palabra, yo soy español y noble, y mi palabra os deba bastar.

Pues bien, replicó el jardinero, fiado en vuestra promesa, voy á buscar á un renegado conocido mio, y proponerle... ¿Qué decis? le interrumpió el Toledano todo sobresaltado. ¿Cómo podeis fiaros de un malvado

que ha tenido la osadia de desamparar la religion por.... Aunque renegado, dixo Francisco, no dexa de ser hombre de palabra; su mal estado me compadece, y conozco que su maldad no admite ninguna disculpa. Voy á contaros su historia en dos palabras. Es cirujano de profesion, y por no irle muy bien en su patria, determinó pasar á establecerse á Cartagena, discurriendo, que con mudar de tierra, mejoraria de fortuna. Embarcóse, pues, para Cartagena en compañía de su madre, pero encontráron un pirata argelino que los cautivó y trajo á esta ciudad, donde fuéron vendidos ella á un moro, y el á un turco, quien le maltrató tanto, que él abrazó el mahometismo para acabar su cruel esclavitud, como tambien para conseguir la libertad de su madre, á quien veia tratada con mucho rigor en casa del moro su amo. En efecto, habiéndose puesto al sueldo del Baxá, salió muchas veces á corso, y juntó quatrocientos pesos, parte de los quales em-

pleó en rescatar á su madre; y para hacer valer lo demas, se le puso en la cabeza el espumar el mar por su cuenta.

Hízose Capitan, y comprando un navichuelo sin puente, fué acompañado de algunos soldados, que quisiéron juntarse con él, á cruzar entre Alicante y Cartagena, volviendo cargado de botin. Salió otra vez al mar, y tuvo tal fortuna en sus viages, que al fin se vió con bastante caudal para poder armar un navío grande, con el que hacia ricas presas. Esta dicha no le duró siempre, pues habiendo un dia embestido á una fragata francesa, maltrató esta de tal suerte á su buque, que él tuvo trabajo para restituirse al puerto de Argel. Como en este pais se juzga del mérito de los piratas, por el buen éxîto de sus empresas, el renegado cayó por sus desastres en desprecio de los turcos, lo que le causó despecho y pesadumbre. Vendió el navio, y se retiró á una casa fuera de la ciudad, en la que se

mantiene desde entónces de lo que le ha quedado con su madre, y muchos esclavos que le sirven.

Yo voy á verle á menudo. Hemos estado juntos en casa de un mismo amo, y somos muy amigos. El me descubre sus mas escondidos pensamientos, y no hace tres dias que llorando me dixo, que no podia hallar sosiego despues de haber tenido la desgracia de renegar de la fe católica, y que para acallar los remordimientos que le despedazaban continuamente, estaba tentado algunas veces por pisar el turbante, á riesgo de ser quemado vivo, y por reparar con una confesion pública de su arrepentimiento, el escándalo que habia causado á los christianos.

CAPÍTULO V.

Dase fin á la historia de la fuerza de la amistad.

De esta clase es el renegado á quien quiero encaminarme, continuó Francisco. Un hombre así, no os debe ser sospechoso. Voy á salir con el pretexto de ir al baño (*). Iré á su casa, y le haré presente que para aliviar enteramente la pena de haberse separado del Gremio de la Iglesia, debe volver á él, poniendo desde ahora los medios para el logro de este fin, para lo qual no tiene que hacer mas que equipar un navio, como si cansado de su vida ociosa, quisiese volver á corso, y que con este bastimento ganaremos la costa de Valencia, donde Doña Teodora le dará con que pasar cómodamente el resto de sus dias en su patria.

Si, mi querido Francisco, exclamó

(*) Sitio donde se juntan los esclavos.

Don Juan, gozoso con la esperanza que el esclavo navarro le daba, podeis prometer quanto querais á ese renegado, y uno y otro contad con que sereis bien recompensados. ¿Pero creeis acaso que esta empresa se podrá executar del modo que deseais? Quiza se hallarán dificultades que no se me ofrecen ahora al pensamiento, replicó Francisco; pero el renegado y yo las hallanarémos: Alvaro, añadió al despedirse de este, yo pronostico bien de nuestro designio, y espero daros noticias gustosas quando vuelva.

No sin zozobra estuvo esperando el Toledano que volviese Francisco, quien así lo hizo al acabo de tres ó quatro horas, diciendo: he hablado con el renegado, y le he propuesto nuestro pensamiento; y despues de un largo exámen, hemos quedado en que él comprará un navío pequeño ya equipado; y como se permite recibir por marineros á esclavos, se valdrá de todos los suyos; y que temiendo hacerse sospechoso, moverá á doce

soldados turcos á ir con él, fingiendo deseo de salir á corso; pero que dos dias ántes del aplazado para el viage, se embarcará de noche con sus esclavos, levará áncoras, sin meter ruido, y vendrá á buscarnos con su esquife á una puerta pequeña de este jardin, que no está distante del mar. Este es el plan que tenemos formado, lo que podeis noticiar á la dama esclava, asegurándola que dentro de quince dias á mas tardar estará libre del cautiverio.

¡Qué alegria para Zárate el tener que dar una noticia tan gustosa á Doña Teodora! Para alcanzar licencia de verla, buscó al dia siguiente á Mezomorto, y habiéndole encontrado, le dixo: perdonad, señor, si me atrevo á preguntáros ¿cómo habeis hallado la hermosa esclava? ¿estais mas contento? Estoy hechizado de ella, le respondió el Dey: sus ojos no evitáron ayer mis miradas. En sus conversaciones, que ántes no eran sino reflexiones eternas sobre su suerte, no h

mezclado queja alguna, y aun ha mostrado que prestaba á mis palabras alguna atencion, digna de agradecerse.

Esta mundanza la debo, Alvaro, á tus diligencias. Veo que conoces bien á las mugeres de tu tierra. Quiero que vuelvas á hablarla, para acabar lo que con tanta felicidad has empezado. Apura tu ingenio y tu destreza para abreviar mi dicha, que yo romperé inmediatamente tus cadenas, y juro por el alma de nuestro gran Profeta, que te restituiré á tu patria, lleno de tantos beneficios, que quando te vuelvan á ver los christianos, no podrán creer que sales de esclavitud.

El Toledano fingió hallarse muy reconocido á sus ofertas, y con el deseo de querer abreviar su cumplimiento, se dió prisa por ir á ver á la bella esclava; hallóla sola en su quarto, porque las viejas que la servian, estaban ocupadas en otra parte. Refirióla lo que el navarro y renegado habian tramado entre los dos, confiados en las promesas que él les habia hecho.

Sirvióla de gran consuelo el oir que se habian tomado tan buenas medidas para libertarla. ¿Es posible, exclamó ella, arrebatada de gozo, que me es lícito esperar el volver á ver á Valencia mi amada patria? ¡Qué dicha la mia de vivir allí tranquila con vos, despues de tantos sobresaltos y peligros! ¡Ah! Don Juan, quanto me alhaga este pensamiento! ¿Me acompañais en mi alegria? ¿pensais en que arrancándome del poder del Dey, es vuestra esposa la que le robais?

¡Ah! señora, respondió Zárate despidiendo un profundo suspiro, qué agradables serian esas lisongeras expresiones, si la memoria de un amigo desdichado no viniese á mezclar en ellas un acibar que las quita toda su dulzura. Perdonadme, señora, este pundonoroso modo de pensar; y aun confiad que Mendoza es digno de vuestra compasion. Por vos salió de Valencia, por vos perdió la libertad, y no dudo que en Tunez, no tanto le abruma el peso de sus cadenas, como la

desesperacion de no haberos vengado.

Es cierto, dixo Doña Teodora, qua era digno de mejor suerte. Tómo al cielo por testigo de que agradezco con el alma y la vida lo que por mí ha hecho, y siento vivamente las penas que le causo; pero conozco que mi corazon no puede ser galardon de sus servicios.

Esta conversacion la interrumpió la llegada de las dos viejas que servian á la viuda de Cifuentes; Don Juan se puso á hablar de otra cosa, y haciendo el papel de confidente del Dey. Sí, hechicera esclava, la dixo á Teodora, vos habeis aprisionado al que os tiene en cadenas. Mezomorto, vuestro amo y mio, el mas enamorado, y el mas amable de todos los turcos, está muy contento de vos. Proseguid tratándole con agrado, y pronto vereis el fin de vuestros disgustos. Retiróse dichas estas últimas palabras, cuyo verdadero sentido solamente pudo entenderlo Doña Teodora.

En este estado permaneciéron ocho

dias las cosas en el palacio del Dey. Entre tanto el renegado compró un navio pequeño equipado casi del todo, y estaba disponiendo el viage; pero seis dias ántes que pudiese hacerse al mar, Don Juan tuvo muchos sobresaltos.

Mezomorto le envió á buscar, y habiéndole hecho entrar en su retrete, Alvaro, le dixo, estás libre, y puedes marchar á España quando quieras. Los presentes que te he ofrecido estan prontos. He visto hoy á la bella esclava: ¡ó quán diversa la he hallado de aquella cuya tristeza me causaba tanto pesar! Cada dia va pensando ménos en su cautiverio. Me ha parecido tan hechicera, que acabo de resolver el casarme con ella, y así dentro de dos dias será mi muger.

Inmutóse Don Juan al oir estas palabras, y por mas que hizo para disimular, no pudo ocultar su turbacion y sorpresa al Dey, quien le preguntó la causa de ella.

Señor, le respondió confuso el To

ledano, no puedo ménos de admirarme de que uno de los mas visibles personages del Imperio Otomano, quiera humillarse hasta el punto de casarse con una esclava. Bien sé que esto no carece de exemplo entre vosotros; pero en fin, el esclarecido Mezomorto, que puede pretender las hijas de los principales empleados de la Puerta..... No lo niego, replicó el Dey, y aun pudiera aspirar á la hija del gran Visír, y lisonjearme de succeder al empleo de mi suegro; pero yo tengo inmensas riquezas y poca ambicion. Prefiero el sosiego y los placeres de que aquí gozo al Visiriato, á ese peligroso honor, al qual no bien hemos ascendido, quando el temor de los Sultanes, ó los zelos de los envidiosos que andan á su rededor, nos precipitan del puesto. Fuera de eso, yo amo á mi esclava; y su beldad la presta bastante mérito para estar en la clase á que la llama mi pasion amorosa.

Pero es necesario, añadió, que para ser digna de la honra que quiero

hacerla, mude hoy de religion. ¿ Crees que se resistirá á ello? No señor, le respondió Don Juan. Estoy persuadido á que ella lo sacrificará todo por un destino tan distinguido. Sin embargo, dadme licencia de deciros que no debeis casaros con esa aceleracion. No precipiteis nada. No puede dudarse que la consideracion de desamparar una religion que mamó con la leche, la irritará desde luego. Por eso conviene que la deis tiempo para reflexionar sobre ello. Quando se haga cargo, que en vez de deshonrarla, y dexarla envejecer tristemente entre las demas cautivas vuestras, la unis con vuestra persona mediante un matrimonio que la corona de gloria, su agradecimiento y vanidad vencerán su repugnancia. Diferid por ocho dias solamente la execucion de vuestro designio.

El Dey se quedó algun tiempo pensativo, porque no le agradaba mucho la dilacion que su confidente le proponia. No obstante, el consejo le pareció muy juicioso. Me rindo á tus razo-

nes. Alvaro, le dixo, á pesar de mi impaciencia por poseer á la esclava, aguardaré pues, aun ocho dias. Ve á verla al instante, y disponla á que pasados estos me cumpla mis deseos. Quiero que el mismo Alvaro, que me ha servido tan bien para con ella, tenga la honra de ofrecerla mi mano.

Fué corriendo Don Juan á la estancia de Teodora, á quien contó lo que acababa de pasarle con Mezomorto, á fin de que la sirviese de gobierno. Díxola tambien que dentro de seis dias estaria pronto el navío del renegado, como ella mostraba afligirla muchísimo el saber de que modo podria salir de su quarto, pues estaban cerradas todas las puertas de las piezas por donde era forzoso atravesar hasta llegar á la escalera. Eso debe daros poca pena, señora, la dixo: una ventana de vuestro gabinete cae al jardin, y por ella saldreis, y baxareis por una escala que yo tendré cuidado de suministraros.

Con efecto, cumplidos los seis

dias avisó Francisco al Toledano, que el renegado se disponia á marchar la noche siguiente. Bien discurrireis que fué esperada con mucha ansia. En fin, ya llegó, y para colmo de esta dicha Don Juan fué á poner la escala á la ventana del gabinete de la hermosa esclava, la que le estaba observando, y baxó inmediatamente con mucha presteza y agitacion. Apoyóse despues en el hombro del Toledano, quien la conduxo á la puerta del jardin que miraba al mar.

Caminaban los dos precipitadamente, y ya de antemano gozaban del placer de verse fuera de cautiverio; pero la fortuna con quien aquellos amantes no estaban aun bien reconciliados, les proporcionó una desgracia mas fatal que todas quantas hasta entónces habian padecido, y la que ménos podian preveer.

Ya estaban fuera del jardin, é iban caminando por la playa, para acercarse al esquife que los esperaba, quando un hombre, el qual creyéron era

un compañero de su fuga, y de quien ninguna desconfianza tenian, se fué derecho á Don Juan con la espada desnuda, y escondiéndosela en el pecho, ¡pérfido Don Alvaro Ponce! exclamó, de esta suerte debe castigar Don Fadrique de Mendoza á un vil robador: no mereces que te acometa como hombre de valor.

Fué tanta la fuerza, que dió en tierra con el golpe el Toledado; y al mismo tiempo Doña Teodora, á quien iba sosteniendo, sobrecogida á la voz, de espanto, de pena y de terror cayó desmayada á otro lado. ¡Ah! Mendoza, dixo Don Juan, ¿qué habeis hecho? Vuestro amigo es el que acabais de atravesar. ¡Santos cielos! rereplicó Don Fadrique, ¿es posible que yo haya asesinado?.... Yo os perdono mi muerte, dixo Zárate. Solo la casualidad tiene la culpa de ella, ó por mejor decir, ha querido por este medio poner fin á nuestros trabajos. Sí, mi amado Mendoza, muero contento, pues entrego en vuestras manos á Do-

ña Teodora, la que puede aseguraros de que mi amistad á vos se ha mantenido siempre firme.

¡O! amigo demasiado generoso, dixo Don Fadrique arrebatado de un impulso de desesperacion; no morireis vos solo: el mismo acero que os ha herido, castigará ahora mismo á vuestro asesino. Si mi error es capaz de disculpar mi delito, no puede consolarme de él. Dicho esto, y aplicándose la punta de la espada al pecho, la sepultó en él hasta la guarnicion, y cayó sobre el cuerpo de Don Juan que se desmayó, no tanto por la debilidad que le causaba la sangre que perdia, como atónito del furor de su amigo.

Francisco y el renegado que estaban á diez pasos de allí, y habian tenido sus motivos para no ir á socorrer al esclavo Albaro, se quedáron en extremo suspensos de oir las últimas palabras de Don Fadrique, y de ver su última accion. Conociéron su engaño, y que los heridos eran dos amigos, y no enemigos mortales, como

habian creido. Acudiéron luego á socorrerlos; pero hallándolos sin sentido, como tambien á Doña Teodora, que aun no habia vuelto en sí de su congoja, no sabian qué hacer. Francisco era de parecer, que se contentasen con llevarse á la señora, y que dexasen á los caballeros en la orilla, en donde segun todas las apariencias, moririan en breve, si no ahbian muerto ya. No fué de la misma opinion el renegado, quien dixo que no habia por qué desamparar á los heridos, pues sus heridas no serian tal vez mortales, y que él las curaria en su navío, pues tenia allí todos los instrumentos de su primera profesion, que no se le habia olvidado. Francisco aprobó este pensamiento.

Como tanto el renegado como el navarro sabian quanto les importaba no perder un minuto, lleváron al esquife, ayudados de algunos esclavos, á la desgraciada viuda de Cifuentes, y á sus dos amantes mas desventurados aun que ella. Llegáron dentro de po-

co al navio, en el que apénas estuviéron todos, quando unos desatáron las velas, y puestos de rodillas otros sobre la cubierta, imploráron el favor del cielo con los mas fervorosos ruegos que podia inspirarles el temor de ser perseguidos por los navios de Mezomorto.

En quanto al renegado, despues de encargado haber el cuidado de la maniobra á un esclavo frances que la sabia perfectamente, empleó su primer cuidado en Doña Teodora, restituyóla el uso de los sentidos, y fuéron tan eficaces sus remedios, que Don Fadrique y el Toledano recobráron tambien sus espíritus. La viuda de Cifuentes que se habia desvanecido de ver herir á Don Juan, se quedó sumamente suspensa de encontrar allí á Mendoza; y aunque al mirarle conociese bien que se habia herido á sí mismo de dolor de haber atravesado á su amigo no podia dexar de considerarle por asesino de una persona á quien ella amaba.

Era el mas tierno espectáculo del mundo el ver vueltas en sí á aquellas tres personas. El estado de que acababan de sacarlas, aunque parecido á la muerte, no era indigno de piedad. Doña Teodora miraba á Don Juan con ojos en que se veian pintados todos los movimientos de un corazon poseido de pesar y de desesperacion; y los dos amigos fixaban en ella sus miradas despidiendo íntimos suspiros.

Despues de haber guardado por un rato un silencio tan lastimoso como funesto, lo rompió Don Fadrique, dirigiendo la palabra á la viuda de Cifuentes, diciéndola: señora, ántes de morir tengo la satisfaccion de veros libre de esclavitud. ¡Pluguiese al cielo que me debieseis la libertad! Pero ha querido que fueseis deudora de esta obligacion al amante de quien estais apasionada. La estrecha amistad que profeso á este ribal no me dexa mostrarme quejoso de ello, y deseo que la herida que he tenido la desgracia de hacerle, no le impida gozar de vues-

tro reconocimiento. La señora nada le respondió á tales expresiones, y léjos de compadecerse en aquella ocasion de la triste suerte de Don Fadrique, sentia contra él afectos de aversion que la inspiraba el estado en que se hallaba el Toledano.

Entretanto el cirujano se puso á exâminar y á sondear las heridas. Empezó por la de Zárate, la que no le pareció peligrosa, porque la espada no habia hecho sino desliciar por debaxo de la tetilla izquierda, sin ofensa de ninguna de las pártes nobles. La relacion del cirujano aplacó la afliccion de Doña Teodora, y causó mucho gozo en Don Fadrique, quien volviendo hácia ella la cabeza la dixo estoy contento, dexo sin pesar la vida; pues mi amigo está fuera de riesgo: no moriré gravado de vuestro ódio.

Pronunció estas palabras con semblante tan lastimoso, que enterneció el corazon de la viuda de Cifuentes, la que viendo que no habia que temer

por Don Juan, cesó de aborrecer á Don Fadrique; ya no le miró sino como una persona digna de su piedad. ¡Ah! Mendoza, le respondió arrebatada de un impulso generoso, dexaos curar la herida, quizá no es mas peligrosa que la de vuestro amigo; prestaos al cuidado que quiere tener de vuestra salud; vivid. Si yo no puedo haceros dichoso, á lo ménos no causaré la felicidad de otro. De compasion y amistad por vos, no dispondré de la mano que queria dar á Don Juan, yo os hago el mismo sacrificio que él os hizo.

Iba á replicar Don Fadrique, pero temiendo el cirujano que si hablaba podia irritar su mal, le obligó á callar, y reconoció la herida; parecióle mortal, mediante que la espada habia penetrado la parte superior del pulmon, lo que conceptuaba por una hemorragia ó pérdida de su sangre, cuyas resultas eran de temer: luego que aplicó el primer vendage dexó descansar á los dos caballeros en la

cámara de popa en dos lechos pequeños cercanos uno del otro, y conduxo á otra parte á Doña Teodora, cuya presencia le pareció podia serle nociva.

A pesar de todas estas precauciones le sobrevino calentura á Mendoza, y al anochecer aumentó la hemorragia. Advirtióle entónces el cirujano que su mal no tenia remedio y le previno que si queria decir algo á su amigo, ó á Doña Teodora, no habia que perder tiempo. Esta noticia causó en el Toledano una extraña resolucion; pero Don Fadrique la recibió con severidad. Hizo llamar á la viuda de Cifuentes, la que acudió en un estado mas fácil de concebir, que de explicarse.

Su rostro estaba bañado de lágrimas, y eran tan fuertes sus sollozos que sobresaltado de oirlos Mendoza, le dixo: señora, yo no quiero esas preciosas lágrimas que derramais, detenedlas os ruego, para escucharme un instante; la misma súplica os hago mi

amado Zárate, añadió, notando el vivo pesar que mostraba su amigo. Bien sé que esta separacion os será amarga, la amistad que conozco me teneis, no me dexa dudar de ello, pero esperad uno y otro á que suceda mi muerte, para honrarla con tantas domostraciones de ternura y de compasion: suspended hasta entónces vuestra afliccion que me es mas sensible que la pérdida de la vida. ¡O, por qué caminos la suerte que me persigue, ha sabido esta noche traerme á la fatal orilla que he teñido con la sangre de mi amigo y con la mia; estareis con cuidado de saber, cómo pude yo equivocar á Don Juan con Don Alvaro! voy á enteraros de ello, si el corto tiempo que me resta de vida me dexa haceros esta triste relacion.

Algunas horas despues que se apartó el navío donde yo estaba del otro en que dexé á Don Juan, encontramos un corsario frances que nos acometió. Apoderóse del navío tunecino, y nos hechó en tierra junto á Alican-

te. Así que me ví libre, pensé en res
catar á mi amigo, á cuyo efecto pas
á Valencia, donde juntando dinero,
con el aviso que tuve de que habia e
Barcelona unos padres Redentore
que iban á hacerse á la vela para Ar
gel, marché á ella; pero ántes de sa
lir de Valencia supliqué al Goberna
dor Don Francisco de Mendoza, m
tio, que emplease quanto valimient
pudiese tener en la corte para obtene
el perdon de Zárate, que yo haci
ánimo de conducir conmigo, y par
que recobrase el goce de sus biene
que habian sido confiscados despue
de la muerte del Duque de Xarane.

Luego que llegamos á Argel, pas
á los parages que freqüentan los escl
vos; pero por mas que los andube todo
no encontré en ellos lo que iba bus
cando. Hallé al renegado dueño d
este navío, y le conocí por haber se
vido en otro tiempo á mi tio. Man
festéle la causa de mi viage, y le pe
dí averiguase el paradero de mi am
go. Siento, me respondió, no pod

serviros. Me es preciso marchar esta noche con una señora á Valencia, que es esclava del Dey. ¿Cómo se llama esa señora? le pregunté: á lo que me respondió, que Teodora.

La suspension que mostré al oir semejante noticia, dió á conocer desde luego al renegado que yo tomaba interés por esta señora. Descubrióme el designio que habia él formado para sacarla de cautiverio; y como en su narracion mentó al esclavo Alvaro, no dudé que fuese el mismo Don Alvaro Ponce. Favoreced mi enojo, le dixe fuera de mí, al renegado; dadme medios de vengarme de mi enemigo. En breve quedareis satisfecho, me respondió; pero referidme ántes, qué motivo teneis de quejaros de él. Contéle toda nuestra historia, la que habiendo oido; basta, expresó: venid amigo esta noche, que yo os enseñaré vuestro ribal, y despues que le hayais castigado, ocupareis su lugar, y vendreis con nosotros á Valencia á acompañar á Doña Teodora.

Con toda mi impaciencia no me olvidé de Don Juan. Dexé dinero para su rescate á un mercader italiano, llamado Francisco Capati, que reside en Argel, quien me dió palabra de rescatarle luego que llegase á saber de su paradero. Finalmente, llegó la noche, fuí á buscar al renegado, quien me llevó á la orilla del mar. Detuvímonos delante de una puerta pequeña, de la que vimos salir á uno que se vino derecho hácia nosotros, y nos dixo señalándonos con el dedo á un hombre y una muger que caminaban detras de él. Esos que me siguen, son Don Alvaro y Doña Teodora.

Al ver esto, arrebatado de cólera eché mano á la espada, y corriendo en seguimiento del vil Alvaro, persuadido á que iba á acometer á un ribal odioso, atravieso á este amigo leal, á quien yo habia venido á buscar; pero gracias al cielo, prosiguió enterneciéndose, mi error no le costará la vida, ni eternas lágrimas á Doña Teodora.

¡Ah Mendoza, le dixo la señora, vos injuriais mi afliccion, y jamas me consolaré de haberos perdido. Aun quando me casase con vuestro amigo, no seria sino para sentir nuestras penas. No hablariamos de otra cosa que de vuestro amor, de vuestra amistad, y de vuestras desventuras. Eso es demasiado favor, replicó Don Fadrique, y no merezco que os pese de mi muerte tanto tiempo. Permitid, os ruego encarecidamente, que Zárate sea vuestro esposo, luego que os haya vengado de Don Alvaro Ponce. Don Alvaro ya ha muerto, dixo la viuda de Cifuentes, pues el mismo dia que me robó, le mató el corsario que me cogió cautiva.

De ese modo, señora, mi amigo será mas pronto dichoso. Seguid sin reparo la inclinacion que os teneis. Veo gustoso acercarse el momento que allanará la dificultad que vuestra compasion y su generosidad, oponen á vuestra comun felicidad. Ojalá paseis todos los dias de vuestra vida con

una tranquilidad, y con una unior
que no se atreva á turbar la envidi
de la fortuna. A Dios, señora. A Dios
Don Juan. Acordaos alguna vez d
quien nunca amó cosa alguna tant
como á los dos.

Como la señora y el Toledano, er
vez de responderle, vertian lágrima
en mas abundancia, Don Fadriqu
que lo notó, y se sentia muy postra
do, prosiguió de esta manera. Yo m
enternezco demasiado. Ya la muert
me cerca, y no he pensado aun en pe
dir á la Misericordia Divina, me per
done haber yo mismo abreviado e
plazo de una vida, de la que sola ella
es dueña de disponer. Dicho esto alz
los ojos al cielo, dando todas las seña
les de un verdadero arrepentimiento
y en breve la hemorragia le ocasion
una safocacion que le causó la muerte

Entónces poseido Don Juan d
desesperacion, se arrancó el vendag
de la herida, para hacerla incurable
pero acudiendo inmediatamente Fran
cisco y el renegado, impiden semejan

te frenesí. Asustada Teodora de aquel arrebato, unida con el renegado y el navarro estorvaron á Don Juan su intento. Hablóle ella en un tono tan lastimoso, que volviendo él en su acuerdo, se dexó vendar otra vez la herida; y finalmente, el interes del amor calmó poco á poco el furor de la amistad. Pero aunque recobró el juicio, se valió de él únicamente para precaver los insensatos efectos de su pena, y no para debilitar la memoria de ella.

El renegado traia entre otras muchas cosas á España bálsamo precioso de Arabia, y esquisitos aromas, con los que embalsamó el cadáver de Mendoza á ruegos de la señora y de Don Juan, que manifestáron su deseo de hacerle en Valencia los funerales. No cesáron ni el uno ni el otro de gemir y suspirar durante toda la navegacion; pero no sucedió así á los demas que iban en su compañía. Como el viento soplaba siempre favorable, no tardáron mucho en descubrir las costas de España.

Todos los esclavos se llenáron de alegria al verla, y quando el navío arribo felizmente al puerto de Denia, cada uno tomó su partido. La viuda de Cifuentes y el Toledano enviáron un propio á Valencia con carta para el Gobernador y la familia de Doña Teodora. Todos los parientes de esta señora recibiéron con gran regocijo la noticia de su regreso; pero á Don Francisco de Mendoza le causó un vivo pesar el saber la muerte de su sobrino.

Bien lo manifestó quando acompañado de los parientes de Doña Teodora marchó á Denia, y quiso ver el cuerpo del desdichado Don Fadrique. Aquel buen viejo lo regó con sus lágrimas, lamentándose tan amargamente, que enterneció á quantos estaban presentes. Preguntó el motivo de hallarse su sobrino en aquel estado.

Voy á contároslo, señor, le dixo el Toledano. Léjos de procurar borrarlo de mi memoria, recibo un fu-

nesto placer en recordármelo siempre, y en alimentar mi dolor. Entónces le refirió como habia sucedido aquel triste accidente, y excitándole esta narracion á verter nuevas lágrimas, acrecentó las de Don Francisco. Respecto á Doña Teodora sus parientes la manifestáron el gozo que recibian de volverla á ver, y la diéron la enhorabuena por el modo milagroso con que se habia librado de la tiranía de Mezomorto.

Despues de explicado el suceso, pusiéron el cadáver de Don Fadrique en un coche, y lo lleváron á Valencia; pero no le enterráron allí, porque estando próxîmo á espirar el tiempo del Vireynato de Don Francisco, este señor se disponia á restituirse á Madrid, adonde resolvió hacer trasladar á su sobrino.

Miéntras se hacian los preparativos del entierro, Doña Teodora colmó de bienes á Francisco y al renegado. El primero se retiró á su tierra, y el renegado se volvió á la suya con su ma-

dre ; y allí se restituyó al christianismo, y lo pasa muy bien. En este tiempo recibió Don Francisco un pliego de la Corte en que iba el perdon de Don Juan, que el Rey, á pesar de la estimacion que hacia de la familia de Xarane, se dignó conceder á todos los Mendozas que se habian unido para pedírsela. Esta noticia fué tanto mas placentera al Toledano, quanto le procuraba la libertad de acompañar al cuerpo de su amigo, lo que sin eso no se hubiera atrevido á hacer.

Por último, marchó el entierro acompañado de un crecido número de sugetos distinguidos, y así que llegó á Madrid, diéron sepultura sagrada al cadáver de Don Fadrique en un magnífico sepulcro, que con permiso de los Mendozas le erigiéron Zárate y Doña Teodora ; y no contentos con esto lleváron un año entero luto por su amigo, para eternizar su dolor y amistad.

Despues de haber dado muestras tan señaladas de su afecto á Mendoza,

se casáron ; pero por un efecto incomprehensible de la fuerza de la amistad, Don Juan conservó largo tiempo una melancolía, que nada le podia hacer desechar. Continuamente tenia presente á Don Fadrique, á su querido Don Fadrique. Todas las noches le veia en sueños, y las mas de las veces qual le habia visto despidiendo los últimos alientos. Su ánimo, no obstante, empezaba á distraerse de aquellas tristes imágenes. Los encantos de Teodora, de que estaba siempre prendado, iban poco á poco borrando una memoria tan pesarosa. Finalmente, Don Juan iba á vivir feliz y contento ; pero dias pasados cayó del caballo estando en la caza, y se hirió en la cabeza, de lo que le resultó un tumor. Los facultativos no han podido libertarle, y acaba de morir; y Doña Teodora, que es aquella señora que ves entre los brazos de dos criadas que procuran consolarla, quizá irá á acompañarle bien pronto.

CAPÍTULO VI.

De los sueños.

Luego que Asmodeo acabó de contar esta historia, Don Cleofás le dixo: En eso veo un bellísimo exemplo de la amistad; pero rara vez sucede que dos personas se estimen tanto como Don Juan y Don Fadrique, y me parece que costaria aun mayor trabajo el encontrar dos amigas rivales, que quisiesen hacerse tan generosamente un sacrificio recíproco de un amante.

Sin duda, respondió el Diablo, eso es lo que hasta ohora no se ha visto, y lo que tal vez no se verá jamas. Las mugeres no se quieren entre sí. Yo supongo dos que vivian en íntima amistad, y aun quiero que estando ausentes no digan el menor mal una de otra, tan amigas las hago como todo eso. Sucede que vas á visitar á las dos,

si te inclinas á la Juana, toma enojo la Isabel. No es porque la enojada te ame, sino porque quisiera ser la preferida. Tal es el carácter de las mugeres. Tienen unas de otras tal envidia, que no son capaces de tener amistad.

La historia de estos dos sin iguales amigos, replicó Leandro Perez, tiene algo de cuento, y nos ha entretenido mucho tiempo. La noche está ya muy adelantada, y en breve veremos parecer los primeros rayos del dia. Espero de tí un nuevo favor. Estoy viendo gran número de personas dormidas, y quisiera, por curiosidad, que me dixeras lo que cada una está soñando. Eso haré yo de muy buena gana, replicó el Diablo. Advierto que gustais de los quadros que se mudan, y quiero contentarte.

Creo, dixo Zambullo, que voy á oir sueños bien ridículos, ¿por qué? respondio el Cojuelo. ¿Tú que has aprendido de memoria á Ovidio, no sabes que este poeta dice que al apuntar el dia es quando los sueños son mas

verdaderos, porque entónces está el alma despejada de los vapores de los alimentos? Yo por mí, replicó Don Cleofás, por mas que diga Ovidio, no doy crédito á los sueños. Tienes razon, dixo Asmodeo, pues son unas puras ilusiones; son unos embusteros que parece dicen la verdad. El Emperador Augusto dió sin embargo en creer los sueños que le importaban, por lo que en la batalla de Felipo desamparó su tienda, así que oyó la relacion que le hiciéron de un sueño concerniente á él.

Comencemos por esa suntuosa casa de la derecha: el amo de ella, á quien ves acostado en aquella rica estancia, es un Conde dadivoso y cortejante: sueña que está en la comedia oyendo cantar á una cómica jóven, y que se rinde á la voz de esta sirena.

En el quarto inmediato descansa la Condesa su muger, que gusta terriblemente del juego: sueña que da en prenda varias joyas de diamantes

á un usurero que la presta trecientos doblones, mediante una ganancia muy decente.

En la casa mas cercana del mismo lado vive un Marques de igual genio que el Conde, y que está enamorado de una famosa dama que gusta ser festejada: sueña que toma prestada una gran cantidad de dinero para regalársela; y su mayordomo, que duerme en lo mas alto de la casa, está soñando que se enriquece conforme se vá arruinando su amo. Y pues, ¿qué te parecen estos sueños? ¿te parecen extravagantes? No, á la verdad, respondió Don Cleofás. Veo que hay sueños que parecen verdades; pero deseo saber quien es un hombre que me lleva la atencion. Tiene los vigotes en papillotes, y conserva durmiendo un aspecto de gravedad que me da á entender que no es un caballero qualquiera. Es un señor forastero, respondió el Diablo, un Vizconde vano y arrogante: su espíritu en este momento rebosa de

alegría, soñando que está con un Grande que le cede el paso en una funcion pública.

Pero en la misma casa descubro dos hermanos médicos que sueñan cosas bien pesadas. Uno de ellos sueña que se publica una pracmática prohibiendo se pague á los médicos, que no curen á sus enfermos; y su hemano sueña que se manda que los médicos hagan el duelo en los entierros de todos los que mueran en sus manos. Yo quisiera que esta última ley fuese cierta, y que un médico asistiese a funeral de su enfermo, así como hay parage donde un juez asiste al suplicio de un reo, á quien ha condenado á muerte. Me agrada la comparacion dixo el Diablo. Se podia decir en est caso, que el uno va á hacer executa su sentencia, y que el otro ha hech ya poner en execucion la suya.

¡Ola, ola! dixo el Estudiante ¿quién es aquel personage que se res trega los ojos, y se levanta precipitadamente? Es un sugeto de clase que pre

tende un Gobierno en la nueva España, y un sueño espantoso acaba de despertarle. Soñaba que el Ministro de Indias le miraba de medio lado. Veo tambien una dama jóven que despierta, y no está contenta con un sueño que ha tenido poco ha. Esa es una señorita ilustre, tan honesta como hermosa, que se ve perseguida por dos amantes. Ama al uno tiernamente, y mira al otro con una aversion que toca en horror. Un momento hace que veia en sueños arrodillado á sus pies al galan á quien aborrece, quien se mostraba tan apasionado, y la instaba tanto, que si no hubiera despertado, iba á tratarle con mas aprecio que nunca ha hecho con aquel á quien ella ama.

Deten la vista en la casa que hace esquina á esta calle. Ahí vive un procurador. Mirale acostado con su muger en aquel quarto colgado de unos tapices viejos de historia, y en el que hay dos camas iguales: sueña que vá al hospital á ver á una de sus partes,

y á socorrerla con su propio dinero; y la procuradora sueña que su marido echa de casa al escribiente, mozo rollizo de quien ha tomado zelos.

Oigo roncar al rededor nuestro, dixo Leandro Perez, y creo que es ese hombre gordo á quien distingo en una casa pequeña contigua á la vivienda del procurador. Has acertado, respondio Asmodeo, ese es un canónigo que sueña que dice el *Benedicite*.

Tiene por vecino á un mercader de sedas qué vende muy caros sus géneros; pero ha fiado á personas de distincion. Se le deben á este mercader mas de cien mil ducados. Sueña que todos sus deudores le traerán dinero y sus acreedores por otro lado sueñan que está en vísperas de quebrar.

Estos dos sueños, dixo el Estudiante, no han salido del templo de sueño por la misma puerta. No, yo te lo aseguro; respondió el Diablo. El primero ciertamente ha salido por la puerta de marfil, y el segundo por la de cuerno.

La casa inmediata á la de este mercader la ocupa un famoso librero. Poco hace imprimió un libro que se ha vendido mucho. Quando le dió á luz prometió darle á su autor cincuenta doblones si lo reimprimia, y ahora está soñando que hace una segunda edicion sin avisarle de ello.

O ! en quanto á ese sueño, dixo Zambullo, no es necesario preguntar por qué puerta ha salido.

No dudo que tenga su pleno y entero efecto. Yo conozco á los caballeros libreros; no hacen escrúpulo de engañar á los autores. Así es, replicó el Cojuelo; pero aprended á conocer tambien á los caballeros autores, que no son mas escrupulosos que los libreros, como os lo probará un casito sucedido no ha cien años en Madrid.

Tres libreros estaban merendando juntos en una hostería. Suscitóse la conversacion sobre los pocos libros nuevos buenos que salian. Amigos, dixo uno, en confianza os diré que he hecho un gran negocio estos dias

pasados. He comprado un manuscrito que me ha costado algo caro á la verdad; ¡pero es de un autor!.... es un tesoro. Otro librero tomando entónces la palabra se alabó de haber hecho una preciosa compra el dia ántes. Y yo, caballeros, exclamó en seguida el tercero, no quiero quedarme atrás en punto de confianza. Voy á enseñar la perla de los manuscritos que he tenido la felicidad de comprar hoy.

Al mismo tiempo sacó cada uno de la faltriquera la rica copia que decia haber comprado, y como se halló que era una nueva composicion teatral, intitulada: *El Judío errante*: se quedáron atónitos de ver que era la misma obra que les habian vendido á todos tres separadamente.

Descubro en otra casa, prosiguió Asmodeo, á un amante tímido y respetuoso que acaba de despertar. Está enamorado de una viuda de genio muy vivo, y soñaba se hallaba con ella en lo mas retirado de un bosque, donde la decia palabras tiernas, y que ella

le respondió. ¡Ah qué eloqüente sois! serias capaz de persuadirme si yo no viviese alerta contra los hombres; pero son unos falsos, y no me fio en sus palabras. Lo que yo quiero son obras. ¿Pues qué obras quereis, señora, que yo haga? replicó el amante. ¿Es acaso necesario para probaros la violencia de mi cariño emprender los doce trabajos de Hércules? ¿ó no? Don Nicasio, no, replicó la dama, yo no os pido tanto. Estando en esto despertó.

Hazme el favor de decirme, dixo el Estudiante, ¿por qué aquel hombre acostado en una cama cubierta de una manta parda manotea como un endiablado? Ese es un docto licenciado que tiene un sueño que le agita terriblemente. Sueña que arguie para defender la inmortalidad del alma contra un doctorcillo en medicina, que es tan buen católico, como buen médico. En el quarto segundo de la casa del licenciado habita un hidalgo de Extremadura, llamado Don Baltasar Fanfarrónico, que ha venido en posta

á la Corte á pedir una recompensa, por haber muerto á un portugues de un escopetazo. ¿Pues sabes lo que sueña? Que le dan el Gobierno de Alcántara, y aun no está contento, pues cree que merece un Vireynato.

Descubro en una posada dos personas de importancia que tienen unos sueños muy molestos. El uno, que es el Gobernador de una plaza fuerte, sueña que se halla sitiado en su fortaleza, y que despues de una ligera resistencia se ve precisado á entregarse prisionero de guerra con su guarnicion. El otro es un predicador á quien por su eloqüencia se ha encomendado la oracion fúnebre de una persona Real, y ha de predicarla en presencia de la Corte de aquí á dos dias. Sueña que está en el púlpito, y que se queda cortado despues de dicha la salutacion. No es imposible, dixo Don Cleofás, que esa desgracia le suceda en realidad. Así es, respondió el Diablo, no hace por cierto mucho tiempo que le aconteció lo mismo en igual ocasion.

Quieres que te enseñe un Sonámbulo. No hagas mas que mirar en las caballerizas de esa casa. ¿Qué ves? Percibo, dixo Leandro Perez, á un hombre en camisa y calzoncillos que anda, y tiene me parece una almohaza en la mano. Pues bien, replicó el Diablillo, ese es un palafrenero que está ahora mismo durmiendo. Acostumbra todas las noches levantarse de la cama, y así dormido limpia los caballos, y despues se vuelve á acostar. En la casa piensan que lo hace un Duende, y aun el palafrenero lo cree como los demas.

En una gran casa que hace frente á la posada vive un caballero anciano que fué en tiempos pasados Virey de México. Ha caido malo, y como teme morir, su Vireynato empieza á remorderle la conciencia. Es verdad que el modo con que lo exerció es bastante motivo para inquietarle. Las crónicas de la nueva España no hacen una mencion honorífica de él. Acaba de tener un sueño, cuyo terror no se ha disi-

pado aun del todo, y que tal vez ser
la causa de su muerte. Ese sueño e
preciso, dixo Zambullo, que se
muy extraordinario. Ahora lo oirás
replicó Asmodeo. Tiene con efecto a
go de extraño. Este señor soñaba poc
ha que estaba en el valle de los muer
tos, y que todos los mexicanos qu
fuéron las víctimas de su injusticia
de su crueldad, habian venido al
contra él, y llenándole de baldones é in
properios, han querido asimismo ha
cerle pedazos; pero él, poniéndose e
fuga, se ha libertado de su saña. Des
pues de esto se ha hallado en un salo
entapizado todo de bayeta negra, e
el que ha visto á su padre y á su abue
lo sentados á una mesa de tres cubier
tos. Estos dos tristes convidados l
han hecho señal de que se acercase
ellos, y su padre le ha dicho co
aquella gravedad que gastan todos lo
difuntos: »ya hace mucho tiempo qu
te estamos esperando, ven á ocup
tu lugar junto á nosotros."

¡Qué feo sueño! exclamó el Es

tudiante. Disculpo al enfermo del sobresalto que le ha causado. En recompensa, dixo el Cojo, su sobrina que duerme en una alcoba que cae encima de la suya, pasa una noche alegre, porque el sueño la representa las ideas mas divertidas. Es una doncella de veinte y cinco á treinta años, fea y contrahecha, sueña que su tio, de quien es la única heredera, ya no vive, y que ve delante de ella una multitud de amables señores que disputan entre sí la gloria de agradarla.

Si no me engaño, dixo Don Cleofás, oigo reir detrás de nosotros. No te engañas, replicó el Diablo; es una muger que esta á dos pasos de aquí, la qual rie durmiendo; es una viuda que hace la recatada, y que de nada gusta tanto como de la murmuracion. Sueña que está lablando con una vieja gazmoña, cuya conversacion la divierte mucho.

Ahora me rio yo, prosiguió el Cojuelo, de ver en el quarto mas abaxo del de esa muger á un vecino que tie-

ne trabajo en mantenerse decentemente con la poca hacienda que posee. Sueña que coge del suelo varias monedas de oro y plata, y que quantas mas coge, mas encuentra que coger. Ya ha llenado de ellas un arcon. ¡Pobre mozo! dixo Leandro. No gozará mucho tiempo de su tesoro. Quando despierte, replicó el Cojo, le sucederá lo que aun rico verdadero quando muere, pues verá desaparecer sus riquezas.

Si tienes curiosidad de saber los sueños de dos cómicas que estan vecinas, escucha: una de ellas sueña que caza páxaros con reclamo, que los despluma conforme los va cogiendo; pero que se los da á comer á un hermoso gato por quien está loca, el qual se lleva todo el provecho. La otra sueña que echa de casa perros lebreles y perdigueros que han sido mucho tiempo su embeleso; y que no quiere tener mas que un perrito chino de los mas monos, al que ha tomado cariño.

¡Ve ahí dos sueños bien disparata-

dos! díxo el Estudiante. Yo créo que si hubiese en Madrid como en otro tiempo en Roma intérpretes de sueños, severian muy perplexos para explicar estos. No tanto, respondió el Diablo. Por poco enterados que estuviesen de lo que pasa, en breve hallarian en ellos un sentido claro y exâcto.

Yo por mí nada comprehendo de ellos, replicó Don Cleofás, y eso me dá poco cuidado. Mas quiero saber quien es una señora que duerme en una soberbia cama colgada de terciopelo amarillo con galones de oro, al lado de la qual sobre una mesita hay una luz y un libro. Esa es una señora de título, replicó el Diablo, una señora que tiene un coche muy hermoso, y gusto en que sus criados de librea sean buenos mozos. Acostumbra entre otras cosas ponerse á leer luego que se acuesta; porque de otro modo no podria pegar los ojos en toda la noche. En la pasada leyó dos metarmorfoseos ó transformaciones de Ovidio; y esta lectura ha sido causa del sueño bastante

raro que ahora tiene, y es que Júpi
ter se ha enamorado de ella, y
que entra á servirla en su casa trans
formado en un page jóven de los ma
bien parecidos.

Ya que he hablado de esta trans
formacion, te contaré otra que me pa
rece mas graciosa. Estoy mirando au
farsante, que estando profundament
dormido goza de la dulzura de un sue
ño que le recrea gustosamente. Est
actor es tan viejo que no hay vivient
en Madrid que pueda decir le ha vist
representar la primera vez. Hace tant
tiempo que sale al teatro, que est
ya, digamoslo así, teatrificado. Tie
ne habilidad, lo que le ha infundid
tal presuncion y engreimiento, que s
imagina que una persona como él e
sobre humana. ¿Sabes lo que sueñ
este arrogante héroe del foro? Que s
muere, y vé á todas las deidades d
Olimpo congregadas para determina
lo que deben hacer de un mortal d
su importancia. Oye que Mercurio ex
pone al Consejo de los Dioses, qu

este insigne cómico despues de haber tenido tantas veces la honra de representar en la escena á Júpiter, y á los demas principales inmortales, no debe estar sujeto á la suerte comun de todos los humanos, y que merece ser admitido en la compañía celestial. Momo aplaude el sentir de Mercurio; pero algunos otros dioses, y diferentes diosas, se resisten á la proposicion de una apótesis tan nueva; y Júpiter, para ponerlos de acuerdo, transforma al viejo comediante en una figura de telon de comedia.

Iba á proseguir el Diablo, pero Zambullo se lo impidió, diciendole: Basta, señor Asmodeo, tú no ves que es de dia. Temo que nos vean sobre el texado de esta casa. Si el populacho llega una vez á ver á vueseñoría, oiremos unos silbidos que no tendrán fin.

No nos verán, le respondió el Diablejo, pues yo tengo tanto poder como esas deidades fabulosas, de que acabo de hablar, y así como el enamorado hijo de Saturno se cubrió con

una nube en el monte Ida para ocultar al universo las caricias que queria hacer á Juno, voy á levantar yo a rededor de nosotros un denso vapo impenetrable á la vista humana, y qu no nos impedirá ver lo que yo quier hacerte observar. Con efecto, se viéro de repente rodeados de un humo, qu aunque muy espeso, no escondia nad á los ojos del estudiante.

Volvamos á los sueños, prosigui el Cojuelo.... Pero no me hago cargo añadió, que el modo con que te h hecho pasar la noche, es preciso te ha ya fatigado. Por eso soy de parecer d llevarte á tu casa, para que allí des canses algunas horas. Entretanto vo á recorrer las quatro partes d mundo, y hacer algun golpe de m oficio; y despues volveré para qu sigamos divirtiéndonos á costa agena Maldita la gana tengo de dormir, r estoy cansado, respondió Don Cleofá En vez de dexarme, hadme el gusto d explicarme las varias pretensiones d esas personas que veo ya levantadas

y me parece se disponen para salir. ¿A qué van tan temprano? Lo que tú deseas saber, replicó el Diablo, es digno de observar. Vas á ver un retrato de los cuidados y trabajos que tienen y se toman en esta vida los pobres mortales, y pasos que dan para pasar lo mas agradablemente que les es posible el corto espacio de tiempo que media entre su nacimiento y su muerte.

CAPITULO VII.

Donde se verán varias pinturas originales de que no faltan copias.

Observemos desde luego esa quadrilla de pordioseros que ves ya puestos en la calle. Pues has de saber que son unos licenciosos, bien nacidos los mas, que viven encomunidad, y pasan casi todas las noches en comer y beber en su casa, teniendo siempre una abundante provision de pan, car-

ne y vino. Mira como se separan para ir cada uno á hacer su papel en las iglesias, y esta tarde se volverán á juntar para echar tragos á la salud de las almas caritativas que contribuyen piadosamente á hacerles el gasto. Admira, te ruego, como estos bribones saben vestirse y disfrazarse para excitar á compasion: las mugeres livianas no saben mejor componerse para inspirar amor.

Repara con atencion en aquellos tres que van juntos por la misma parte. El que se apoya en las muletas, hace temblar todo su cuerpo, y parece que anda con tanto trabajo, que á cada paso que da, pensará qualquiera que va á dar de ocicos. Aunque tiene una barba larga y blanca, y un rostro decrépito, es un mozo tan despierto y ligero que dexaria atras á un gamo en la carrera. El otro que hace el tiñoso es un gallardo mozo que se ha cubierto la cabeza con un pedazo de pellejo para ocultar su hermosa cabellera. El tercero que anda arrastrando es un

tunante que tiene la habilidad de arrancar del pecho unas voces tan lamentosas y que al oir sus tristes lamentos, no hay vieja que no baxe de quatro altos á darle un ochavo.

Miéntras estos holgazanes van con la máscara de la pobreza á pillar el dinero del público, veo muchos artesanos laboriosos que van á ganar su vida con el sudor de su rostro. Advierto por todas partes gentes que se levantan y visten para ir á exercer sus diferentes empleos. ¡Quántos proyectos formados esta noche van á efectuarse, ó á desvanecerse en este dia! ¡quántos pasos va á hacer dar el interes, el amor y la ambicion!

¿Qué es lo que veo en la calle? interrumpió Don Cleofás. ¿Quién es aquella muger cargada de medallas, á quien guia un lacayo, y que camina tan acelerada? Sin duda tiene algun asunto muy urgente. Con efecto, así es, respondió el Diablo. Esa es una verdadera matrona, que va corriendo á una casa adonde se necesita de

su ministerio. Va á partear á una cómica qne está chillando, y á su lado estan dos caballeros bien atribulados. Uno de ellos es el marido, y el otro una persona ilustre que se interesa en lo que va á suceder, porque los partos de las mugeres de teatro se parecen al de Alcumena, siempre hay un Júpiter, y un Anfitrion, que son autores del caso.

¿ No diria qualquiera que viese á ese caballero á caballo con su escopeta al canto, que es un cazador que va á hacer la guerra á las liebres y perdigones de los alrededores de Madrid ? Sin embargo, no tiene ninguna gana de entretenerse en la diversion de la caza que otro fin lleva. Va á cierto lugarcito donde se disfrazará de aldeano para introducirse en semejante trage en una casería donde está su querida baxo de la direccion de una madre severa y vigilante.

Ese jóven bachiller que pasa aceleradamente acostumbra á ir todas las mañanas á visitar y obsequiar á un

canónigo ya viejo, que es tio suyo, y á cuya prebenda tiene puesta la puntería. Mira en esa casa que está enfrente de nosotros á uno que coge la capa para salir. Es un vecino honrado y rico á quien trae inquieto un negocio bastante serio. Tiene una hija única que casar, y no sabe si se la debe dar á un procurador mozo que la pretende, ó bien á un vano hidalgo que la pide, va á consultar el caso con sus amigos. Y en la realidad nada es mas embarazoso. Teme si escoge al hidalgo tener un yerno que le desprecie, y si se atiene al procurador, el meter en su casa un raton que le roa todos los trastos.

Considera un vecino de ese padre perplexo, y repara en esa habitacion amueblada magníficamente á un hombre en bata de tela de seda encarnada con flores de oro. Es lo que llaman un ingenio, el qual hace de caballero, aunque le pese á su baxo nacimiento. Diez años ha que su caudal no valia veinte ochavos, y ahora pasa de diez mil

ducados de renta. Tiene un coche muy hermoso, pero para mantenerlo ahorra en la mesa, cuya frugalidad es tal, que él come solo qualquiera friolera. Con todo eso, no dexa de convidar á comer algunas veces por banidad á personas de distincion. Hoy da de comer á unos Consegeros, y á este efecto acaba de enviar á buscar un cocinero y un pastelero. Va á ajustar con ellos ochavo por ochavo, despues de lo qual sentará en un papel uno por uno los platos en que se hayan convenido. Tú me estás hablando ahí de un gran roñoso, dixo Zambullo. No te espante eso, respondió Asmodeo, todos los miserables, á quienes la fortuna enriquece de pronto, vienen á ser abaros ó pródigos. Esto es lo comun.

Explícame, dixo el Estudiante, quién es una hermosa dama que está sentada al tocador, y habla con un caballero de bella presencia. ¡Ah! sí, exclamó el Cojuelo, lo que miras ahí es digno de tu atencion. Esa es

una viuda alemana, que vive en Madrid de su viudedad, y la visitan gentes muy de forma; el jóven que está con ella es un caballero llamado Don Antonio de Monsalve.

Aunque este caballero es de una de las primeras casas de España, ha dado palabra á la viuda de casarse con ella, y aun la ha hecho un papel, obligándose á darla tres mil doblones en caso que no la cumpla; pero se encuentra con que sus parientes se oponen á su casamiento y le amenazan de hacerle arrestar si no dexa enteramente el trato con la alemana, á quien tienen por una aventurera. Afligido el galan de verlos á todos sublevados contra su amor fué ayer tarde en casa de su novia, la qual conociendo que venia apesadumbrado, le preguntó el motivo. El se lo declaró, asegurándola, que á pesar de toda la resistencia que tuviese que experimentar de parte de su familia, se mantendria siempre firme. La viuda se mostró contenta de su constancia, y ami-

bos se separáron á media noche muy satisfechos el uno del otro.

Monsalve ha vuelto esta mañana, ha encontrado á la dama puesta al tocador, y empezado de nuevo á hablarla de su inclinacion. Durante la conversacion la alemana se ha ido quitando los papillotes. El caballero ha cogido uno sin pensar, lo ha desdoblado, y viendo en él su letra: ¿cómo es esto, señora, ha dicho riendo, es este el uso que haceis de los billetes cariñosos que os escriben? Sí, Monsalve, ha respondido ella, ya veis de que me sirven las promesas de los amantes que intentan casarse conmigo contra la voluntad de sus familias, hago de ellas papillotes. Quando el caballero ha visto que era su obligacion de los tres mil doblones la que la dama habia roto, no ha podido ménos de admirar el desinterés de la viuda, y la asegura nuevamente una eterna fidelidad.

Mira, prosiguio el Diablo, ese hombre alto y seco que pasa y lleva debaxo

del brazo un libro grande, un tintero colgado de la pretina, y una guitarra al hombro: traza ridícula es la suya, dixo el Estudiante; apostaria yo á que es un extravagante. Es cierto, replicó el Diablo, que es un ente bastante raro. Hay filósofos cínicos en España, y ese es uno de ellos. Va hácia el Buen-Retiro á sentarse en un prado donde hay una fuente clara, cuya agua cristalina forma un arroyo que va serpenteando entre las flores. Allí se estará todo el dia contemplando las riquezas de la naturaleza, tocando la guitarra, y haciendo reflexîones que irá escribiendo en su libro. Lleva en los bolsillos su comida ordinaria, esto es, algunas cebollas, y un pedazo de pan. Tal es la vida sóbria que observa diez años hace; y si algun Aristipo le dixese como á Diogenes, si supieras hacer tu acatamiento á los señores, no comerias cebollas, este filósofo moderno le responderia: "yo rendiria obsequio á »los grandes, así como tú, si quisiera »abatirá un hombre hasta hacerle andar

»arrastrando delante de otro hom»bre.»

Con efecto, este filósofo estuvo en otro tiempo adicto á los señores, los quales pór su parte le hiciéron tambien su fortuna; pero habiendo conocido que su amistad no era para él sino una honrosa esclavitud, ha roto toda comunicacion con ellos. Tenia coche, que dexó porque se hizo cargo que salpicaba á personas que valian mas que no él; ha dado casi todos sus bienes á sus amigos necesitados, y se ha reservado únicamente lo necesario para vivir del modo que vive, pues no le parece ménos vergonzoso, para un filósofo, el ir á mendigar el sustento entre el pueblo, que á casa de los señores.

Lastímate del caballero que va detras de ese filósofo, y á quien acompaña un perro. Puede gloriarse de ser de una de las mejores familias de castilla. Estaba rico, pero se ha arruinado como el timon de Luciano, convidando á comer todos los dias á sus amigos, y sobre todo, dando fun-

ciones magnificas en celebridad de los cumpleaños y dias suyos y de su muger é hijos. Luego que los pegotes han visto la olla vacía, no han parecido mas por su casa; todos sus amigos le han desamparado, y solo uno se ha mantenido fiel, que es su perro.

Dime, Don Diablo, exclamó Leandro Perez: y cuyo es aquel coche que veo parado á la puerta de una casa. Es de un rico contador, respondió Asmodeo, que todos los dias va á ella á visitar á una hermosura gallega de quien cuida este rancio pecador de raza morisca, y á la que ama con extremo. Ayer tarde supo que ella le habia hecho una infidelidad; y en el primer movimiento de la ira que le causó semejante noticia, la escribió un papel lleno de quejas y amenazas. No eres capaz de acertar el medio que discurrió tomar la buena de la gallega. En vez de tener la prudencia de negar el hecho, ha enviado á decir esta mañana al contador que tenia razon para estar irritado contra ella, que

ya no debia mirarla sino con despre
cio, que ella conocia su culpa, que l
aborreciese; y que en castigo de ell
ya se habia cortado su hermoso cab
llo, en el qual sabe que ella idolatra
ba; finalmente, que estaba resuelta
retirarse á una reclusion á consagra
el resto de su vida á la penitencia.

El viejo penante no ha podido re
sistir á los fingidos remordimientos d
su amada gallega, y se ha levantad
inmediatamente para ir á su casa. L
ha encontrado llorando; y esta buen
cómica ha representado tan perfecta
mente su papel, que él acaba de pe
donarle lo pasado, y hace aun ma
pues para consolarla del sacrificio d
su cabellera, la promete en este ins
tante comprarla una bella casa d
campo que está de venta cerca del E
corial.

Todas las tiendas estan abierta
dixo el Estudiante, y veo á un caba
llero que entra en una hostería. E
caballero, replicó Asmodeo, es u
hijo de buena familia que se perec

por escribir, y quiere absolutamente pasar por autor. No carece de ingenio, y aun tiene bastante para criticar quantas obras se presentan en la escena; pero no para componer una que sea mediana. Va á encargar al hosterero disponga una gran comida, porque ha convidado hoy á comer á quatro cómicos, con el fin de empeñarles á que protejan una mala comedia compuesta por él, que está ya para dar á su compañía.

Ya que hablamos de autores, continuó, mira allí dos que se encuentran en la calle. Advierte como se saludan con una risa burlona. Ambos se desprecian mútuamente y con razon. El uno escribe con igual facilidad que el poeta Crispino, á quien Horacio compara con los fuelles de una fragua; y el otro consume bastante tiempo en componer obras frias é insulsas.

¿Quién es ese hombrecillo que se apea de un coche á la puerta de esa Iglesia? dixo Zambullo. Es, respon-

dió el Cojuelo, una persona dign
de observarse. No hace diez años qu
dexó el oficio de un escribano, don
de era oficial mayor para ir á meter
se en la Cartuja de Zaragoza. Alca
bo de seis meses de noviciado salió de
convento, volvió á parecer en Ma
drid; pero los que le conocian se que
dáron admirados de verle llegar á se
de repente uno de los principales em
pleados del Consejo de Indias. Toda
via se habla hoy de una fortuna tan
rápida. Algunos dicen que se ha dad
al Diablo; otros aseguran que se h
apasionado de él una viuda rica, y
otros finalmente que ha hallado u
tesoro. Tú bien sabes lo que ha hab
do en esto, interrumpió Don Cleofá
No hay duda, replicó el Diablo,
voy á revelarte el misterio.

Miéntras nuestro frayle era nov
cio, sucedió que un dia estando ha
ciendo un hoyo en la huerta par
plantar en él un árbol, vió una ca
xita de cobre la qual abrió. Habi
dentro una caxa de oro que conte

nia treinta diamantes muy hermosos. Aunque no entendia de pedreria, no dexó con todo de conocer que acababa de echar un buen lance, y tomando inmediatamente el partido que toma en una comedia de Plauto aquel Gripo que renuncia á la pesca despues de haber encontrado un tesoro, dexó el hábito y volvió á Madrid, donde por mediacion de un platero amigo suyo, trocó sus piedras preciosas por piezas de oro, y sus piezas de oro por un empleo que le procura un buen lugar en la sociedad civil.

CAPITULO VIII.

De lo demas que el Diablo hizo observar á Don Cleofás.

Quiero, prosiguió Asmodeo, hacerte reir, contándote un lance de ese hombre que entra en esa tienda de vinos generosos. Es un médico vizcaino que va á tomar un refrigerio, y despues á pasar allí todo el

dia jugando á las damas.

Entretanto no te den pena sus enfermos, porque ninguno tiene, y aun quando los tuviese, los ratos que gasta en jugar no serian los peores para ellos. No dexa de ir todas las noches en casa de una viuda bien parecida y rica, con quien desea casarse, mostrando estarla ciegamente apasionado. Quando se halla con ella, un bribon de criado, á que está reducida toda su servidumbre, y con el qual se entiende, le lleva una lista fingida de nombres de muchas personas distinguidas, que han enviado á llamar á ese doctor. La viuda lo cree todo al pie de la letra, y nuestro jugador de damas está á pique de ganar la partida.

Parémonos delante de esa casa grande junto á la qual estamos. No quiero pasar de aquí sin que observe las personas que la habitan. Recorre con la vista los quartos: ¿qué descubres? Veo unas damas, cuya belleza me suspende, respondió el Estudiante

Algunas se estan vistiendo, y otras ya estan de pie: se me figura estar viendo á las ninfas de Diana, segun nos las pintan los poetas.

Si esas mugeres que admiras, replicó el Cojuelo, tienen las gracias de las ninfas de Diana, no las acompaña ciertamente la misma honestidad. Son quatro ó cinco mozas distraidas que viven juntas, y hacen el gasto entre todas. Tan peligrosas como aquellas bellas damas de los libros de caballería, que detenian con sus atractivos á los caballeros que pasaban por delante de sus castillos, estas atraen á los jóvenes á su casa. ¡Desdichados de aquellos que se echizan de ellas! Para advertir del riesgo que corren los que pasan, era necesario hacer poner delante de esta casa una señal, como hacen en los rios para indicar los parages adonde no hay que acercarse.

No te pregunto, dixo Leandro Perez, á dónde van esos señores que veo en sus coches, porque me hago cargo que van á palacio. Has dado

en el hito, replicó el Diablo, y si tú quieres ir tambien allá, te llevaré, y haremos algunas observaciones divertidas. No puedes proponerme cosa mas de mi gusto, replicó Zambullo; y ya desde ahora me complace esa idea.

Entónces Asmodeo, pronto á satisfacer á Don Cleofás, le trasladó á palacio; pero ántes de llegar á él, viendo el Estudiante varios obreros que trabajaban en hacer una puerta muy grande, preguntó si aquella era alguna entrada de Iglesia. No, le respondió Asmodeo, es la puerta de un nuevo mercado. Es magnífica como ves pero aunque la elevasen hasta las nubes, nunca será digna de los dos versos latinos que han de poner encima.

¡Qué me dices! exlamó Leandro ¡grande idea me das de esos dos versos! y me muero por saberlos. Pues oyélos, y prepárate á admirarlos.

Quam bene Mercurius nunc merces vendit opimas.
Momus ubi fatuos vendidit ante sales

Hay en estos dos versos un juego de voces el mas lindo del mundo. No penetro aun toda su hermosura, dixo el Estudiante, pues no entiendo bien lo que significan esos *fatuos sales*. ¿Con qué ignoras, replicó el Diablo, que el sitio donde hiciéron este mercado para vender comestibles, fué en otro tiempo un colegio en que enseñaban las humanidades á la juventud? Los catedráticos de este colegio hacian representar en él por sus estudiantes dramas y comedias insípidas y mezcladas de baylecitos tan extravagantes que se veian danzar en ellos hasta los pretéritos y supinos. Vaya, no me digas mas, interumpió Zambullo. Bien sé que droga son las comedias de colegio. La inscripcion me parece admirable.

Apénas Asmodeo y Don Cleofás estuviéron en la escalera de palacio, quando viéron subir por ella á muchos cortesanos. Conforme estos señores pasaban junto á ellos, el Diablo los iba nombrando. Mira, decia á Lean-

dro Perez, señalándoselos con el de
do uno despues de otro, mira el Con
de de Villalonso, de la casa de Llere
na, vé aquí al Marques de Castrour
diales, aquel es Don Lope de los Rios
Presidente del Consejo de Hacienda
y este el Conde de Villahumbrosa
No se contentaba con nombrarlos
sino que él hacia elogio de ellos, aun
que este maligno espíritu añadia siem
pre algo de satírico, tirando á cad
uno su saeta.

Este señor, decia, hablando d
uno, es afable y amigo de compla
cer; escucha con semblante agrad
ble. Si llega alguno á implorar su pro
teccion, se la concede generosamen
te, y le ofrece su valimiento. Es lá
tima que un hombre que tanto gus
servir á los demas, sea tan flaco d
memoria, que al cabo de un quarto d
hora que le han hablado, se olvid
de lo que le han dicho.

Este Duque, decia, hablando d
otro, es un señor de la Corte de l
de mejor carácter. No es como la m

yor parte de sus iguales, distinto de sí mismo de un instante á otro. Añádase á esto, que no paga con ingratitud el afecto á su persona, ni los servicios que le hacen; pero por desgracia es demasiado tardo en agradecerlos. Dexa desear tanto tiempo lo que de él se espera, que se cree haberlo comprado bien quando viene el caso de conseguirlo.

Despues que el Diablo enteró al Estudiante de las buenas y malas calidades de muchos señores, le conduxo á una sala donde habia gentes de todas clases, y especialmente tantos caballeros, que Don Cleofás exclamó: ¡Quántos caballeros! voto á tal, que es preciso que haya bastantes en España. Yo te lo aseguro, dixo el Cojuelo, y eso no es de admirar; pues para ser caballero, no es necesario lo que en tiempos pasados para llegar á ser caballero romano.

Mira, continuó, esa cara de hombre ordinario que está detras de tí. Habla mas quedo, interrumpió Zam-

bullo, que te oye. No, no, respondió el Diablo, el mismo hechizo que nos hace invisibles, no permite que nos oigan. Contempla esa figura. Es un catalan que vuelve de las islas Filipinas donde era corsario. ¿Dirias tú al verle que es un rayo en la guerra? Pues te aseguro que ha hecho acciones prodigiosas de valor. Viene á presentar al Rey un memorial en que le pide cierto puesto en premio de sus servicios; pero dudo lo logre, porque no se dirige ántes al Ministro.

Veo á su mano derecha, dixo Leandro Perez, un hombre alto y gordo, que parece se hace de persona. Si se ha de juzgar de su clase por la soberbia que muestra en el semblante, no toca decir otra cosa, sino que es algun señor opulento. Nada de eso tiene, replicó Asmodeo. Es un hidalgo de los mas pobres, que para vivir, mantiene juego en su casa baxo de la proteccion de un señor.

Pero yo noto un licenciado, que merece bien te le haga observar. Es

aquel que ves está hablando junto al primer balcon con un caballero vestido de terciopelo de color de ceniza. Tratan de un negocio que resolvió ayer S. M., el qual te voy á contar.

Hace dos meses que este licenciado, que es académico de la Academia de Toledo, dió al público un libro moral que indignó á todos los autores castellanos. Le halláron lleno de locuciones osadas, y de voces demasiado nuevas. Vélos aquí, que se ligan contra esta produccion singular; júntanse, y forman una representacion en que suplican al Rey condenase esta obra como opuesta á la pureza y limpieza de la lengua Castellana.

Pareciéndole á S. M. digna de atencion la súplica, nombró tres sugetos que exáminasen la obra, y estos opináron que con efecto su estilo era reprehensible, y tanto mas peligroso, quanto era mas brillante. En vista de su informe, oye ahora la decision del Rey. Ha mandado, só pena de incurrir en su indignacion, que aque-

llos académicos de Toledo que escri
ben segun el gusto de este licenciado
no compongan en adelante ningun li
bro, y asimismo que para conserva
mejor la pureza de la lengua Castell
na, no sean admitidos en sus vacant
sino personas muy acreditadas en
perfeccion, y hermosura.

Esta decision es asombrosa, e
clamó, riéndose Zambullo. Los pa
tidarios del lenguage comun no ti
nen ya que temer. Te equivocas, re
pondió el Diablo. Los apasionado
enemigos de aquella noble naturalid
que embelesa á los lectores sensato
no son todos de la Academia de T
ledo.

Don Cleofás tuvo curiosidad
saber quien era el caballero vesti
de terciopelo de color ceniciento q
estaba en conversacion con el lice
ciado. Es, respondió el Cojuelo,
segundon de una casa ilustre, ofic
de la guardia española. Te asegu
que es un mozo muy capaz. Para q
te hagas cargo de su comprehensic

te citaré una respuesta que dió ayer á una señora en una concurrencia muy lucida. Pero para la inteligencia de esta agudeza, has de saber primero que tiene un hermano llamado Don Andres de Prado, que algunos años hace era oficial tambien del mismo cuerpo.

Sucedió que un dia un rico asentista de las rentas del Rey, se llegó al tal Don Andres, y le dixo: señor de Prado, yo tengo el mismo apellido que usted; pero nuestras familias son diferentes. A mí me consta que usted es de una de las casas mas esclarecidas de Cataluña, y al mismo tiempo que los haberes no os sobran. Los mios son muchos, y soy de un nacimiento poco ilustre. ¿No habria medio de comunicarnos mútuamente lo que tenemos de bueno uno y otro? Teneis vuestra executoria? Don Andres le respondió que sí. Pues bien, replicó el asentista: si quieres franquearmela, yo la pondré en manos de un hábil genealogista que trabajará

en el particular, y nos hará parientes aunque les pese á nuestros abuelos. Por mi parte os haré en agradecimiento un presente de treinta mil doblones. ¿Estamos conformes? Don Andres se quedó aturrullado de oir tanto dinero. Aceptó la propuesta, confió sus papeles al asentista, y con el dinero que recibió de este, compró una grande hacienda en Cataluña, donde vive desde entónces.

Ahora bien, como su hermano menor, que no ha ganado nada en el trato, se hallase ayer convidado á comer, en la mesa se tocó casualmente la conversacion del señor de Prado, asentista de rentas Reales, y con este motivo, una de las señoras que estaban presentes, dirigiendo la palabra al jóven oficial, le preguntó si era pariente suyo. No señora, la respondió, no tengo esa honra, que mi hermano es el pariente.

El Cojuelo soltó una carcaxada de risa al oir semejante respuesta, que le pareció de las mas graciosas. Des-

pues percibiendo á un hombre pequeño que iba detrás de un cortesano, exclamó. ¡Válgame Dios, quantas cortesias hace ese hombrecillo al señor á quien va siguiendo. Sin duda tiene algun favor que pedirle. Lo que echas de ver ahí, replicó Asmodeo, merece bien que te lo explique. Ese hombrezuelo es un vecino honrado, dueño de una quinta bastante hermosa en las cercanías de Madrid, en un sitio donde hay aguas minerales que tienen fama. Ha dexado sin interés alguno su casa á este señor, que ha ido allí á tomarlas. En este instante el vecino ruega al tal señor muy encarecidamente que le sirva en una ocasion que se presenta, y el señor rehusa muy políticamente el servirle.

Es preciso que no dexe yo escapar á ese caballero de casta plebeya, el qual atraviesa por medio de la multitud, presumiendo de sugeto distinguido. Se ha enriquecido excesivamente en poco tiempo con la ciencia de los números. Hay en su casa tantos cria-

dos como en la de un Grande, y su
mesa excede á la de un Ministro en lo
delicado y abundante. Tiene coche
para él, otro para su muger, y otro
para sus hijos. En sus caballerizas se
ven las mejores mulas, y los mas her-
mosos caballos del mundo. Y aun lo
dias pasados compró y pagó de contado un tiro arrogante de mulas que el
Príncipe no habia tomado por parecerle muy caro ¡Qué desvergüenza
dixo Leandro. Un turco que viese
ese trasto en un estado tan floreciente
no dexaria de creerle en vísperas de
experimentar algun revés de fortuna.
Yo ignoro lo venidero, dixo Asmo-
deo, pero no puedo dexar de pensar
como un turco. ¡Ah! qué es lo que
veo, continuó con espanto el Diablo.
Poco me falta para dudár de lo que
me dicen mis ojos. En esa sala descu-
bro un poeta que no debia estar en
ella. ¿Cómo se atreve á presentarse
aquí despues de haber compuesto unos
versos que ofenden á tantos señores
españoles? ¿Cómo no hace caso de

desprecio que estos hacen de él?

Considera atentamente á ese respetable personage á quien un escudero lleva de la mano. Es el señor Don Josef Reinalte y Ayala, Corregidor de esta villa: viene á dar cuenta á S. M. de varios asuntos de Madrid. Mira á ese buen viejo con admiracion.

Verdaderamente, dixo Zambullo, tiene traza de hombre de bien. Ojalá, prosiguió el Cojuelo, que todos los Corregidores le tomasen por modelo. Este sugeto no es uno de aquellos genios violentos ni altivos que solo obran por capricho y precipitadamente. No quiere se prenda á nadie por la mera relacion de un alguacil, de un escribano ú de un portero. Está harto enterado de que hay en esta clase de gentes almas venales, y capaces de hacer un tráfico vergonzoso de la autoridad de la justicia. Por eso quando ocurre el haber de mandar arrestar algun reo, exâmina con madurez la acusacion, hasta que averigua la verdad. De ahí es que jamas envia á ningun inocente

á la cárcel; y solo destina á ella delin
qüentes. Y aun no abandona á estos á
la barbarie que reyna en las prisiones
pues el mismo va á ver á estos infeli
ces, y cuida de impedir el que se aña
da la inhumanidad al justo rigor d
las leyes. ¡Qué bello carácter! excla
mó Leandro: ¡amable sugeto! Y
me alegrára oir lo que le dice al Rey
Mucho siento, respondió el Diablo, d
estar obligado á decirte que no pue
do satisfacer ese nuevo deseo, sin expo
nerme á tener que sentir. No me e
lícito entrar donde estan los Soberanos
porque eso seria usurpar las facultade
de Leviatan, de Belfegor y de Asta
rot. Ya te he dicho que estos tres espír
tus estan en posesion de cercar á l
Príncipes. A los demas diablos les es
prohibido el parecer en las cortes,
yo no sé en qué pensaba quando se n
antojó traerte aquí. Te confieso q
he hecho un paso bien temerario.
estos tres diablos me viesen, vendri
contra mí, y hablando acá ent
nosotros, yo no seria el mas fuer

Una vez que hay eso, replicó el Estudiante, alejémonos pronto de palacio. Sentiria, á par de mi alma, el verte sacudir por tus compañeros sin poderte socorrer; porque aunque yo me pusiese de tu lado, creo que no adelantarias nada con eso: sin duda que no, dixo Asmodeo, ninguna mella les harian tus golpes, y tú moririas á los suyos; pero para consolarte de que no te hago entrar en el quarto de vuestro gran Monarca, te voy á dar un gusto mayor que el que pierdes: dicho esto, cogió de la mano á Don Cleofas, y le llevó por los ayres hácia el convento de la Merced.

CAPÍTULO IX.

De los cautivos.

Paráronse los dos encima de una casa vecina á aquel convento, en cuya puerta habia un gran concurso de hombres y mugeres. ¡Quánta gente! dixo Leandro. ¿Qué fiesta llama aquí

tantas personas? Es, respondió el Diablo, una procesion que tú nunca ha visto, aunque se hace en Madrid d tiempo en tiempo. Verás dentro d poco pasar trescientos esclavos todo vasallos del Rey de España. Vuelve de Argel, á donde los padres de la re dencion, han ido á rescatarlos. Toda las calles de la carrera estarán llena de espectadores.

Es verdad, replicó Zambullo que hasta ahora no me ha movid mucho la curiosidad de ver este es pectáculo. ¿Y es eso lo que vueseñc ría me tenia guardado? Te confies sínceramente que no me lo debias ha ber ponderado tanto. Como conozc muy bien tu corazon, replicó el Diablo, no podia ignorar que no te gus ta ver infelices; pero quando sepa que mi fin ha sido el revelarte la particularidades notables del cautive rio de unos, y los disgustos que va á experimentar algunos otros quand lleguen á sus casas, estoy persuadido á que no llevas á mal el que t

dé esta diversion. Por cierto que no, replicó el Estudiante. Eso ya muda de especie, y me harás un gran gusto en cumplirme la palabra.

Miéntras estaban en esta conversacion, oyéron de improviso unos grandes gritos, en que prorrumpió el gentío, al ver los cautivos que marchaban con este órden: iban á pie de dos en dos en el trage de esclavos, y cada uno con su cadena al hombro. Un crecido número de religiosos de la Merced que habian ido á recibirlos, caminaban delante caballeros en mulas con gualdrapas de vayeta negra, como si fuesen haciendo un duelo, y uno de estos caritativos Padres llevaba el estandarte de la redencion. Los cautivos mas mozos iban al principio, seguian los viejos, y detras iba en un caballo pequeño un Religioso de la misma Orden, el qual tenia un aspecto venerable, y era el superior de la Mision. Se llevaba los ojos del concurso por su gravedad, como tambien por una larga barba blanca que le ha-

cia respetuoso, y en su rostro se echa
ba de ver el gozo inexplicable qu
sentia de restituir tantos cristianos
su patria.

Estos cautivos, dixo el Cojuelo
no todos estan igualmente contento
de haber recobrado la libertad. Sí en
tre ellos algunos se alegran de qu
pronto volverán á ver á sus parientes
otros temen saber que durante s
ausencia, han acaecido en sus fami
lias sucesos mas trágicos para ello
que no su esclavitud.

Por exemplo, los dos que van de
lante se hallan en el último caso. E
uno, natural de Bellisca, ciudad pe
queña en Aragon, despues de hab
estado cautivo diez años entre l
turcos, sin recibir noticia alguna
su muger, va á encontrarla casad
de segundas nunpcias, y madre
cinco hijos que no son de su cosech
El otro, hijo de un Lanero de Segovi
fué cautivo por un corsario ya ha
cerca de quatro lustros. Recela él q
despues de tantos años esten mudad

las cosas de su familia, y su temor no es infundado, porque sus padres han muerto; y sus hermanos que han partido entre sí toda la hacienda, la han disipado con su mala conducta.

Estoy mirando con atencion, dixo el Estudiante, á un cautivo, y juzgo por su semblante que se alegra infinito de no verse ya expuesto á que le den de palos. Ese cautivo, á quien miras, respondió Asmodeo, tiene gran motivo para alegrarse de haber logrado su libertad; pues sabe que una tia, de la que es heredero único, acaba de morir, y que él va á gozar de una quantiosa hacienda. Eso le alegra el corazon, y le causa aquel contento que echas de ver en su semblante.

No le sucede lo mismo al desdichado caballero que va á su lado, pues le tiene continua y cruelmente inquieto el motivo que oirás. Quando al pasar de España á Italia le cautivó un corsario argelino, amaba á una dama, de quien era igualmente amado. Teme que miéntras su esclavitud la seño-

ra no se ha mantenido firme. ¿Ha e
tado mucho tiempo esclavo? Pregun
tó Zambullo. Diez y ocho meses, res
pondió Asmodeo. ¡O! pues en ese ca
so, replicó Leandro Perez, yo cre
que ese galan se dexa poseer de un va
no terror. No ha puesto la constanci
de su dama á una prueba bastant
fuerte, para poder vivir tan asustad
Te engañas, dixo el Cojuelo, pues n
bien supo la linda de la señora qu
estaba cautivo en Berbería, quando s
proveyó de otro amante.

¿Dirias tú, que aquel otro caut
vo, continuó el Diablo, que sigue in
mediato á los dos que acabamos d
observar, á quien la larga y espe
barba roxa le hace parecer espant
so, era un mozo muy lindo? Pu
nada es mas cierto, y en ese sembla
te horroroso ves el heroe de una hi
toria harto extraña que voy á r
ferirte.

Este moceton se llama Fabric
Apénas tenia quince años, quando
padre, labrador rico de Cinquello,

lla grande del reyno de Leon, murió, y poco tiempo despues su madre, de manera que como era hijo único, quedó dueño de una gran hacienda, cuya administracion se encargó á un tio suyo, hombre de bien. Fabricio concluyó sus estudios en Salamanca, y luego aprendió á montar á caballo y la esgrima; en una palabra, no omitió nada de quanto podia contribuir á hacerse merecedor de que le mirase con buenos ojos Doña Hipólita, hermana de un hidalguillo, que tenia su casucha á dos tiros de escopeta de Cinquello.

Esta dama era por estremo hermosa, y casi de la misma edad de Fabricio, quien habiéndola conocido desde niño, habia mamado, digámoslo así, con la leche, la ciega aficion que la tenia. Hipólita por su lado bien habia advertido que Fabricio no era mal mozo; pero como sabia era hijo de un labrador, no se dignaba hacer mucho caso de él. Era soberbia inaguantable, como tambien su herma-

no Don Tomás de Xaral, quien n
tenia quizá semejante en Españ
en lo pobreton, y pagado de su no
bleza.

Este orgulloso hidalgo de lugar
vivia en una casa que él llamaba su a
cazar, la que, hablando en realidad
amenazaba ruina por todas parte
Sin embargo, de que sus cortos ha
beres no le permitian repararla, y l
costaba trabajo mantenerse, no po
eso dexaba de tener un criado par
él, y una esclava mora para servi
á su hermana.

Era cosa divertida el ver presen
tarse á mí Don Tomás en la call
los domingos y fiestas con un ves
tido raido de terciopelo carmesí, y
un sombrerillo guarnecido de un plu
mage amarillo que guardaba en s
casa como reliquia lo demas de l
semana. Vestido de estos andrajos
que á él le parecian otras tantas prue
bas de la nobleza de su alcurnia, ha
cia de señor, y creia que pagaba bas
tante las profundas cortesías que l

hacian, quando le daba la gana de corresponder á ellas con una mirada. No ménos enloquecida que él estaba su hermana de la antigüedad de su linage, y á esta ridiculez añadia el estar tan vana de su hermosura, que vivia con la gloriosa esperanza de que algun Grande llegaria á pedirla por esposa.

Tales eran los caractéres de Don Tomas y Doña Hipólita; y como Fabricio estaba bien enterado de ello, tomó el partido, á fin de grangearse la voluntad de dos personas tan altivas, de lisongear su vanidad con respetos fingidos, lo que executó con tal maña, que por último el hermano y la hermana consintiéron en que tuviese la honra de ir con freqüencia á ponerse á sus órdenes; y conociendo no ménos su miseria que su orgullo, todos los dias estaba en ánimo de ofrecerles su bolsillo; pero le detenia el temor de irritar contra él su soberbia. No obstante, su ingeniosa generosidad halló modo de socorrer-

los sin dar lugar á que se avergonzasen: señor, le dixo un dia á solas al caballero, yo tengo dos mil ducados que poner en depósito. Hacedme el favor de guardarmelos, y debaos yo esta obligacion.

No hay que preguntar si Xaral se prestó á ello. Ademas de hallarse escaso de dinero, tenia la conciencia de un mal depositario. Se encargó gustoso de esta cantidad, y no bien la tuvo entre las manos, quando empleó, sin andarse en ceremonias, parte de ella en hacer componer su casucha, y en procurarse ciertas comodidades. Tomó en Salamanca terciopelo azul muy hermoso para un vestido que se hizo hacer allí; y una pluma verde que compró, vino á usurpar al antiguo plumage amarillo, la gloria de que estaba en posesion inmemorial, y adornar el noble casco de Don Tomas. La bella Doña Hipólita tuvo tambien su paraguantes, y se vistió perfectamente. De esta suerte disipaba Xaral los ducados que se

le habian confiado, sin pensar en que eran agenos, y en que habia de volverlos. No hizo el mas leve escrúpulo de proceder así, y aun creyó ser justo que un plebeyo pagase el honor de tratarse con un hidalgo.

Fabricio bien tenia previsto esto; pero al mismo tiempo se habia lisongeado, de que en atencion á su moneda, Don Tomás gastaria con él mas familiaridad, y que Doña Hipólita se acostumbraria á sufrir sus obsequios, y le pordonaria en fin la osadia de haber elevado sus miras hasta ella. Lo cierto es que experimentó en ellos mayor franqueza, y que se mostraban con él mas afables que ántes. Aun hombre rico siempre le acarician los señores, quando piensan disfrutarle. Xaral y su hermana, que hasta entónces no habian conocido las riquezas sino de oidas, apénas experimentáron la utilidad de estas, quando juzgáron que Fabricio merecia ser tratado con agrado.

Usaban con él de tanta atencion

y agasajo, que quedó muy complacido. Creyó que su persona no les desagradaba, y que seguramente habian reflexionado que se veian casos de caballeros, que para mantener el lustre de su nobleza, se hallaban obligados á recurrir á casarse con plebeyos. En esta creencia, que halagaba su amor, se resolvió á pedir por esposa á Doña Hipólita.

Luego que halló ocasion favorable de hablar á Don Tomás, le dixo que deseaba de todas veras ser su cuñado, y que por tener esta honra, no solamente le cedia el depósito; pero aun le haria un presente de unos mil doblones.

El altanero Xaral se puso encarnado al oir semejante propuesta, la qual despertó su soberbia, y en su primer movimiento, poco faltó para que manifestase todo el desprecio que hacia del hijo de un labrador. No obstante, por mas indignado que estaba de la osadía de Fabricio, se contuvo, y sin mostrar desden, le res-

pondió que no podia inmediatamente determinar en semejante caso; que era necesario saber la voluntad de Hipólita, y aun dar parte á los parientes.

Despidió al pretendiente con esta respuesta, y convocó una dieta compuesta de algunos hidalgos vecinos, los quales eran parientes suyos, y todos estaban tocados como él de la rabia de la *Hidalguia*. Celebró consejo con ellos, no para preguntarles si eran de parecer que diese su hermana á Fabricio, sino para tratar de qué suerte era necesario castigar á aquel mozo insolente, que á pesar de su baxo nacimiento, osaba aspirar á la posesion de una señorita de la calidad de Hipólita.

Así que hubo manifestado este atrevimiento á la junta, hubierais visto al oir solo el nombre de Fabricio, y de hijo de labrador encenderse en ira los ojos de todos aquellos hidalgos. Cada uno de ellos vomitaba fuego y llamas contra el atrevido. Así unos como otros opináron que se le qui-

tase á palos la vida para pagar e
ultraje que habia hecho á su famili
con haber propuesto un casamient
tan indecoroso. No obstante, conside
rado el asunto con mas madurez, l
resolucion de la dieta fué dexar vivi
al culpado; pero que para enseñarl
á no olvidarse otra vez de quién era
se le jugase una treta de que tu
viese motivo de acordarse much
tiempo.

Propusiéronse diversos ardide
pero prevaleció el siguiente: deter
mináron que Doña Hipólita aparen
tase estar agradecida á la inclinacio
de Don Fabricio, y que con pretext
de querer consolar á este desdichad
amante de la oposicion que su herma
no manifertaria de ser su cuñado, l
citase una noche al alcazar, y que a
tiempo de introducirle en él, la es
clava y varias personas apostadas l
sorprehendiesen con esta criada,
le hiciesen casar con ella por fuerz

La hermana de Xaral consinti
desde luego sin repugnancia en est

supercheria, pareciéndola que importaba á su decoro el mirar como afrenta el que la pretendiese un hombre de una clase tan inferior á la suya; pero este humor altanero dió en breve entrada á movimientos de piedad, ó por mejor decir, el amor se hizo de repente dueño de la altiva Doña Hipólita.

Ya desde entónces empezó á ver las cosas con otros ojos. Parecióla que el humilde nacimiento de Fabricio se hallaba compensado con las bellas prendas que le acompañaban, y ya no contempló en él sino un caballero acreedor á todo su afecto. Admira, señor Estudiante, admira, la maravillosa mutacion que es capaz de causar esta pasion.

Aquella misma señorita que discurria que un Príncipe apénas era digno de ser su esposo, se encalabrina en un instante del hijo de un labrador, y se tiene por dichosa que la pretenda, despues de haber juzgado esto como cosa ignominiosa.

Dexóse llevar de la inclinacion que la arrastraba, y muy léjos de favorecer el resentimiento de su hermano, mantuvo con Fabricio una secreta inteligencia por mediacion de la esclava, quien le hacia entrar de noche algunas veces en la casucha ver á su ama. Tuvo Don Tomás alguna sospecha de lo que pasaba, y empezó á rezelarse de su hermana. Dió cuenta de ello inmediatamente á dos primos suyos, los quales montando en cólera al oir semejante noticia, se pusiéron á gritar: ¡venganza Don Tomás, venganza! Xaral, que no necesitaba le aguijoneasen, á tomar satisfaccion de una ofensa de esta clase, les dixo, que ya veria el uso que sabia hacer de su espada quando se trataba de emplearla en vindicar su honor, y dicho esto, les suplicó fuesen á su casa á la entrada de una noche que les señaló.

Acudiéron muy puntuales á la cita. Xaral los hizo esconder en un quartito, sin que nadie de la casa lo

notase; despues los dexó diciéndoles, volveria á buscarlos así que el galan hubiese entrado en el alcazar, en el supuesto de que led iese la gana de ir á él aquella noche, lo que no dexó de suceder, habiendo querido la mala estrella de nuestros enamorados que escogiesen aquella misma noche para hablar de sus amores.

Ya Fabricio estaba con su amada Hipólita, y empezaban á decirse cosas que se habian dicho cien veces, y que, aunque repetidas continuamente, siempre tienen el embeleso de la novedad, quando fuéron interrumpidos desagradablemente por los caballeros que estaban alerta para sorprehenderlos. Don Tomás y sus primos acometiéron, todos tres, valerosamente á Fabricio, quien no tuvo tiempo sino para ponerse en defensa, y que coligiendo de aquella accion que su ánimo era asesinarle, peleó como un desesperado. Hirió á todos tres, y llevando siempre la espada por delante, tuvo la fortuna de coger la puerta y huir.

Viendo entónces Xaral, que s
enemigo se le escapaba despues d
haber deshonrado impunemente s
casa, convirtió su ira contra la des
graciada Hipólita, y la atravesó
corazon con la espada; y sus d
parientes, muy pesarosos del mal éxît
de su conjuracion, se retiráron á su
casas á curarse de sus heridas.

Quédese eso hay, prosiguió Asmo
deo, que luego que veamos pasar to
dos los cautivos, acabaré la histor
de este, y te contaré de qué mod
despues que la Justicia hubo emba
gado todos sus bienes, con motivo d
este funesto suceso, tuvo la desgrac
de que le hiciesen esclavo, caminand
por el mar.

Miéntras me estabas contando s
historia, dixo Don Cleofás, he obse
vado entre esos infelices á un jóve
con un semblante tan triste y pensat
vo, que he estado cerca de interrum
pirte, para que me dixeses la causa
ello. No perderás nada en saberl
respondió el Diablillo, y te puedo d

cir lo que deseas saber. Ese cautivo, cuyo ayre melancólico te ha dexado suspenso, es natural de Valladolid, é hijo de buenos padres. Ya habia dos años que estaba esclavo en casa de un patron que tiene una muger muy bonita, la qual queria con extremo á este esclavo, y era correspondida de él con el mas fino afecto. Habiendo entrado en sospecha el patron, se dió prisa á vender el christiano. El enamorado castellano llora sin cesar desde entónces la ausencia de su patrona, sin que la libertad pueda consolarle.

Un anciano de buena presencia me lleva la atencion, dixo Leandro Perez. ¿Quién es ese hombre? El Cojuelo respondió, es un barbero, natural de Guipúzcua, que se vuelve á Vizcaya al cabo de quarenta años de cautiverio. Quando cayó en poder de un corsario, yendo de Valencia á la isla de Cerdeña, tenia muger, dos hijos, y una hija, y de todo esto no le ha quedado sino un hijo, que mas

dichoso que él, ha estado en el Perú de donde ha vuelto con inmensas riquezas á su pais, y allí ha comprado dos hermosos caserios. ¡Qué satisfaccion, qué gozo no será para este hijo el ver otra vez á su padre, y de tener con que hacerle pasar con sosiego y comodidad los últimos dias de su vida!

Tú hablas, replicó el Cojuelo como hijo cariñoso y de juicio; pero el hijo del barbero vizcayno tiene un genio duro. La llegada inesperada de su padre le causará mas pena que gusto. En vez de tenerle en su casa en Guipúzcoa, y no omitir cosa alguna para mostrarle el regocijo que siente de que viva en su compañía, podrá bien suceder que le haga guarda de sus haciendas.

Detras de ese cautivo que te ha parecido tan bien encarado, viene otro semejante en todo á un mico rarcioso. Es un mediquin aragones, que no ha estado quince dias en Argél. Luego que los moros supiéron de que

profesion era, no lo quisiéron consigo, ántes bien determináron entregárselo sin rescate á los Padres de la Merced, los quales es cierto que no lo hubieran rescatado, y han sentido el traerlo á España.

Tú, que te compadeces tanto de los trabajos del próximo, ¡hay y quánto te lastimarias de ese otro esclavo, que trae cubierta su cabeza calva con un solideo de paño burdo, si supieras todos los males que ha padecido en Argel por espacio de doce años en casa de un renegado ingles, su amo! ¿Y quién es ese pobre cautivo, dixo Zambullo? Es un Frayle Francisco de Navarra, respondió el Diablo. Te confieso que me alegro mucho que haya padecido cruelmente, pues con sus exhortaciones cristianas, á mas de cien esclavos, les ha estorvado volverse moros.

Te diré con la misma franqueza, replicó Don Cleofás, que yo por mí siento que este buen padre haya estado tan largo tiempo á la merced de

un barbaro. No tienes razon par
afligirte, ni yo para alegrarme
respondió Asmodeo. Este Religioso s
ha aprovechado tambien de sus doc
años de martirios, que le tiene ma
cuenta el haber pasado todo ese tiem
po en los tormentos, que no en s
celda en luchar con tentaciones qu
son mas dificiles de resistir.

El primer cautivo que sigue, dix
Leandro Perez, muestra bastante se
renidad para un hombre que vuelv
del cautiverio, y así excita mi curio
sidad á que te pregunte quién es es
sugeto. Ya iba yo á decírtelo, le res
pondió Asmodeo. En él ves un vecin
de Salamanca, un padre desgraciado
un mortal que ya no siente á fuerz
de tantos pesares como ha pasado. Es
toy tentado por referirte su lastimos
historia, y dexar ahí á los dema
cautivos, siendo tambien cierto qu
déspues de este son pocos los que me
recen se cuenten sus aventuras.

El Estudiante, que empezaba y
á cansarse de ver pasar tantas melan

cólicas figuras, manifestó que no deseaba otra cosa; y al instante el Diablillo le hizo la relacion que contiene el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

De la última historia que contó Asmodeo, y cómo al acabarla fué interrumpido de improviso, y de qué modo pesaroso para este Diablo, él y don Cleofás tuviéron que separase.

Pablo de Bahabon, hijo de un Alcalde de lugar, en Castilla la vieja, despues de haber partido con un hermano y una hermana la corta herencia que su padre, aunque era de los hombres mas abaros, les dexó, se marchó á Salamanca con ánimo de aumentar el número de los estudiantes de la universidad. Tenia buena persona y talento, y entraba entónces en los veinte y tres años de su edad.

Con un millar de ducados que

poseia, y una disposicion próxima á comerselos, no tardó mucho en hacer hablar de sí en la ciudad. Todos los jóvenes deseáron á porfia su amistad. Solicitaban hallarse en las diversiones que Don Pablo daba todos los dias. Digo, Don Pablo, porque se habia tomado el Don para tener el derecho de vivir con mas familiaridad con dos de los estudiantes, cuya nobleza le hubiera servido de sujecion. Gustaba tanto de divertirse y comer bien, y estrechó tan poco la bolsa, que al cabo de quince meses, se halló sin un quarto. Con todo eso no dexó de seguir todavia como ántes, así como por lo que le fiáron, como por algunos doblones que pidió prestados; pero como esto no pudo dar mucho de sí, se vió en breve sin arbitrio.

Entónces sus amigos, viendo que ya no podia gastar, dexáron de acompañarse con él; y sus acreedores empezáron á perseguirle; y aunque á estos les aseguraba que esperaba de un instante á otro dinero de su tierra,

algunos no tuviéron paciencia, y le pusiéron por justicia, con tal viveza, que ya estaba cerca de ir á la cárcel. Pero yendo paseándose á orillas de Tormes, encontró á un conocido que le dixo: señor Don Pablo, mirad bien lo que haceis; os aviso que un alguacil, y otros de justicia os andan siguiendo, y quieren echaros mano al entrar en la ciudad.

Asustado Bahabon de una noticia que correspondia demasiado con el mal estado de sus negocios, se puso inmediatamente en fuga para Zamora; pero dexó el camino de esta ciudad, con el fin de ocultarse en un bosque que vió á cierta distancia, hasta que la noche viniese á ayudarle con su obscuridad á seguir con ménos temor su viage. Era esto en la estacion en que los árboles estan poblados de hoja. Subió al que le pareció mas espeso, y sentóse sobre unas ramas que le tapaban con las hojas.

Creyéndose seguro en aquel parage, fué poco á poco perdiendo el miedo

que habia cobrado al alguacil; y como sucede que el hombre hace comunmente las mas juiciosas reflexiones del mundo, despues de haber cometido alguna culpa, consideró en su interior la mala conducta que habia tenido, y se dió palabra formal á sí mismo, que si en adelante llegaba á verse con dinero, de emplearlo mejor. Hizo especial propósito de no ser jamas la burla de aquellos falsos amigos, que arrastran á un mozo á una vida estragada, y cuya amistad se disipa como los vapores del vino.

Miéntras estaba ocupado en estos pensamientos, que unos á otros se sucedian en su imaginacion, sobrevino la noche. Entónces, desenvolviéndose de entre las ramas y hojas que le cubrian, iba ya á escurrirse abaxo, quando á la débil claridad de la Luna, le pareció discernir la figura de un hombre. Al ver esto, lo qual le renovó su primer miedo, se imaginó que era el alguacil, que no habiéndole perdido de vista, le andaba bus-

cando por á quel bosque ; y creció su temor quando vió que aquel mismo hombre , despues de haber dado otras vueltas al rededor del arbol , en que él estaba , se sentó al pie de él.

El Cojuelo interrumpió aquí su relacion , y dixo á Don Cleofás. Señor Zambullo , déxame gozar un poco de la suspension que te causa lo que acabo de decirte. Tú estás con gran cuidado por saber quién podria ser aquel mortal que se hallaba allí tan á deshora , y qué es lo que le habia llevado allí. Pronto lo sabrás , porque no quiero abusar de tu paciencia.

Despues de haberse sentado, como he dicho , aquel hombre al pie del árbol , que con lo espeso de sus hojas le impedia ver á Don Pablo , estuvo descansando un breve espacio , y luego se puso á hondar la tierra con un puñal , é hizo un oyo profundo, donde enterró un saco de cuero. Echo esto , terraplenó el hoyo , lo cubrió prontamente de verde , y se marchó. Bahabon que lo habia estado obser-

vando todo con suma atencion, y cuyos sustos se habian convertido en movimientos de alegría, aguardó que á quel hombre se fuese para baxar del árbol, y desenterrar el saco, en el qual no dudaba hubiese oro ó plata. Valióse para esto de una navaja que llevaba; pero aun quando no la hubiese tenido, se sentia con tanto ardor para hacer aquel trabajo, que con sus manos solamente, hubiera penetrado hasta las entrañas de la tierra.

Ya que tuvo el saco en su poder, empezó á tentarlo, y persuadido á que habia dinero dentro, se dio prisa á salir del bosque con su presa, temiendo entónces mucho ménos el encontrarse con el alguacil, que con el hombre dueño del saco. Con el embeleso en que estaba nuestro estudiante de haber hecho un tan buen golpe de fortuna, caminó ligeramente toda la noche sin seguir un camino cierto, sin sentirse cansado, ni ir incomodado del peso que llevaba. Pero al [illegible] dia,

se detuvo debaxo de unos árboles bastante cerca de la villa de Mollorido, no tanto á la verdad para descansar, como para satisfacer en fin la curiosidad que tenia de saber lo que habia en el saco. Desatólo, pues, con aquella conmocion agradable que experimenta qualquiera quando va á gozar de un gran placer, y halló dentro buenos doblones de á ocho, y para colmo de alegría, contó hasta doscientos cinquenta.

Habiéndose recreado en estarlos mirando, se puso á pensar muy sériamente en qué debia hacer de ellos; y ya que hubo tomado su determinacion, los guardó en los bolsillos, arrojó el saco, y se encaminó á Mollorido. Fuese á una posada, y miéntras le componian de almorzar, alquiló una mula, en la que aquel mismo dia se puso en camino para Salamanca.

Bien conoció por la admiracion que mostraban las gentes de volverle á ver, que no ignoraban el motivo de haberse ocultado; pero él tenia ya pronta la fábula que queria contarles.

Díxoles que hallándose falto de dinero, y no recibiendo ninguno de su tierra, aunque habia escrito á ella veinte veces para que se lo enviasen, se habia determinado á irse á ella; y que la noche ántes de llegar á Mollorido habia encontrado á su arrendador que le traia moneda, de modo que se veia en estado de desengañar á todos quantos creian que era un hombre sin caudal. A esto añadió que queria hacer ver á sus acreedores que habian hecho mal en estrechar á un sugeto honrado, que les hubiera satisfecho mucho tiempo ántes, si hubiese tenido arrendadores mas puntuales en hacerle remesa de sus rentas.

Con efecto, no dexó de juntar en su casa ya al dia siguiente á todos sus acreedores, y de pagarles hasta el último maravedí. Los mismos que por verle miserable, le habian desamparado, así que supiéron que tenia dinero fresco, volviéron á la demanda. Empezáron otra vez á adularle con la esperanza de divertirse todavia á su

costa; pero él por su parte se burló de ellos. Observando fielmente el propósito que habia hecho en el bosque, los echó noramala. En vez de volver á su vida antigua, no pensó mas que en adelantar en la ciencia de las leyes, y se dedicó únicamente al estudio.

Sin embargo, me dirás, que gastaba siempre á buena cuenta piezas de á ocho que no eran suyas. Confieso que es así. Hacia lo que las tres quartas partes y media de los hombres harian hoy en igual caso. Con todo, estaba en ánimo de restituirlas algun dia, si por casualidad descubria de quien eran; pero descansando sobre su buena intencion, las disipaba sin escrúpulo, esperando con sosiego este descubrimiento, el qual no obstante hizo un año despues.

Corrió la voz en Salamanca de que habiendo ido un vecino de aquella ciudad, llamado Ambrosio Piquillo, á un bosque á buscar un saco lleno de monedas de oro que habia dexado allí enterrado, solo habia encontrado el

hoyo en que lo habia escondido, y en fin, que esta desgracia reducia aquel pobre hombre á pedir una limosna.

Dixe, en alabanza de Bahabon, que los remordimientos secretos que sintió en su conciencia, con haber oido aquella noticia, no fuéron inútiles. Habiéndose informado de donde vivia Ambrosio, fué á buscarle, y le hallo en un quarto baxo, en que no habia mas trastos que una silla, y un xergon. Amigo, le dixo, con semblante hipócrita, he sabido por la voz pública el triste lance que os ha sucedido; y obligándonos la caridad á socorrernos unos á otros, segun alcancen nuestros posibles, os vengo á traer un corto socorro; pero quisiera saber de vos mismo vuestra fatal aventura.

Señor caballero, respondió Piquillo, voy á contárosla en dos palabras. Yo tenia un hijo que me robaba, y habiéndolo conocido, y temiendo no cogiese un talego de cuero en que habia doscientos cincuenta doblones de

á ocho bien contados, discurrí que lo mejor que podia hacer, era ir á enterrarlos en el bosque, adonde tuve la imprudencia de llevarlos. Despues de aquel desventurado dia, mi hijo me quitó quanto tenia, y desapareció con una muger á quien se ha llevado robada. Viéndome en un estado deplorable por la desordenada conducta de este mal hijo, ó por mejor decir, por mi majadera bondad con él, quise acudir á mi talego; pero ¡ay de mí! que me han robado inhumanamente el único recurso que me ha quedado para mantenerme.

Este hombre no pudo acabar de decir estas palabras sin sentir renovarse en él su afliccion, y derramó copiosas lágrimas, de lo que enternecido Don Pablo, le dixo: Mi querido señor Ambrosio, es preciso consolarse de todos los contratiempos que ocurren en la vida. Vuestro llanto de nada sirve, pues con él no conseguireis hallar vuestro dinero, que podeis contar ciertamente por perdido si alguna

mala alma lo tiene. ¿Pero quién sabe? Puede que haya caido en manos de un hombre de bien, el qual no dexará de traeroslo, luego que sepa que es vuestro. Quizá pues os lo volverán. Vivid con esta esperanza, é interin se verifica una restitucion tan justa, añadió, dándole diez doblones de los mismos que estaban en el talego. Recibid esto, y venidme á ver de aquí á ocho dias. Despues de haberle hablado de esta suerte, le dixo su nombre y casa, y salió del quarto todo avergonzado de las gracias que le daba Ambrosio, y de las bendiciones que le echaba. Tales son por la mayor parte las acciones generosas que se hacen, las quales nos guardariamos bien de admirar, si se penetrase el motivo de ellas.

Alcavo de ocho dias: Piquillo, que no estaba olvidado de lo que Don Pablo le habia dicho, fué á su casa. Bahabon le recibió muy bien, y con gran cariño le dixo: amigo, en vista de los informes que me han dado

de vos, he resuelto contribuir en quanto me sea posible á restableceros en vuestro pie antiguo, y para ello quiero emplear mi valimiento y mi bolsa.

Para empezar á restablecer mas vuestros negocios, prosiguió, ¿sabeis lo que he hecho? Yo conozco algunas gentes de forma que son muy caritativas. He estado con ellas, y he sabido tan bien moverlas á compasion de vos, que he sacado de ellas doscientos pesos duros que voy á daros. Entró dicho esto en otro quarto, del que salió de allí á un instante con un talego de lienzo en la mano, en el que habia metido aquella cantidad en plata, y no en oro, temiéndose que Piquillo, recibiendo de él tantos doblones de á ocho, no diese en sospechar lo que era verdad, al paso que con este ardid conseguia con mas seguridad su fin, que era el de hacer la restitucion de un modo que conciliase su buena opinion con su conciencia.

Y con efecto, Ambrosio estaba

muy distante de pensar que aquella suma fuese dinero restituido. Tomolo de buena fe, comoproducto de una limosna recogida para socorrerle, y despues de haber dado otra vez gracias á Don Pablo, se volvió á su infeliz habitacion bendiciendo al cielo por haber hallado un caballero que con tanta eficacia miraba por él.

El dia siguiente encontró en la calle á un amigo suyo, que casi estaba tan desdichado como él, quien le dixo: de aquí á dos dias me voy á embarcar á Cádiz, donde en breve debe hacerse á la vela un navío para la nueva España. No estoy contento con mi suerte en esta tierra, y el corazon me dice que seré mas dichoso en México. Yo os aconsejaria que os vinieseis con cien ducados solamente.

No me costaria trabajo el tener doscientos, respondió Piquillo, y emprenderia gustoso ese viage si estuviese cierto de ganar mi vida en Indias, oido lo qual por su amigo, empezó á alabarle la fertilidad de la nueva

España, y le hizo ver tantos medios de enriquecerse en ella, que dexándose persuadir Ambrosio, no pensó en otra cosa que en disponerse á marchar con él á Cádiz. Pero ántes de dexar á Salamanca, tuvo cuidado de hacer entregar una carta á Bahabon, en que le decia que habiéndosele proporcionado una buena ocasion para pasar á Indias, queria aprovecharse de ella, haber si la fortuna le era mas favorable fuera, que no en su patria; y así que, se tomaba la libertad de darle aquel aviso, asegurándole que conservaria eternamente en la memoria los beneficios que de él habia recibido.

La marcha de Ambrosio causó algun pesar á Don Pablo, quien por aquel término veia desconcertado el designio que tenia de ir pagándole poco á poco; pero haciéndose cargo de que de allí á unos quantos años, podria suceder que Piquillo volviese á Salamanca, se consoló insensiblemente, y se dedicó mas que nunca al estudio

del derecho civil y canónico. Hizo en ellos tan grandes progresos, así por su aplicacion, como por la perspicacia de su ingenio, que vino á ser el sugeto mas lucido de la universidad, la que le eligió en fin por Rector suyo. No se contentó con mantener esta dignidad con una profunda ciencia, sino que trabajó tanto en sí mismo, que llegó á adquirir todas las virtudes de un hombre de bien.

Durante su Rectorado supo que en la cárcel de Salamanca estaba preso un mancebo acusado de rapto, y en peligro de ser condenado á muerte; y acordándose entónces que el hijo de Piquillo se habia llevado robada á una muger, preguntó quién era el reo, y sabiendo que el hijo del mismo Ambrosio, se encargó de su defensa. Lo que hay de admirable en la ciencia de las leyes es que suministra armas en pro, y en contra; y como nuestro Rector las sabia de raiz, se sirvió muy útilmente de ellas en favor del acusado. Bien es verdad que

á esto juntó el empeño de sus amigos, y las mas vivas instancias, lo que hizo mas efecto que todo lo antecedente.

El culpado salió, pues, de aquel negocio mas blanco que la nieve. Fué á dar gracias á su libertador, el que le dixo. Por atencion á vuestro padre os he servido. Le quiero bien; y para daros una nueva prueba de ello, si quereis permanecer en esta ciudad, yo cuidaré de vuestra colocacion; pero si á exemplo del Señor Ambrosio deseais hacer el viage de América, podeis contar seguramente con cinquenta doblones. El hijo de Piquillo le respondió: ya que logro la fortuna de que V. S. me proteja, haria mal en alejarme de una morada, en donde gozo de una ventaja tan grande. No saldré de Salamanca, y os protexto que me portaré de modo que quedareis contento. Con esta seguridad, el Rector le puso en la mano unos veinte doblones, diciéndole: tomad, amigo, aplicaos á alguna profesion honrada, emplead bien el

tiempo, y vivid seguro de que no os desampararé.

Pasados dos meses de este lance, sucedió que el hijo de Piquillo, que de quando en quando iba á hacer su acatamiento á Don Pablo, se presentó á él un dia llorando. ¿Qué teneis? le preguntó Bahabon? Señor, respondió el mancebo, un corsario argelino ha cautivado á mi padre, el que á la hora de esta se halla en prisiones. Un anciano vecino de Salamanca que viene de Argel, donde ha estado diez años cautivo, me acaba de decir que lo ha dexado en la esclavitud. ¡Ay! añadió dándose golpes en el pecho, y arrancándose los cabellos; ¡desdichado de mí! Yo soy el que con mi licenciosa vida reduxe á mi padre á que escondiese su dinero, y á desterrarse de su patria; ¡yo soy el que le he entregado al bárbaro que le tiene aprisionado con cadenas! ¡Ay¡ señor Don Pablo, ¿por qué me habeis sacado de manos de la justicia? Pues quereis á mi padre, era necesario haber sido su

vengador, y dexarme pagar con la muerte el delito de haber causado todas sus desgracias.

Al oir estas lamentosas palabras, que manifestaban la conversion de un bribon de hijo, el Rector se compadeció de aquel mozo. Hijo mio, le dixo, veo con gusto que os arrepentis de vuestras culpas pasadas! pero enxugad las lágrimas; me basta saber el paradero de Ambrosio para aseguraros que le volvereis á ver; pues su libertad no depende mas que del rescate, el qual corre de mi cuenta. Por muchos trabajos que haya pasado, estoy persuadido á que viendo en vos, quando vuelva, un hijo juicioso, y lleno de amor á él, no se quejará de su mala suerte.

Don Pablo con esta promesa consoló enteramente al hijo de Ambrosio, el qual á los tres ó quatro dias marchó á Madrid, en donde luego que llegó, entregó á los Frayles de la Merced una bolsa con cien doblones, y una esquelita que decia: *Se dá esta*

cantidad á los Padres de la Redencion para el rescate de un pobre vecino de Salamanca, llamado Ambrosio Piquillo, cautivo en Argel. Estos buenos Religiosos en este viage que acaban de hacer á Argel han cumplido la voluntad del Rector, rescatando á Ambrosio, que es ese esclavo, cuya serenidad os ha causado admiracion.

Pero me parece, dixo Don Cleofás, que Bahabon casi no le debe ya nada á ese vecino que decís. Don Pablo piensa de otro modo que tú, le respondió Asmodeo; pues quiere restituirle el principal é intereses, y es tan ajustado de conciencia, que ha llegado á hacer escrúpulo de poseer lo que ha ganado despues que es Rector, y quando vea á Piquillo, tiene intencion de decirle: mi amigo Ambrosio, no me mireis ya como bienhechor vuestro; en mí veis al pícaro que desenterró el dinero que habiais escondido en un bosque. No basta el que yo os restituya vuestras doscientas y cincuenta piezas de á ocho;

pues me he servido de ellas para llegar al puesto que ocupo en el mundo; y así todos mis bienes son vuestros. Yo no quiero guardar de ellos sino aquello que querais que..... El Cojuelo entónces dexó de hablar, dióle un temblor, y todo se inmutó.

¿Qué tienes? le dixo el Estudiante, ¿qué movimiento extraordinario te turba y corta de repente el habla? ¡Ah, Leandro, exclamó el Diablillo, con voz medrosa, ¡qué desgracia me sucede! El mágico que me tenia preso en una redoma acaba de advertir que no estoy ya en su laboratorio, y va á llamarme con unos conjuros tan fuertes que no podré resistir á ellos. ¡Quánto lo siento! dixo muy enternecido Don Cleofás. ¡Quánto no voy á perder! ¡Ay de mí! nos vamos á separar para siempre. No lo creo, respondió Asmodeo, puede que el mágico necesite de mi ministerio; y si tengo la fortuna de prestarle algun servicio, quizá que agradecido me dará libertad. Si sucede así, como lo es-

pero, cuenta con que inmediatamente vuelvo contigo, con tal que no reveles á alma nacida lo que ha pasado esta noche entre nosotros; pues si cometes la imprudencia de confiárselo á alguno, te prevengo que no me verás mas.

Lo que me consuela algo de estar precisado á dexarte, prosiguió, es que á lo ménos te he hecho feliz, porque te casarás con la hermosa Serafina, á quien yo he vuelto loca por tí. El señor Don Pedro de Escolano, su padre, está resuelto á dartela por esposa: no dexes escapar un tan buen partido. Pero, ¡desgraciado de mí! Ya oigo al mágico, que me está conjurando. Todo el infierno se halla amedrentado de oir las palabras terribles que pronuncia este tremendo cabalista. No puedo detenerme mas en tu compañía. Hasta la vista, querido Zambullo. Dichas estas palabras, abrazó á Don Cleofás, y desapareció despues de haberle vuelto á su habitacion.

CAPÍTULO XI Y ÚLTIMO.

De lo que hizo Don Cleofás luego que le dexó el Diablo Cojuelo, y de qué manera el autor de esta obra ha juzgado apróposito concluirla.

Un momento despues de haberse ausentado Asmodeo, sintiéndose fatigado el Estudiante de haber estado en pie toda la noche, y agitádose múcho, se desnudó, y metió en la cama para tomar algun descanso. Con la agitacion en que estaban sus espíritus le costó mucho trabajo coger el sueño; pero al fin, pagando con una usura á Morfeo el tributo que le deben todos los mortales, se quedó profundamente dormido, y en este estado pasó el dia y la noche siguiente.

Ya habia veinte y quatro horas que se hallaba en este estado, quando Don Luis de Lujan, caballero mozo, y amigo suyo, entró en su quarto

gritando con toda su fuerza. ¡Ola, eh! señor Don Cleofás, vamos arriba! ¿Sabeis, le dixo Don Luis, que estais en la cama desde ayer mañana? No puede ser eso, respondió Leandro. Nada es mas cierto, replicó su amigo, dos dias cabales os habeis llevado durmiendo. Todas las gentes de esta casa me lo han asegurado así.

Atónito el Estudiante de haber dormido tanto, temió desde luego el que su aventura con el Diablo fuese una ilusion; pero no podia creerlo, y quando traia á la memoria ciertas circunstancias, ya no dudaba de la realidad de lo que habia visto. Sin embargo, para cerciorarse mas, se levantó, vistióse prontamente, y salió con Don Luis, quien le llevó á la puerta del Sol, sin decirle por qué. Así que estuviéron en ella, y Don Cleofás ha visto la casa de Don Pedro, casi toda reducida á cenizas, fingió admirarse de ello. ¿Qué es lo que veo? dixo. ¡Qué estrago ha hecho aquí el fuego! ¿De quién era esta desdichada

casa? ¿Hace mucho tiempo que se ha quemado?

Don Luis de Lujan satisfizo á sus dos preguntas, y despues le dixo: este incendio hace ménos ruido en la villa por el daño considerable que ha causado, que por una particularidad que voy á referiros. El señor Don Pedro de Escolano tiene una hija única, linda como una plata. Dicen que se hallaba en una pieza llena de llamas y humo, donde era preciso pereciese, y que sin embargo la libertó un caballero mozo, cuyo nombre ignoro. Este es el asunto de todas las conversaciones de Madrid. Ensalzan hasta las nubes el valor del tal caballero; y en premio de una accion tan arriesgada, y aunque él no es mas que un simple hidalgo, podrá quizá conseguir el casarse con la hija del señor Don Pedro.

Leandro Perez escuchó á Don Luis, sin darse por entendido de que tenia el mas leve interés en lo que decia; y despues, desasiéndose en bre-

ve de él con un pretexto especioso, se baxó al prado, en donde habiéndose sentado debaxo de unos árboles, se sepultó en profundos pensamientos. Lo primero que le ocurrió á la imaginacion fué el Diablo Cojuelo. No puedo, decia, sentir demasiado la ausencia de mi amigo Asmodeo. En poco tiempo me hubiera hecho dar la vuelta al mundo, y habria yo viajado sin experimentar las incomodidades de los viages. Sin duda he perdido mucho; mas de allí á un instante, añadió; pero quizá esto tiene remedio. ¿Por qué he de perder la esperanza de volverle haber? Puede suceder, como él mismo me lo ha dicho, que el mágico le dé inmediatamente soltura. Volviendo luego el pensamiento á Don Pedro y á su hija, se determinó á ir á visitarlos, movido solo de la curiosidad de ver á la hermosa Serafina.

Al instante que se presentó á Don Pedro, este señor fué corriendo hácia él con los brazos abiertos, diciéndole:

seais bien venido, generoso caballero. Ya empezaba yo á quejarme de vos. ¡Cómo es, decia para mí, que Don Cleofás, despues de las instancias que le he hecho de venirme á ver, no ha parecido aun por mi casa! ¡qué mal corresponde al vivo deseo que tengo de manifestarle la estimácion y amistad que le profeso! Zambullo inclinó respetuosamente la cabeza al oir aquellas cariñosas quejas, y para disculparse, le dixo al viejo, que habia temido incomodarle en la confusion en que le suponia el dia ántes. No me satisface esa excusa, replicó Don Pedro, vos no podeis incomodar en una casa en donde sin vuestro socorro estarian mas afligidos de lo que estan; pero venid conmigo, añadió, si gustais. Todavia teneis otras gracias que recibir. Dicho esto, le cogió de la mano, y le conduxo al quarto de Serafina.

Esta señorita se levantaba de dormir la siesta. Hija, la dixo su padre, aquí está el caballero que te salvó tan

animosamente la vida, manifiestale hasta qué punto agradeces lo que ha hecho por tí, pues el estado en que estabas ántes de ayer, no te lo permitió. Entónces la señora Serafina abriendo unos labios de rosa, dirigió la palabra á Leandro Perez, y le hizo un cumplimiento, que embelesaria á todos mis lectores, si pudiera yo repetirlo palabra por palabra; pero como no me lo han contado fielmente, quiero mas pasarlo en silencio, que desfigurarlo.

Diré únicamente, que á Don Cleofás le pareció ver y oir á una diosa, y quedó cogido al mismo tiempo por la vista y por el oido. Cobróla de repente un amor violento; pero muy léjos de considerarla como una persona con quien no podia dexar de casarse, dudo, á pesar de quanto el Cojuelo le habia dicho, que quisiesen recompensar con un premio tan precioso el servicio que se imaginaban les habia él hecho. Quanto mas hermosa le parecia, tanto ménos se atrevia á lisongearse de conseguirla.

Lo que le hizo enteramente dudar del logro de una ventaja tan grande fué, que Don Pedro en la larga conversacion, que tuviéron, no tocó aquella cuerda, y se reduxo á llenarle de cumplimientos, sin darle á entender que tuviese la menor gana de ser su suegro. Serafina, por su lado, tan cortes como su padre, se manifestó con él muy reconocida, sin soltar expresion alguna que pudiese dar motivo de pensar á Zambullo que estaba enamorada de él; de modo que salió de casa del señor Escolano con mucho amor, y poquísima esperanza.

Asmodeo, amigo, decia él al volverse á casa, como si tuviera presente al Cojuelo, quando me asegurase que Don Pedro estaba en ánimo de casar á su hija conmigo, y que Serafina se abrasaba por mí en una viva llama que habias encendido en su pecho, es preciso que quisieras divertirte á mi costa, ó bien me has de confesar que no sabes mejor lo presente que lo venidero.

El Estudiante sintió luego el haber ido á ver á aquella señorita, y considerando la pasion que la tenia como un amor desgraciado, que era preciso vencer, resolvió no omitir medio alguno para ello; y no satisfecho con eso, se reprendió á sí mismo el deseo que habia tenido de instar en el asunto, si hubiese hallado dispuesto al padre á concederle su hija, y se hizo cargo de que era cosa vergonzosa el deber su felicidad á un artificio.

Estos pensamientos le traian todavia ocupado, quando habiéndole enviado á llamar Don Pablo el dia siguiente, le dixo: Señor Don Leandro Perez, ya es tiempo de que os pruebe con obras que en serviirme no habeis obligado á uno de aquellos palaciegos, que se contentarian, viéndose en mi lugar, con daros buenas palabras sin efecto. Mi intencion es que Serafina sea ella misma el galardon del peligro que corristeis por ella. He explorado su voluntad, y la hallo dispuesta á obedecerme sin repugnancia. Os diré

asimismo que he reconocido mi sangre, quando la he propuesto por esposo á su libertador, manifestando su gozo de un modo, por el que he conocido que su generosidad correspondia á la mia. Es asunto concluido; os casareis con mi hija.

Despues de haber hablado en estos términos el buen señor de Escolano, que esperaba con razon que Don Cleofás le diese muy humildes gracias por un favor tan grande, se quedó bastante suspenso de verle cortado y confuso. Responded, señor Zambullo, le dixo, ¿qué quereis que piense de la turbacion que os causa la propuesta que os hago? ¿qué repugnancia teneis á ella? Un mero caballero debe negarse á contraer un enlace, de que se honraria un Grande. ¿Tiene por ventura la nobleza de mi linage alguna mancha que yo ignore?

Señor, respondió Leandro, demasiado sé la distancia que el cielo ha puesto entre nosotros. ¿Por qué, pues, replicó Don Pedro os mostrais tan-

poco contento con un matrimonio que tanto os honra? Confesadme, Don Cleofás que quereis alguna dama que tiene vuestra palabra, y que su interés es lo que impide ahora el que seais dichoso. Si yo hubiese prometido á alguna dama el ser su esposo, nada seria capaz de hacerme faltar á ella; pero no es esta la razon que se opone á que yo goce de vuestros beneficios. Un impulso de pundonor me mueve á renunciar al glorioso establecimiento que me proponeis; y muy ageno de querer abusar de vuestro error, quiero desengañaros. Yo no soy el libertador de Serafina.

¡Qué decís! exclamó muy admirado el viejo. ¿No sois vos el que la libertasteis de las llamas que iban á consumirla? ¿No sois vos el que hicisteis una accion tan atrevida? No, señor, respondió Zambullo; ningun mortal era capaz de haberla emprendido; y así os declaro sencillamente que fué un diablo el que salvó del fuego á vuestra hija.

Semejantes palabras aumentáron el espanto á Don Pedro, quien no creyendo debia tomarlas al pie de la letra, rogó al estudiante que se explicase con mas claridad. Entónces Leandro, sin darsele cuidado de perder la amistad de Asmodeo, contó todo lo que habia pasado entre este y él; oido lo qual por el viejo, le dixo: la confianza que acabais de hacerme, me confirma en la determinacion de daros mi hija. Vos sois su primer libertador, pues si no hubierais suplicado al Diablo Cojuelo que la libertase de la muerte que la amenazaba, él la habria dexado perecer. Vos sois sin duda el que habeis conservado la vida de Serafina; en una palabra, la mereceis, yo os la ofrezco, junto con la mitad de mi hacienda.

Leandro Perez, al oir estas palabras que desvanecian todos sus escrúpulos, se arrojó á los pies de Don Pedro para darle gracias de sus finezas. Poco tiempo despues se celebró la boda con la magnificiencia correspondiente á la

heredera del señor Escolano, con gran satisfaccion de los padres de nuestro Estudiante, quien de aquel modo quedó bien pagado de algunas horas de soltura que habia dado al Diablo Cojuelo, sacándole de la redoma.

FIN DEL TOMO II, Y DE LA OBRA.

ÍNDICE

De los capítulos contenidos en este tomo segundo.

Cap. I. *De los túmulos, de las Sombras, y de la muerte*, pág. . . . 5
Cap. II. *De la fuerza de la amistad*. 25
Cap. III. *De la pendencia que tuvieron un poeta trágico, y un autor cómico*. 80
Cap. IV. *Prosigue la historia de la fuerza de la amistad*. 97
Cap. V. *Dase fin á la historia de la fuerza de la amistad*. 130
Cap. VI. *De los sueños*. 160
Cap. VII. *Donde se verán varias pinturas originales, de que no faltan copias*. 179
Cap. VIII. *De lo demas que el Diablo hizo observar á Don Cleofás*. . 193
Cap. IX. *De los cautivos*. 209
Cap. X. *De la última historia que contó Asmodeo, y como al acabarla fué interruumpido de improviso*

y de que modo pesaroso para este Diablo y Don Cleofás, tuviéron que separarse. 231
Cap. XI. *De lo que hizo Don Cleofás luego que le dexó el Diablo Cojuelo: y de qué manera el autor de esta obra ha juzgado apropósito concluirla.* 253

Donde este libro, se hallarán los siguientes.

Las obras del Maestro Fernan Perez de Oliva, que son: Los títulos de los Generales de las escuelas de Salamanca: Diálogo en latin y castellano: Un largo Discurso sobre la lengua castellana: Diálogo de la dignidad del Hombre: Discurso de las Potencias del alma, y del buen uso de ellas: Comedia de Amphitrion, tomado el argumento de la latina de Plauto: La Venganza de Agamenon, tragedia, cuyo argumento es de Sófocles, poeta griego: Hecuba triste, tragedia que escribió en griego el poeta Eurípides, y el Maestro Oliva en castellano: Y juntamente quince Discursos sobre diversas materias, compuestos por su sobrino el célebre Ambrosio de Morales: Y un Discurso del Licenciado Pedro de Valles sobre el temor de la muerte, y deseos de la vida; y representacion de la Gloria del Cielo; dos tomos en octavo.

Descripcion de la Máscara ó mogi-

ganga que hiciéron los jóvenes teólogos en Salamanca, con motivo de la canonizacion de San Luis Gonzaga, y San Estanislao de Koska, por el Padre Josef Francisco de Isla; un tomo en octavo.

Molestias del trato humano, por el Padre Don Juan Chrisóstomo de Oloriz; un tomo en octavo.

Manual de Quaresma, ó exámen de sí mismo sobre la práctica de las virtudes que nos propone la Iglesia en las Epístolas y Evangelios de este santo tiempo, con breves meditaciones de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, por el Padre Francisco de Abril; un tomo en octavo.

El Siglo Pitagórico, y vida de Don Gregorio Guadaña, por Antonio Enriquez Gomez; un tomo en octavo.

Obras escogidas de Don Francisco Quevedo Villegas; dos tomos en octavo.

Fábulas en verso castellano, por Don Josef Agustin Ibañez de la Rentería; dos tomos en octavo.

Discursos del mismo autor sobre la amistad del Pais=La educacion de la

Juventud en punto á estudios = Sobre las formas de Gobierno = Y sobre el Gobierno municipal de los pueblos; un tomo en octavo.

El Bachiller de Salamanca ó Aventuras de Don Querubin de la Ronda, escrito en frances por Mr. Le-Sage, y traducido al castellano; dos tomo en octavo

El Viage entretenido de Agustin de Roxas, comediante español, contiene muchos cuentos, chistes, novelas, y lances graciosos; dos tomos en octavo.

Homiliario á los mas excelentes Santos Padres y Doctores de la Iglesia, sobre los Evangelios que se cantan en las principales futividades y tiempos del año; en los domingos; todos los dias de la quaresma; pascuas, sus octavas; y quatro témporas, traducido del latin al castellano; tres tomos en quarto.

Memoria y explicacion de las máquinas para una fábrica de telillas de lana, con diez estampas finas que las demuestran; un tomo en quarto.

Obras de Don Josef Cadalso, que son: Los Eruditos á la violeta: Instrucciones

dadas por un padre anciano á su hijo que va á emprender sus viages: Suplemento á los Eruditos á la violeta: Traducciones de varios versos latinos, franceses, é ingleses: Cartas varias de sus discípulos: Don Sancho García, Conde de Castilla, tragedia original: Ocios de su juventud, ó poesías líricas: Las celébres cartas marruecas: Y las Noches lúgubres: Y otros ópusculos; quatro tomos en octavo.

Lima por dentro y fuera en consejos económicos, saludables, políticos, y morales, obra jocosa y divertida; un tomo en dozavo

Menosprecio de Corte, y alabanza de Aldea, por Guebara; un tomo en octavo.

Rebusco de las obras literarias así en prosa como en verso del Padre Josef Francisco de Isla; dos tomos en octavo.

Cartas críticas sobre lo que se verá, obra del Padre Isla; un tomo en octavo.

Sistema físico de la peste, su preservacion y curacion, por Don Juan Diaz Salgado; un tomo en octavo.

Observatorio rústico, por Don Fran-

cisco Gregorio de Salas, con el retrato del autor, y seis viñetas que representan los principales pasages de las seis divisiones en que se divide esta obra, un tomo en dozavo prolongado.

Epígramas, y otras poesías críticas y satíricas del mismo autor.

Id. Desden y amor pastoril, academia dramática, ó diversion campestre, facil de executar en qualquiera casa particular.

Las obras del famoso poeta Juan de Mena, que son: Las trescientas: La coronacion: Lo claro escuro: Y otras varias poesías, y las coplas que hizo contra los siete pecados mortales, con las anotaciones y declaraciones del Maestro Francisco Sanchez, Brocense; un tomo en octavo.

La Utopia de Tomás Moro, gran Canciller de Inglaterra, Vizconde y ciudadano de Lóndres, traducida del latin al castellano, y añadida con el resumen de la vida del autor; un tomo en octavo.

Obra-pia y eficaz modo, para remediar la miseria de la gente pobre de España; á la viuda; al labrador que le fal-

tó la cosecha; criar huérfanos; casar doncellas, y facilitar el riego á los campos &c.; un tomo en octavo.

PQ
1997
D5S5
1806
t.2

Le Sage, Alain René
El observador nocturno

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY